



**Te recuerdo, te presento: el álbum sociofamiliar de los ausentes, las víctimas de la
desaparición forzada en Colombia**

Natalia Botero

Trabajo de investigación presentado para optar al título de Magíster en Estudios Socioespaciales

Asesor

Juan Camilo Domínguez Cardona, Magíster (MSc) en Estudios Socioespaciales

Universidad de Antioquia
Instituto de Estudios Regionales
Maestría en Estudios Socioespaciales
Medellín, Antioquia, Colombia
2019

Cita	(Botero, 2019)
Referencia	Botero, N. (2019). <i>Te recuerdo, te presento: el álbum sociofamiliar de los ausentes, las víctimas de la desaparición forzada en Colombia</i> [Tesis de maestría].
Estilo APA 7 (2020)	Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.



Maestría en Estudios Socioespaciales, Cohorte V.



Centro de Documentación Instituto de Estudios Regionales (INER)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Dedicatoria

A todas las mujeres, las **buscadoras**, que han sufrido el implacable flagelo de la desaparición forzada en Colombia, a ellas toda mi admiración por su valentía en continuar el camino hacia la búsqueda de la verdad y la dignidad; en la construcción de la memoria de sus ausentes —hijos, hermanos, padres y esposos— para nunca **OLVIDARLOS**.

A todas las víctimas del conflicto armado colombiano.

A mis hijos, Annais, Green y Maya, quienes me enseñaron el poder del amor.

A todos los que creyeron en *Te recuerdo, te presiento*.

Tabla de contenido

Prólogo.....	9
Un dolor que cala en lo más hondo... En el fondo	9
Capítulo I	12
Origen y trayectoria.....	12
El encuentro con la fotografía	14
El giro de la mirada: del fotoperiodismo a la fotografía documental	17
La desaparición forzada.....	23
De puertas para adentro, puertas para afuera.....	25
Capítulo II	30
Las buscadoras	31
El giro de la mirada	41
Capítulo III.....	43
Evocar la ausencia con la fotografía para la construcción de la memoria	43
El álbum fotográfico como repositorio de memoria.....	45
La memoria tiene voz femenina	48
Metodologías visuales	50
¿Qué lugares son vitales en la reconstrucción de los recuerdos? ¿En qué lugar del cuerpo instaló la memoria?	50
La construcción de la memoria	53
Te recuerdo, te presiento. Producción de la memoria	60
Talleres para el reencuentro	62
La sala, como en casa.....	64
Capítulo IV.....	68
Compartir el dolor	68

Itinerar para la memoria	69
El reencuentro	72
Nazly, la niña que tuvo que ser grande.....	75
Sanar su partida	77
De la producción, los hallazgos y los recuerdos	78
Con qué fue lo que me topé.....	80
Agradecimientos	82
Consideraciones	83
Bibliografía	88
Artículos académicos	88
Congresos/simposios/conferencias	88
Informes/documentos oficiales	89
Libros	89
Sitios web	91
Tesis	91
Anexos	92

Tabla de figuras

- Figura 1. Traslado de los guerrilleros de la Corriente de Renovación Socialista (CRS) y familias a la zona de Flor del Monte luego del asesinato de sus voceros en Urabá. El grupo entabló diálogos para la dejación de las armas con el gobierno de Gaviria. 13
- Figura 2. Luego de que el ELN, un viernes en la noche, volara el oleoducto que pasaba por la ribera del río, junto a Machuca, las casas se incendiaron, dejando un saldo de 84 muertos. En una fosa común son sepultadas la mayoría de las víctimas, acompañadas de sus familiares y amigos. El atentado ocurrió luego de que el grupo guerrillero estuviera en la convención en Río Verde, adelantando diálogos con el Gobierno. 14
- Figura 3. El 15 de agosto de 2000, miembros del Batallón de Infantería N.º 32 Pedro Justo Berrío, de la IV Brigada del Ejército, asesinaron a seis niños que iban en una caminata ecológica en la finca La Tolda, junto a otros 41 estudiantes. Los menores de edad pertenecían a la escuela rural de la vereda La Pica, ubicada en Pueblorrico, Antioquia. Otros cuatro estudiantes resultaron heridos. Junto con el grupo iban una profesora, su esposo, una madre y una empleada de la escuela. 15
- Figura 4. Hacia el mediodía del 3 de noviembre de 2000, integrantes del Bloque Metro ingresaron al casco urbano del municipio de Granada, Antioquia, y asesinaron a 17 personas. Otras 4 quedaron gravemente heridas. Entre las víctimas se encontraban 6 personas mayores de 60 años, 2 menores de edad, 2 madres de familia y algunos agricultores del municipio. Según testigos de la masacre, en su retirada el grupo paramilitar asesinó a más campesinos que no fueron tenidos en cuenta dentro de la masacre por las autoridades, por lo que no hay total certeza sobre el número total de víctimas. 17
- Figura 5. En la noche del 16 de enero de 2003, integrantes del Frente Noveno de las FARC asesinaron a 18 personas en su paso por tres veredas ubicadas en el municipio de San Carlos, Antioquia. Los guerrilleros llegaron a la vereda Dos Quebradas, La Tupiada y Dinamarca. Cielo fue una de las 19 víctimas —todos campesinos—; en el momento que llegué junto con la volquetas que recogía los muertos, estaba siendo dignamente velada por su familia que abordaba el bus de escalera en el que sacaban sus pertenencias. 18
- Figura 6. Exhumación de Juan Carlos Macías, quien a sus 16 años fue llevado por los paramilitares fuera de su pueblo, La Granja, en Ituango; tres días después de haber también desaparecido su prima Diana Marcela, de 15 años. Solo después de 8 años su familia logró encontrar su cuerpo a partir de los relatos de quienes vieron llevárselo. Estaba enterrado en la montaña frente a la casa donde ellos vivían. 20
- Figura 7. El laboratorio forense de la Fiscalía en Medellín. En estas cajas se encuentran todos los cuerpos recuperados por ellos. Cada una alberga un caso y una vida a la espera de ser narrada y reconocida. Hay más de 1.200 casos que faltan identificarse plenamente para ser entregados a sus familiares. 21

Figura 8. José, «mi negro», como lo llamaba el fiscal, perdió a su padre y hermano a manos de la guerrilla de las FARC hace más de 23 años. Fue en la zona de la reserva forestal Los Katíos, en el Urabá antioqueño. Luego de varios años de búsqueda encontraron las fosas. Los cuerpos fueron exhumados y llevados al laboratorio forense donde no han sido entregados ya que hasta hoy las pruebas de ADN no dan el porcentaje requerido. La selva, el agua y el tiempo se les llevan parte de la ilusión de retornarlos a casa.	23
Figura 9. Las mujeres se dan cita todos los miércoles en el atrio de la Iglesia de la Candelaria. Allí hacen visibles a sus desaparecidos.....	30
Figura 10. Grupo de mujeres que pertenecen a la Mesa Departamental de la Desaparición Forzada en Antioquia.....	33
Figura 11. Las mujeres constantemente salen a las calles y se manifiestan en un movimiento en contra del olvido, buscan a sus desaparecidos y exigen justicia.	41
Figura 12. Amparo Cano y Alejandra Balvín son una familia que ha perdido a su padre e hijos a manos de los paramilitares. Aún no saben nada de ellos luego de 15 años. Ellas, al igual que cientos de mujeres, crean espacios de encuentro para trabajar conjuntamente sobre la búsqueda y el reconocimiento de sus ausentes.	43
Figura 13. Gloria Holguín revisa su portada del álbum. Este le ayuda a mirar al pasado para sanar su dolor y a mirar hacia el presente para saber cuál es su tarea en el hoy: cuidarse para tener fuerzas y continuar en su lucha. La memoria en un lugar que guarda las palabras, las imágenes y los objetos más preciados en el álbum sociofamiliar.	45
Figura 14. Metafotografía. A partir de las fotos de sus ausentes ellas hacen visible una problemática del conflicto armado colombiano, la desaparición forzada.....	52
Figura 15. Con la fotografía se construye una idea y se da un concepto frente algo que sucede con una mirada propia del fotógrafo.	52
Figura 16. Luis Javier y Alejandra Laverde, intervención realizada para significar la ausencia y lo vivido con el otro.	55
Figura 17. La escombrera como lugar de encuentro del colectivo y que representa para el grupo de mujeres dolor y abandono del Estado.	56
Figura 18. Imagen que se construyó de la creación del relato en tres niveles para contar su búsqueda y cómo se desdibujan en este tránsito.	57
Figura 19. En la casa de Gloria Holguin siempre al poner la mesa está dispuesto el lugar de su hijo Carlos, a la espera de su llegada. Él fue desaparecido durante la Operación Orion.....	59
Figura 20. Historia de las noticias de acuerdo con el año de la desaparición, buscados en la prensa nacional e internacional.	60

-
- Figura 21. Silvia Quintero narra parte de su sentir y comparte su trabajo en la bitácora. 62
- Figura 22. La sala tuvo las puertas abiertas desde el 30 de agosto del 2014 hasta el 30 de mayo del 2015 en CMM. Allí algunos de los visitantes podían tener la posibilidad de compartir su experiencia con las mismas mujeres participantes. 64
- Figura 23. En la sala tiene lugar uno de los encuentros más emotivos y realmente significativos del trabajo con los talleres y el álbum: víctimas y sociedad civil juntos en un mismo espacio. .. 69
- Figura 24. Nazly Jiménez. 75
- Figura 25. Bosquejos y trazos que ayudaron en la construcción narrativa y visual de los talleres y el álbum. Trazos de Natalia Botero..... 78
- Figura 26. A los pies de la fotógrafa que también ha recorrido los caminos de todos aquellos que van en busca de la verdad para no dejar en el olvido lo sucedido. 82
- Figura 27. Portada del álbum Te recuerdo, te presiento, que se terminó de construir y relatar en diciembre de 2015. En este están compiladas páginas de la historia de nuestro país, Colombia, relatos sobre la desaparición forzada y las familias de los desaparecidos con la idea de hacer un libro-obra como repositorio de parte de la memoria del conflicto armado para nunca olvidar qué fue lo que nos pasó. 86

Prólogo

Un dolor que cala en lo más hondo... En el fondo

Vivir en un país como Colombia nos expone a todas las formas de la violencia. La desaparición forzada es una de ellas, una agresión que atenta contra todos, que no distingue sexo o categoría, ideología o raza, pero que se ha ensañado especialmente con la ruralidad colombiana, con los más vulnerables, los más apartados, para quienes, además, su vida no es la guerra.

La desaparición forzada es una ruptura en la vida de quien la sufre. Destroza y es — infortunadamente— perfectamente impune: no existe un crimen, no hay delito, no hay victimario. Esto nos convoca a no seguir callando, a buscar e indagar; esta historia hace un llamado al encuentro de la verdad para poder desenterrar nuestros muertos puestos en la guerra colombiana.

En mi país, Colombia, todos estamos expuestos, unos más que otros; todos estamos llamados a saber qué nos puede suceder; conocer este flagelo nos convoca a no permitir que suceda más. Saber qué sucede y de qué manera nos hace también responsables a no callar ni un minuto más.

Duele, hoy todo me duele. Cada palabra, cada paso, cada pensamiento, cada página y cada fotografía puesta para narrar desde lo íntimo y cotidiano; imágenes que construyen memoria para narrar parte de la historia del país, esa de la que no me siento orgullosa y de la cual estoy completamente segura no hubiera querido ser partícipe, pues en mí también se instaló el dolor, no por el deseo de compartirlo, sino porque no ha sido fácil arrancarlo.

Después de un proceso devastador y agotador por rearmar fragmentos de esta historia, empecé un relato histórico de mi país en memoria de las víctimas y de la mano de sus familiares, las buscadoras, mujeres incansables, llenas de vida para sus ausentes. Luego de haber aceptado el reto de llevar a cabo el encuentro y la construcción de los relatos visuales para exponerlos públicamente y dejar al descubierto verdades difusas a los ojos del ciudadano de a pie descubrí que el camino que se emprende es largo, que la guerra cambia de nombre, de actores y de víctimas, que las historias deben seguir siendo narradas para no permitir el olvido, pero lo más importante: para detener esta guerra absurda.

He suspendido grandes momentos de mi vida; sacrifiqué momentos de la relación con mis hijos y de alguna manera mi matrimonio. Me entregué del todo al proyecto del álbum y no dimensioné lo que implicaba trabajar en este tema y con las mujeres a las que me acerqué; no sabía lo que estaba perdiendo y mucho menos lo que estaba ganando. Mi vida se partió en dos.

La necesidad de retratar la vida se evidencia en cada ejercicio, fotografía y palabra aquí expuestos; en cada momento recordado: las confrontaciones; las luchas de lo personal y lo

colectivo; la intimidad; abrir las puertas a lugares esquivos de la memoria; el reencuentro con la feminidad, lo familiar y el hogar; las ausencias; las risas; las lágrimas y las muertes repentinas; las historias inconclusas; la fuerza para seguir adelante.

La fotografía se convirtió en un permanente diálogo con el otro, con todo aquel que la tomó en sus manos y la vio. Esta se apropió de un espacio social y familiar tan importante como las mismas palabras. A partir de su presencia me permitió narrar, describir y reconstruir pedazos de vida ahí reflejados en las imágenes. Al convertirse en diálogo con el otro, la fotografía evidenció a los ausentes, las buscadoras y su cotidianidad; nos acercó a lo que no vimos a simple vista, pero sentimos desde el alma.

Ella nos permitió construir la imagen del otro en lo vivido para mantenerlo presente. Al igual que nosotros, la fotografía lucha constantemente contra la muerte de lo presente en ella por el olvido.

Con la fotografía, el tema de la desaparición forzada en Colombia deja de ser un número de estadística, cifras que por la naturaleza misma del hecho no coinciden, por lo aberrante y oscuro que es el tema. Desaparecer un cuerpo, una historia, una vida y, por supuesto, un delito, hace que la cifra sea confusa también. La fotografía da rostro a los números incontables de la guerra.

Desgarra el alma pensar que no habrá luz al final del camino para la mayoría de las víctimas, es bochornoso que en este país se siga ejerciendo la crueldad y la creatividad reinvente formas de miedo y terror. Es inadmisibles el silencio cómplice, el olvido, las trabas para que las familias conozcan la verdad, la intranquilidad y la perpetuación de la desaparición. La energía de los familiares es inagotable, pero la barbarie de los armados y la indiferencia de la sociedad generan un agotamiento que supera las fuerzas, y la indignación hace flaquear la continua búsqueda de la verdad.

La apuesta por el álbum sociofamiliar integra lo vivido, lo percibido y lo sentido para recobrar importancia sobre lo olvidado y sobre la memoria que se resiste a la impunidad. El álbum es evidencia, repositorio y celebración de las existencias; es testimonio elocuente de la historia individual y se asume, aquí, como memorial integrador de las historias colectivas, de las resistencias como individuos para la reconstrucción del tejido social.

Esta reunión de relatos exalta las valentías, las búsquedas incansables por la verdad, la unión presta a la conciliación y al perdón, las luchas por no olvidar, la entrega de lo personal en espacios públicos, la transformación del dolor inquietante por un accionar aguerrido y continuado, que deja en evidencia el compromiso moral para relatar las renunciaciones de quienes buscan a sus desaparecidos. Todos estos accionares retan a darle fuerza, persistencia y vitalidad al trabajo de enlazar los relatos en un álbum de familia como punto de encuentro de las memorias.

No hay fórmulas secretas, si recetas encontradas, no hubo una ruta que haya sido definida por alguien antes; este encuentro de la memoria, las historias y la verdad con la fotografía se fueron llevando desde la idea de la coincidencia con la imagen para construir memoria, sanar y transformar el dolor. En cada relato desde la fotografía se hizo un hallazgo del pasado olvidado, momentos vividos clausurados y una cierta felicidad encerrada en el dolor de la ausencia.

Las mujeres que nos unimos en esta construcción recobramos el sentido de convertirnos en instrumentos de transformación y empoderamiento colectivo. Las historias aquí narradas son solo retazos de un panorama nacional que nos llama a la integración por el respeto a la vida en memoria de los ausentes, las víctimas de la desaparición forzada.

Yo, como fotógrafa en este camino, aprendí a «desarmarme», dejar mi cámara a un lado para entrar en una reflexión profunda y absolutamente responsable con mi trabajo, mis imágenes y todos aquellos a los que ayudo en sus procesos desde la fotografía. La coherencia, la ética y la dignidad humana me han superado en muchos momentos cuando el dolor del otro se convierte en el dolor de patria que todos deberíamos sentir, en esa transformación en dignidad de resiliencia frente al horror de la guerra.

La fotografía es un acto de producción política y responsable; un medio que sirve para desestabilizar formas dominantes de representar los discursos. Ella ofrece ese espacio para el debate en el que nos abre la posibilidad de la resistencia desde el individuo al hacer en lo íntimo y lo colectivo para evidenciar la vitalidad en lo público.

Natalia Botero

Fotógrafa

Abril de 2019

Capítulo I

Origen y trayectoria

La guerra nos ha hecho mucho daño, en estos casi 70 años de conflicto colombiano ha destruido y desgarrado familias enteras, ha generado desconfianza en los procesos sociales, ha dejado incontables daños ecológicos, divisiones políticas y desfalcos económicos. La guerra irrumpió en la vida de los pobladores de esta patria, trastornando las cotidianidades. Para mí, al igual que lo menciona Sontag (2003), la guerra debería ser la excepción de un Estado, pero realmente en nuestro país se ha vuelto lo común y la paz se convirtió en la excepción. La guerra se ha convertido en un paisaje al que siempre será difícil acostumbrarnos.

Desde 1992, he recorrido Colombia registrando como fotoperiodista la vida cotidiana de los diversos grupos sociales que tienen asiento en el territorio colombiano. Al trabajar para medios periodísticos impresos de circulación nacional e internacional como *El Tiempo*, *El Colombiano*, la revista *Semana*, y el *Semanal de España*, dirigí mi búsqueda profesional hacia el registro de los temas relacionados con los derechos humanos, a los que tuve un acercamiento desde el primer momento cuando documenté el asesinato de los voceros de la Corriente de Renovación Socialista —sector político del Ejército de Liberación Nacional (ELN) que sostenían diálogos con el gobierno del presidente César Gaviria—. También tuve que recorrer el país haciendo fotografías de eventos de guerra protagonizados por paramilitares, guerrilleros y narcotraficantes. Fui testigo de esa confrontación, en la que también participaban las fuerzas armadas del Estado, estuve entre todos esos actores y la población civil victimizada, soportando las devastadoras consecuencias de la guerra que ha dejado huellas imborrables.

En estos recorridos fui entendiendo y aprendiendo las implicaciones que tenía mi hacer fotográfico desde el periodismo como también de la responsabilidad con las comunidades, las víctimas y conmigo misma. Mi escuela fue el conflicto armado colombiano.



Figura 1. Traslado de los guerrilleros de la Corriente de Renovación Socialista (CRS) y familias a la zona de Flor del Monte luego del asesinato de sus voceros en Urabá. El grupo entabló diálogos para la dejación de las armas con el gobierno de Gaviria.

Foto: Natalia Botero. Blanquicet, Uraba, 1993

Durante 27 años de trabajo profesional han pasado frente a mi cámara campesinos quehuyen de sus veredas —Oriente antioqueño—, hombres y mujeres que sobreviven al incendio de sus pueblos —Machuca—, masacres con impresionantes cifras de 120 muertos —Bojayá—, el asesinato de líderes políticos como del gobernador de Antioquia Guillermo Gaviria Correa y el asesor de paz del Gobierno nacional Gilberto Echeverry Mejía, quienes promulgaban la cultura de la no violencia y que después de un prolongado y doloroso secuestro fueron abatidos; como también cientos de familias que buscaban y reclamaban los cuerpos de sus familiares desaparecidos durante varios años o décadas mientras transcurría el conflicto; cientos de protestas en las calles ante el Estado y los violentos para reclamar justicia, verdad y reparación por parte de las mujeres buscadoras.

La decisión de vida que tomé desde la fotografía fue también el lugar de enunciación desde el cual decidí narrar y fotografiar, con el sentido del hacer, con una mirada precisa sobre la forma como debía relatar para darle coherencia y contexto a la imagen fotográfica y al fotoperiodismo que me apasionaba y cada vez me comprometía más con la realidad del país. Asumí una posición política que hizo distinguir también mi trabajo del de otros compañeros fotógrafos; desde el comienzo fui viendo quiénes y de qué manera hacían la guerra en este país y comprendí que la bota armada ya tenía mucho protagonismo, no solo en el campo de batalla, sino también en los medios periodísticos.

Sentí que estaban pasando tantas cosas que no teníamos tiempo de reflexionar en ese entonces ni de entender qué nos estaba sucediendo, tanto que en algunas ocasiones fuimos utilizados y oprimidos por la misma guerra, los grupos armados y el Estado. No entendíamos la importancia que teníamos nosotros en el lugar y el momento en que pasaban las cosas. Para muchos era estar viviendo una película, para otros, como estar haciéndola, y para mí era tener que aprender a cruzar el río con la idea de no perder la vida ni perder el horizonte de mi fotografía.

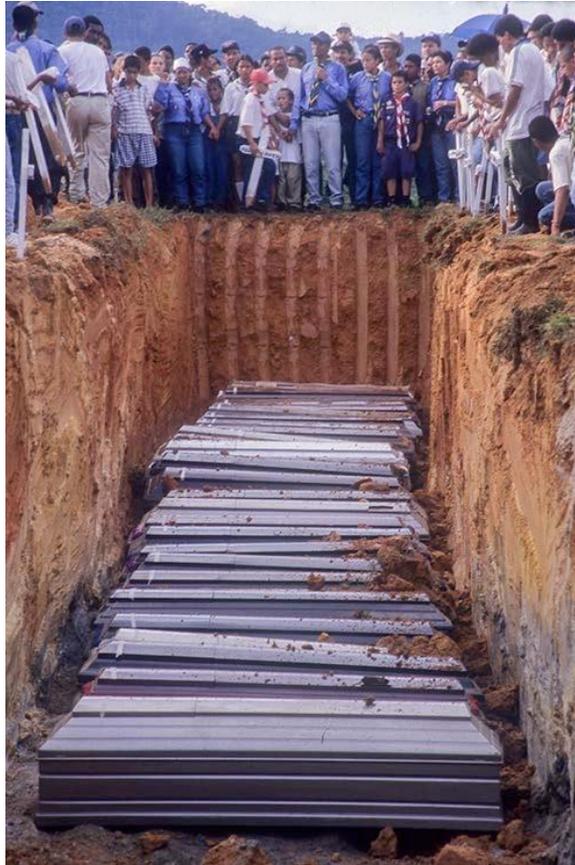


Figura 2. Luego de que el ELN, un viernes en la noche, volara el oleoducto que pasaba por la ribera del río, junto a Machuca, las casas se incendiaron, dejando un saldo de 84 muertos. En una fosa común son sepultadas la mayoría de las víctimas, acompañadas de sus familiares y amigos. El atentado ocurrió luego de que el grupo guerrillero estuviera en la convención en Río Verde, adelantando diálogos con el Gobierno.

Foto: Natalia Botero. 20 de octubre de 1998.

El encuentro con la fotografía

De ser el hobby que tenía, la fotografía pasó a ser resignificada en la forma de expresarme y de contar historias cotidianas, como un diario. Una de mis hermanas me heredó su cámara, una Nikon F3 análoga, de película. Me la dejó luego de haber partido al Norte hace ya más de 30 años, en 1984, para que le contara de mi vida en Colombia, de mis amigos y de lo que me sucedía. Y así fue, cada que podía le enviaba cartas con fotos de lo que sucedía en mi vida.

A través de ella aprendí cómo podía comenzar a acercarme a las personas y los hechos con el pudor de no romper la tranquilidad del otro. El trabajo con la imagen me permitió madurar y construir fotografía con toda la conciencia de lo que significahacerla, esperar el momento, captar la luz y obturar en un encuadre preciso; ellapermitió hacer de mi mirada de lo vivido, lo sentido y lo percibido un sello personal al fotografiar.

Haber tomado el camino del fotoperiodismo me dio la fortaleza y la valentía paranarrar a través de mi cámara las cosas que, de alguna manera, yo no era capaz de describir por medio de las letras. Desde muy joven, recién salida de la universidad, tuveque emprender de la mano de la cámara y mi morral de viaje la decisión de andar los territorios donde estaban sucediendo las cosas.

Desde mis inicios en los medios, recorrer el territorio colombiano con una cámara en mano no fue nada sencillo. Primero, porque eran tiempos violentos, y segundo, por ser mujer. En muchas ocasiones recorrí sola el camino hacia los lugares donde estaban pasando los hechos que hacían noticia, emprendí la marcha en mi carro sin medir las consecuencias en la ruta, y no tenía mucho a quién reportarme, solo a mi jefe, por lo tanto, todo esto aumentaba mis riesgos en el campo de trabajo cubriendo las noticias. Mi condición de mujer, de igual manera, nunca me puso en desventaja, pero al momento de publicar, expresarme y mostrar el trabajo todo era diferente, permanentemente sentía cómo me sacaban a un lado, inclusive, hasta cubriendo las noticias.

Con el tiempo fui creando protocolos en el cubrimiento de las historias y los hechos de tal manera que la ética de fotografiar se volviera una constante tanto en mi vida como en mi trabajo.



Figura 3. El 15 de agosto de 2000, miembros del Batallón de Infantería N.º 32 Pedro Justo Berrío, de la IV Brigada del Ejército, asesinaron a seis niños que iban en una caminata ecológica en la finca La Tolda, junto a otros 41 estudiantes. Los menores de edad pertenecían a la escuela rural de la vereda La Pica, ubicada en Pueblorrico, Antioquia. Otros cuatro estudiantes resultaron heridos. Junto con el grupo iban una profesora, su esposo, una madre y una empleada de la escuela.

Foto Natalia Botero. 16 de agosto de 2000.

Aprendí a abordar el fotoperiodismo estando ante el dolor de los otros, tanto desde la tragedia, como desde las luchas y la resistencia de las comunidades. Mis imágenes fotográficas han confrontado a muchos de los que estuvieron alejados del conflicto y para los que les fue ajeno; algunos se han topado de nuevo con algunas de esas imágenes y han tenido la oportunidad de hacer una reflexión frente a lo sucedido, y muchos aún se preguntan dónde estuvieron cuando estas cosas pasaron. Varias de mis fotografías están junto a las de otros colegas fotógrafos en el Museo Casa de la Memoria de Medellín, donde cada día, frente a las historias narradas en las fotografías, nacionales y extranjeros se hacen cientos de preguntas.

La fotografía se me convirtió en una poderosa herramienta para narrar, para hablar del otro o para denunciar lo que para mí no estaba bien; para hacer un llamado de atención. Ella, a su vez, se convirtió en testimonio y prueba de que los hechos sí sucedieron, y a mí en testigo de lo sucedido. Mis fotografías permitieron darles voz, rostro y visibilidad a las víctimas del conflicto. Nunca he fotografiado sin la complicidad del otro. A partir de saber escuchar a los otros, de entender qué sucede y ponerme en su lugar pude llegar a los diversos territorios; también en medio de cierta complicidad de los armados, pues ellos eran quienes nos usaban, sabían de la propaganda indirecta que les hacían los relatos de prensa. Todo ello me permitió narrar sus historias, llevarlos en mi memoria, entrar en sus vidas y recorrer el país.

Con el trasegar de los años fui escribiendo con las imágenes historias que hoy pienso hay que deconstruir desde la imagen fotográfica misma, como el horror, la guerra, el dolor, la tristeza y la impotencia de los colombianos, y a partir de lo que se nos deja ver, podemos reflexionar qué hay tras lo sucedido, quiénes están alrededor que no se dejan ver, cuáles son los pedazos de vida que recogen para empezar a reconstruir de nuevo.

Obturar, como lo recuerda Bresson (1976) sobre el instante decisivo, fue prepararse no solo profesionalmente con la cámara, sino también física y psicológicamente. Pero al cabo de muchos años me di cuenta de que mi cabeza y mis percepciones no estaban preparados del todo para enfrentar lo que se dejaba venir cada día. Era obvio que la guerra afectaba demasiado, era claro que no solo las víctimas del país sufrían, que también yo correría con los mismos temores y tristezas en algunos momentos, era predecible que, al cabo de más de dos décadas, mi mirada, mis percepciones y sentir frente a la imagen fotográfica cambiarían, porque de alguna manera el drama que los otros se convertiría en mi propio drama también.

El giro de la mirada: del fotoperiodismo a la fotografía documental



Figura 4. Hacia el mediodía del 3 de noviembre de 2000, integrantes del Bloque Metro ingresaron al casco urbano del municipio de Granada, Antioquia, y asesinaron a 17 personas. Otras 4 quedaron gravemente heridas. Entre las víctimas se encontraban 6 personas mayores de 60 años, 2 menores de edad, 2 madres de familia y algunos agricultores del municipio. Según testigos de la masacre, en su retirada el grupo paramilitar asesinó a más campesinos que no fueron tenidos en cuenta dentro de la masacre por las autoridades, por lo que no hay total certeza sobre el número total de víctimas.

Foto: Natalia Botero. 5 de noviembre de 2000.

La fotografía obliga a estar en el lugar e implica una relación directa con los hechos y los protagonistas. Conocer de primera mano lo que sucedía en el país me hizo reflexionar en el tiempo sobre cuál es la idea, el propósito y el papel de uno como fotógrafo en medio de tantos eventos violentos que ocurrían a diario. Con el aumento de las situaciones violentas cada día me era más difícil poder estar en todos lados, yano era solo el campo, también había episodios en la ciudad. A partir del año 2000 se empezó a hablar de la urbanización de la guerra en Medellín.

Con el paso del tiempo, en el campo y en la ciudad fotografíe muchos sucesos; cada día cambiaban los protagonistas, los lugares, la hora del día, pero los hechos eran muy similares: muerte y destrucción. Una de las historias del conflicto que marcó mi ejercicio fotoperiodístico y que, a su vez, hizo que realizara una profunda reflexión sobre mi responsabilidad y sobre lo que venía haciendo a través de los años en informarle al país, fue en 2003, cuando hice el cubrimiento de la masacre de San Carlos, Antioquia, perpetrada por las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), en la que asesinaron indiscriminadamente a niños, mujeres, ancianos.

Caminar varias horas tras la muerte, recorrer el sendero detrás de la volqueta que llevaba a los muertos, ver cómo los campesinos huían llevando muy poco en medio de la tensión y el hostigamiento por parte de las FARC —que se encontraban aún en la zona— era ir tras la muerte; los olores, las percepciones y las sensaciones alrededor de esta. Vi cómo la guerra ultimó vidas. Al llegar a la casa donde recogerían los últimos cuerpos, estaba Cielo junto a su hermano. Los muertos

eran dignamente velados por sus familiares en una profunda humanidad; mientras tanto, chicos y adultos corrían llevando al bus de escalera todo lo que más podían —la nevera, la ropa y los zapatos—. Cielo quedó ahí sola. Encontrarme de frente con ella, fotografiarla, saber que representaba el horror y el dolor de la guerra, me marcó mucho. Ese día tuve varios episodios en los que mi cuerpo se desvaneció, me quedé sin fuerzas y recuperarme no fue fácil.



Figura 5. En la noche del 16 de enero de 2003, integrantes del Frente Noveno de las FARC asesinaron a 18 personas en su paso por tres veredas ubicadas en el municipio de San Carlos, Antioquia. Los guerrilleros llegaron a la vereda Dos Quebradas, La Tupiada y Dinamarca. Cielo fue una de las 19 víctimas —todos campesinos—; en el momento que llegué junto con la volquetas que recogía los muertos, estaba siendo dignamente velada por su familia que abordaba el bus de escalera en el que sacaban sus pertenencias.

Foto: Natalia Botero. 19 de enero de 2003.

Al llegar y fotografíar el dolor de un pueblo entero, retratar varios rostros en zozobra, sin saber qué rumbo tomar, empecé a hacerme varias preguntas: ¿qué implica morir en un país como Colombia?, ¿por qué nos matan tan fácil?, ¿qué pasa con la gente?, ¿a dónde van todos?, ¿quién se preocupa por lo sucedido?, ¿qué pasa con el duelo?, ¿qué pasa con la verdad?, entre otras.

Mi preocupación se volvió el tema de la muerte, sobre todo de las muertes violentas, porque cuando ocurren no hay solo un dolor, sino también una ruptura de la cotidianidad, una tragedia; hay soledad, impotencia; la gente huye, se desplaza, se rompe la confianza y se pierde identidad, hasta la dignidad se pierde. La muerte destruye no solo una vida, acaba con muchas a su alrededor. Para mí eso siempre ha sido una gran preocupación dentro de mi trasegar fotográfico.

Cuando empecé a trabajar entre las tensiones que la guerra genera, entre tanta información sin procesar, me encontré también con historias de esperanza. En el camino me topé con mujeres aguerridas y con mucha fortaleza. Cuando me tomé un café con un campesino para conversar sobre la resistencia de no salir de su tierra o cuando visité cientos de desplazados en tierras extrañas, despojados de sus territorios, les escuché cómo soñaban con volver a sus hogares. Estando ahí al

lado de todos ellos con la cámara, me quedó una extraña sensación sobre lo que estaba haciendo con la fotografía.

Bajé mi cámara y cerré mis ojos. Hice un giro de mi mirada. Pensé en el periodismo del día a día, en estar en los medios publicando unas cuantas fotos de lo que sucedía, si de alguna manera se ayudaba a encontrar caminos de justicia y verdad; me topé todo el tiempo con gente llena de amor, esperanza, tenacidad, capacidad de reponerse y seguir adelante a pesar de la adversidad y el dolor producido por los violentos. En el camino recorrido me encontré también con territorios peligrosos, sembrados de minas antipersona y de cuerpos enterrados en fosas comunes, me tope también con los violentos.

Busqué la forma de no seguir yendo a tomar las fotos de la noticia, no era capaz de levantarme un día más e ir a las calles a fotografiar hechos que ya no eran importantes para mí contar, no quería olvidar a todos aquellos con los que me topé en mi camino, que se quedaron acompañando a sus muertos, reconstruyendo sus hogares y cuidando a los pocos hijos que la guerra les dejó. Al cabo de estos años de fotoperiodismo sentí el gran deseo de hacer un giro en mi mirada, dejar de cubrir noticias para poder quedarme más tiempo con las víctimas del conflicto y saber de sus historias y sus ideas luego de que todo ha pasado.

En este tránsito me encuentro con uno de los eventos más aterradores de la guerra: la desaparición forzada. Cuando se habla de esta se refiere algo poco concreto, difícil de entender; no hay un cuerpo, no hay un hecho concreto, por lo tanto no hay una víctima, y sin esta no hay victimario, en consecuencia, no hay delito. Entonces se vuelve una idea difusa y confusa con el agravante de que a los familiares siempre les dan un alto porcentaje de duda frente a lo denunciado. La táctica de la desaparición forzada es el mecanismo de guerra más exitoso que ha tenido este país, porque detrás de esta se encuentran el destierro, el despojo, la pobreza, la ruptura de la confianza y la desesperanza. Suceden una cantidad de eventos humanos que la hacen uno de los mecanismos más aberrantes en contra de los colombianos y su historia.

Y en mí se concretó esa idea cuando empecé a acompañar los grupos de exhumación de la Fiscalía General de la Nación en el marco del proceso de paz con los paramilitares. En 2005, se creó en la Fiscalía el grupo Justicia y Paz, y a su vez se creó una ley que permitía intensificar la búsqueda y la exhumación de cuerpos víctimas de la desaparición forzada que fueran denunciadas por los paramilitares en dejación de armas, como mecanismo de reducción de penas.



Figura 6. Exhumación de Juan Carlos Macías, quien a sus 16 años fue llevado por los paramilitares fuera de su pueblo, La Granja, en Ituango; tres días después de haber también desaparecido su prima Diana Marcela, de 15 años. Solo después de 8 años su familia logró encontrar su cuerpo a partir de los relatos de quienes vieron llevárselo. Estaba enterrado en la montaña frente a la casa donde ellos vivían.

Foto Natalia Botero. Ituango, julio de 2011.

Empecé a interesarme por el tema forense. Me llamó la atención que siendo el Estado uno de los principales causantes —en alianza con los paramilitares—, se encargara a la Fiscalía el realizar las exhumaciones y la búsqueda de los reportados como desaparecidos. Así mismo, la solidaridad con que el equipo forense de este órgano asumía la tarea de búsqueda y entrega de los restos a sus familiares me mantuvo junto a ellos con el deseo de contar lo importante y relevante que hacían.

Pensé más de una vez cuál era mi interés en la desaparición forzada, no entendía por qué buscar respuestas en los cuerpos, por qué seguir a los grupos forenses, por qué entrar al laboratorio para evidenciar técnicamente cómo se armaba un cuerpo, cómo se buscaban las pruebas de ADN y cómo se archivaba el caso hasta que aparecieran las familias.

Cuando empecé en la fotografía forense, acompañando a los grupos de exhumación, recorrí caminos, montañas, ríos y selvas en busca de las coordenadas que, por años, los investigadores y familiares daban a los fiscales para llegar a encontrar las fosas. En estretarsegar vi cómo se hacen importantes para los grupos forenses de la Fiscalía los protocolos, así como la manera en que estos eran tan imposibles de ejecutar 100 % en el campo de trabajo. Las

adversidades de nuestro territorio, las técnicas que se diseñaron para desaparecer los cuerpos y los grupos reducidos de trabajo hacían que esto fuera un trabajo casi imposible de realizar.

Esta experiencia me acercó a los procesos de investigación, a cómo se hacía la carta de navegación para llegar a la fosa, pero también, a cómo se involucraron en estos procesos algunos de los victimarios para las denuncias, y cómo los familiares acompañaban algunos grupos para dar coordenadas y aprobar los lugares. Todo esome hizo entender la cadena de información y de recursos humanos y técnicos que eran necesarios juntar para lograr el objetivo: encontrar los cuerpos.

También aprendí que cuando se llega junto a las fosas se puede entender cómo fueron los recorridos trazados por los cuerpos que se exhuman. En muchos de los casos los forenses podían identificar que el desaparecido no murió en el lugar, o que lo habían cambiado una o más veces; o, en el peor de los casos, se encontraban partes y el resto seguiría desaparecido.



Figura 7. El laboratorio forense de la Fiscalía en Medellín. En estas cajas se encuentran todos los cuerpos recuperados por ellos. Cada una alberga un caso y una vida a la espera de ser narrada y reconocida. Hay más de 1.200 casos que faltan identificarse plenamente para ser entregados a sus familiares.

Foto Natalia Botero. Medellín, marzo de 2013.

¿Qué significa para Colombia pensar en que sus habitantes los desaparecen? ¿Qué implicaciones tiene? ¿Qué pasa que muy pocos se sorprenden porque su vecino no volvió? Me pregunté muchas veces por qué no nos escandalizó tanto esta situación cuando al saber que

Juan, Emilio o Diana ya no estaban, y que el drama de su ausencia es para la familia y no para el país. Cada vez que iba al búnker de la Fiscalía, al laboratorio forense, para investigar y fotografiar el proceso de los cuerpos luego de ser exhumados, veía allí un número incalculable de cajas marcadas con un número —803, 425, 1005, 721...—; veía que la cifra era enorme y que era solo lo que había en Medellín. Allí, en el laboratorio forense, me hablaron también de que no estaban todos, que faltaban muchos, que no era posible hallarlos, pues los métodos para desaparecer lo hacían cada vez más difícil; algunos usaron mecanismos de desaparición no solo con ácido para borrar las huellas y los cuerpos —como lo hacían los narcotraficantes—, sino que también los paramilitares crearon hornos en la selva para cremarlos vivos o muertos, o los picaban y los tiraban a los ríos, o los enterraban en la selva en lugares inhóspitos y otros están enterrados en varias partes por todo el territorio colombiano.

En el laboratorio empecé a ver cómo las familias se volvían unos investigadores más, seguían las pistas de las víctimas, los reclamaban a los grupos armados, los buscaban donde alguien les diera razón de ellos. Los familiares se volvieron también clave a la hora de emprender una búsqueda y una exhumación. Asistían y la Fiscalía los acogía. En el trasegar a estos destinos mi fotografía también fue tomando otro giro, dejé de ser fotoperiodista para querer indagar y profundizar más sobre este fenómeno. Me interesé en todo lo que giraba en torno a eso: cómo se llega a la exhumación, cómo se hacen los procesos y de qué manera la identificación es clave para poder ser entregados a sus familiares.

Me di cuenta que desde el fotoperiodismo era difícil hablar sobre lo que pasaba, así que mis intereses se fueron volviendo documentales y que esto me hizo querer investigar y ahondar en lo que había detrás de las exhumaciones.

Quise indagar e investigar más, hice un giro en la mirada, o sea, dejé el periodismo por completo, renuncié a los medios y decidí emprender sola el camino hacia la investigación social y documental con la fotografía. Me embarqué en la idea de entender qué sucedía alrededor de la desaparición forzada y cómo se realizaban los procesos dentro de Justicia y Paz. Encontré que no era fácil de tratar, tal vez por estolos medios periodísticos en su momento no le pusieron la atención requerida, tal vez por las implicaciones que tenía, porque se corrían muchos riesgos y porque era mejor callar un asunto que implicaba al Estado.

Mi búsqueda fotodocumental partió no solo de cómo se hace una identificación de un cuerpo para que regrese a su buscador. Cada cuerpo que se exhuma, que se logra identificar y se entrega a una familia es una prueba de una historia de vida, de que sí ocurrió un hecho violento dentro del conflicto armado colombiano y que tiene un relato por ser contado.

Cuando hay un desaparecido en Colombia, hay una parte de la historia del país que se desaparece. La historia colombiana se narra en dos dimensiones: una contada en los escenarios públicos, con personajes con cierto poder político y económico, como Diana Turbay, Jaime Garzón, Carlos Pizarro o Rodrigo Lara Bonilla, víctimas todos ellos de asesinato; y otra que es la que compone el ciudadano de a pie, para quien la guerra se manifiesta de manera diferente.

Este está más expuesto al tema de la desaparición forzada debido a que es un mecanismo de guerra público, un flagelo soterrado y silencioso. Aquí desaparecieron al estudiante, al líder que trabajaba en su comunidad, al ama de casa, a los trabajadores, es decir, a la gente del común, a la gente que hacía parte de las comunidades a donde llegaban los grupos armados; territorios estratégicos para la guerra.

Asumí el tema de la desaparición forzada también como una bandera fotodocumental de denuncia y resiliencia. Siento que desde que empecé a fotografiar en 2008 la desaparición forzada en Jornadas de Víctimas, en las que había que demostrar, denunciar y publicar todo lo que estaba pasando, el silencio, las luchas, las denuncias, el ocultamiento y por supuesto la impunidad de los hechos.

Con el tiempo entendí que todo esto que había fotografiado quedaba reposado o suspendido en el tiempo. Hasta que llegó el momento de encontrarme con los archivos de nuevo, para comprender la importancia de ellos en la actualidad para la historia del país, y finalmente comprender que mis archivos fotográficos en el hoy son tan valiosos como los relatos de las víctimas y de los familiares.

La desaparición forzada



Figura 8. José, «mi negro», como lo llamaba el fiscal, perdió a su padre y hermano a manos de la guerrilla de las FARC hace más de 23 años. Fue en la zona de la reserva forestal Los Katíos, en el Urabá antioqueño. Luego de varios años de búsqueda encontraron las fosas. Los cuerpos fueron exhumados y llevados al laboratorio forense donde no han sido entregados ya que hasta hoy las pruebas de ADN no dan el porcentaje requerido. La selva, el agua y el tiempo se les llevan parte de la ilusión de retornarlos a casa.

Foto: Natalia Botero. Agosto de 2013.

Primo Levi, en uno de los textos de su libro *Trilogía de Auschwitz*, recuerda que los soldados de las SS se divertían cuando advertían cínicamente a los prisioneros: «de cualquier

manera que termine esta guerra, la guerra contra vosotros la hemos ganado; ninguno de vosotros quedará para contarlo, pero incluso si alguno logra escapar, el mundo no le creería. Tal vez haya sospechas [...] porque con vosotros serán destruidas las pruebas» (1989: 475).

Su narración viene luego de salvarse de ser una de las víctimas de desaparición forzada dentro del marco de la Segunda Guerra Mundial, a manos del régimen nazi de Adolfo Hitler en Alemania. Prácticas de guerra implementadas por el Estado directamente y que tomaron el nombre de *Nacht und Nebel-Erlass* (Noche y Niebla) en 1941.

En América Latina, los primeros casos de desaparición forzada de personas por parte de agentes o civiles al servicio del Estado empiezan a partir de los años 60 luego del golpe de Estado a Jacobo Arbenz en Guatemala. La junta militar gobernante empezó a desaparecer y a eliminar a cientos de personas de la oposición, alcanzando niveles impresionantes en los años 70; crímenes declarados por la ONU contra la humanidad y los cuales se vuelven imprescriptibles y continuados, sin posibilidad de indulto o amnistía.

Con respecto a la definición sobre la desaparición forzada y en relación a la problemática de América Latina, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA, en su informe anual —1986-1987—, expresa que esta puede definirse: «[...] como la detención de una persona por agentes del Estado o con la aquiescencia de este, sin orden de autoridad competente, y en la cual su detención es negada sin que existan informaciones sobre el destino o paradero del detenido».

En 2006, en la Convención de la ONU sobre la desaparición forzada, se consideró este acto como: «un ultraje a la dignidad humana». Sin embargo, el fenómeno —lejos de ser un recuerdo de los años de las dictaduras— aún persiste y existe en países como México y Colombia, en los cuales no solo el Gobierno, a través de sus militares, es el perpetrador, sino que se vinculan a estos hechos también el resto de grupos ilegales armados al margen de la ley, vinculados con extorsión, secuestro, corrupción, narcotráfico, desplazamientos y masacres, entre otros, haciendo de este un fenómeno aún más cruel y doloroso.

La desaparición forzada es la privación de la libertad de una o varias personas mediante cualquier forma —aprehensión, detención o secuestro— contra su voluntad. Este tipo de crimen de guerra constituye una violación a los derechos humanos; y puede gestarse desde el Estado a través de sus agentes o grupos que actúen con la autorización o apoyo de este. Es un crimen de lesa humanidad, entre otras características, los hechos se cometen de manera generalizada —multiplicidad de víctimas— o sistemática —como parte de una práctica frecuente—. La normativa internacional consagra una definición de víctima que incluye a la persona desaparecida y a toda persona física que haya sufrido un perjuicio directo como consecuencia de una desaparición forzada, incluyendo así a los familiares de la víctima.

La desaparición forzada en Colombia tiene tintes de exterminio en masa, es un método clandestino empleado para la tortura moral y física; genera la separación de la familia, los amigos, y es el fin de la seguridad y la tranquilidad que da la casa.

Basta con mirar los rostros de quienes aparecen en las fotografías que sirven de denuncia sobre una víctima de desaparición forzada para conocer también que este flagelo toca principalmente a un sector de la población: se encuentran en lugares menos protegidos, donde hay mayor presencia de actores armados, en territorios estratégicos no solo para la guerra, sino también para el negocio del narcotráfico y las armas; inclusive casos como Medellín en las comunas 13 u 8, en las que se realizaron sendas operaciones militares. Orión es la más famosa por su particular virulencia y porque dejó en evidencia que el Estado entró con toda la fuerza pública y de la mano deparamilitares para retomar el control de la zona; barrios enteros donde viven cientos

de familias y que aún, 17 años después, se siguen viendo afectadas por las balas perdidas, las retenciones ilegales o el enfrentamiento entre grupos armados y el Estado.

De puertas para adentro, puertas para afuera

Como ya mencioné en el capítulo anterior, fue desde 2008 que decidí tomarme en serio el trabajo fotográfico sobre la desaparición forzada; esto luego de acompañar por varios años a los grupos forenses y conocer a los familiares; me fui haciendo más preguntas sobre lo sucedido, no solo en terreno, sino también en el laboratorio forense a donde llegan los cuerpos y acuden los familiares.

Desde 2010 se hicieron más frecuentes mis visitas al bunker de la Fiscalía y el acompañamiento al laboratorio forense de identificación. Notaba que cada vez que entraba con algún funcionario, este rezaba; yo, por mi parte, meditaba en silencio. Fue en este lugar donde en una conversación Lesly, la médica forense, me describió los mitos que se han tejido alrededor del mismo, que van desde que es un lugar de basuras donde las ratas pululan, hasta que en la noche suceden cosas indescriptibles. Realmente no vi lugar más limpio, más claro e iluminado y a la vez tan triste, me resultaba imposible no terminar pensando en todas las historias y las personas que allí había; todas las dificultades que pasaron para saber que llegaron allí; su exhumación no fue sencilla, como tampoco su búsqueda y hallazgo en los diferentes territorios y circunstancias. Ese espacio de trabajo, en condiciones especiales, «hace que la gente se llene de ideas de lo religioso, el misticismo, pero es cada uno el que se tiene que proteger y llenar de buena energía frente a estos procesos», continuaba mencionando Lesly.

Con el pasar del tiempo fui dándome cuenta de que, tanto en ese lugar como en las exhumaciones, además de los grupos forenses, también asistían las familias, y fui entendiendo con los días que quienes hacían posible llegar a las fosas y encontrar a los cuerpos eran en un alto porcentaje los propios familiares de los desaparecidos. Ellos se volvían investigadores, como es el caso de María Elena Toro, quien al perder tres de los miembros de su familia y

recorrer todos los caminos en su búsqueda, a sus 78 años de edad emprendió el estudio de la carrera forense.

Ser consciente de la presencia de los familiares y los caminos que recorrían a la par de los equipos forenses me hizo mirar también la otra cara de la desaparición: no era solo sacar un cuerpo y exhumarlo para que aumentara la cifra de cuerpos recuperados por el Estado —porque desde lo fotoperiodístico era eso: cómo se hacía una exhumación, qué implicaciones forenses había y de qué manera se identificaba el cuerpo—, sino que era saber que detrás de ese cuerpo había toda una familia buscándolo, en vilo por esperar que entre esos cuerpos que exhumaron en las fosas estuviera su familiar y cesara, al menos un poco, todo el drama vivido alrededor de la desaparición.

Algún día, finalmente, fui consciente de que cuando terminaba de fotografiar y salía del laboratorio para ver tras sus ventanas blindadas qué sucedía afuera y me topaba con los familiares, los mismos que veía en las calles marchando y que me encontraba en las Jornadas de Víctimas que hacía la Alcaldía, era el momento de dar un giro a mi mirada fotográfica. Si bien lo que estaba haciendo lo consideraba muy importante para el país, no era lo que yo pensaba iba a darle el sentido al tema que fotografiaba sobre la desaparición. Así, me encontré con la mirada de los familiares y sus historias, me encontré de frente con la foto del rostro de los ausentes, las víctimas, colgadas de los cuerpos de sus madres, hermanas y familiares, me encontré que habían recorrido muchos caminos para llegar a las puertas de la Fiscalía a la espera —por meses y hasta años— para tener de nuevo en sus brazos el cuerpo de su ser querido. Evidencié el drama familiar que era esto. Llegaban no solo las madres, también los hijos que nunca habían visto a sus padres o que no los recordaban, llegaban las madres envejecidas prematuramente por el sufrimiento y el cansancio de caminar, los padres con los rostros ajados y los ojos sin vida por causa del sufrimiento y el cansancio.

Ahí empezaron mis preguntas, surgieron miles de dudas, me llené de incertidumbre y, por supuesto, vi cómo mi trabajo fotográfico seguía inconcluso cuando solo registraba una parte del eslabón de esta cadena de custodia del desaparecido; me di cuenta de que lo importante y lo que le daba sentido al trabajo era saber la historia de vida del ausente, de aquel desaparecido que se buscaba.

Hablando con estos buscadores profesionales me di cuenta de que pasaban muchos años desde que desaparecía la persona hasta el momento de encontrarla —si es que así sucedía—; que durante ese lapso de búsqueda muchos pensamientos pasaban por su mente, había afectaciones en sus vidas y en el mismo trasegar de la búsqueda. Pensar si estaría vivo o dónde estaría enterrado; si estará pasando frío o quién lo estará alimentando; si habrá sufrido o si está en el laboratorio donde se lo están comiendo las ratas. Es por eso que para los familiares encontrarse de nuevo con el cuerpo es recuperar parte de la historia vivida con el ausente, los recuerdos y las experiencias en vida llegan a la memoria de nuevo; el dolor y la alegría se

mezclan en una extraña sensación de descanso en el cuerpo y el alma, el encuentro de nuevo con el cuerpo es poder darle un descanso en un lugar escogido por su familia.

También conocí de cerca lo que sucede durante el tiempo de espera entre la exhumación y la entrega del cuerpo a los familiares —mediada por los procedimientos de identificación forense en el laboratorio que incluyen contraste de las pruebas de ADN de los familiares con las de las osamentas, la revisión de las prendas encontradas con el cuerpo, la carta dental—. La experiencia de estar afuera es difícil y de alguna manera tortuosa; la angustia se prolonga y para los familiares es como si se desapareciera de nuevo, porque sienten que lo recuperan por un momento muy corto, pero no lo pueden tener con ellos. La Fiscalía se los lleva de nuevo y no es mucho lo que las familias saben hasta que la prueba no dé una certeza de 99,9 % de que sí es quien buscan.

Con el giro de mi mirada hacia los familiares y la idea de completar desde la fotografía el relato sobre la desaparición forzada, me hice varias preguntas: ¿quién era ese otro al que buscaban?, ¿porque se hacía tan importante para la sociedad?, ¿cuáles eran sus particularidades de vida que hacían difícil olvidar su desaparición? y ¿qué pasaba en la vida de sus familias mientras su ausencia?

En las indagaciones sobre quiénes eran aquellos a los que buscaban y reclamaban a través de las marchas, los encuentros en el atrio de la iglesia de la Candelaria —en Medellín— cada miércoles y en cuanta actividad era posible visibilizar los ausentes, fui conociendo por qué eran importantes y quiénes eran. En el camino me encontré con algunos nombres como el de Jaime Quintero, Hernando de Jesús Balvín, Carlos Emilio Torres o Ana Libia de Carvajal. Fue a partir de sus familiares que me encontré con sus historias de vida y quiénes eran ellos. Algunas de esas historias a las que tuve acceso y con las que me conecté en medio de mis acercamientos, las narro a continuación.

Everardo de Jesús Carvajal, hermano de Doralina y tío de Nazly. Nacido en el municipio de Apartadó en 1970, año en que termina la guerra de Vietnam, hay crisis energética en Europa y en nuestro país el Estado quedaba en manos de Misael Pastrana Borrero dando fin al Frente Nacional. Everardo, un hombre al que le encantaba bailar vallenato; alegre y muy amigüero; se preocupaba y amaba a los animales, en especial los caballos y los peces, ya que disfrutaba mucho de la playa y el mar desde cuando su mamá los llevaba de paseo a Turbo, ahí cerca de donde nació. Pese a que escuchaba mucho a Diomedes Díaz, le encantaba la canción *Manizales del alma*; también le gustaba comer pescado y vestirse elegante. A él se lo llevaron de su casa en Bello, Antioquia, junto con su madre **Ana Libia**. Los dos desaparecieron a manos de los paramilitares el 18 de agosto de 2000.

Para la familia Toro tener en casa un tercer caso de desaparición fue realmente una tragedia incalculable. **Franklin Aurelio Varón Toro**, nacido en 1975, estudiante de quinto semestre de Ingeniería Civil en la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, a cada rato repetía a su mamá: «Comamos y bebamos que el mundo se va a acabar». Era bailador y

muy buen jugador de fútbol. Desapareció en la ruta a Frontino, donde su familia tenía una ladrillera. Supieron por un soldado que en el camino un grupo armado, los paramilitares, lo habían retenido. Franklin, a sus 22 años, amante de la música de escalona y un gocetas de la vida, nació en un año en que el conflicto colombiano tomaba su mayor intensidad y violencia. En el río Ariguané su lugar preferido, le tocó ver mucha de esa violencia. Desapareció el 22 de febrero de 1997.

Uno de los megaproyectos más importantes de Colombia, la Central Hidroeléctrica La Miel 1, localizada en Norcasia, Caldas, se empezó a construir en 1997. Cuenta con una presa de 188 metros de altura que en su momento fue la segunda más alta del mundo. En su construcción trabajó **Julián Emilio Cataño Carmona**, ingeniero civil especialista en suelos. Un hombre bailarín y muy parrandero que le encantaba pasear con su familia y la llevaba mucho a La Miel. Gran profesional que hizo su vida laboral en la mayoría de los proyectos grandes de ingeniería del país. El ingeniero fue retenido por los paramilitares el 24 de febrero de 2001 y llevado al Chango, zona roja, donde Ramón Isaza, jefe de las Autodefensas Campesinas, dio orden de picarlo y tirarlo al río.

La Caucana es un corregimiento de Tarazá, Antioquia, donde los pobladores tuvieron que aguantar que tanto la guerrilla de las FARC como los paramilitares montaran las sedes de sus tiranías narco. La guerrilla destruyó el pueblo y en una violenta puja de poder entre bandas criminales los paramilitares asesinaron y desaparecieron a sus habitantes. El 26 de octubre de 2002, **Hernando de Jesús Balvín**, de 45 años, y su hijo Adonis Balvín, fueron dos más de estos pobladores desaparecidos por Ramiro Vanoy, alias Cuco Vanoy, del bloque paramilitar Mineros. Hernando era un hombre trabajador que tenía nueve mulas de animales, en las cuales sacaba madera; fue buen padre y compañero de vida, recordado con mucho cariño; autodidacta y muy responsable, llenode vida y ganas de vivirla. Un padre protector y generoso, al que le encantaban los tangos, recordado por sus camisas a rayas que intercambiaba con su camiseta del Atlético Nacional, su equipo de fútbol preferido.

Jaime Enrique Quintero Cano fue un deportista jugador de las inferiores de fútbol del Nacional, gran charlatán y con unas actitudes histriónicas maravillosas. Padre de Juan Fernando Quintero, jugador de la Selección Colombia de fútbol y estrella del River Plate de Argentina. Jaime desapareció el 9 de marzo de 1995, prestando servicio militar en el Batallón Voltígeros de la Brigada 17 en Urabá. Luego de tener un altercado con el capitán encargado de la compañía 1.^a, fue incluido en un cambio de soldados por medio de un procedimiento irregular. Él, a sus 25 años de edad, fue víctima de desaparición a manos del Ejército y los paramilitares. Era un joven al que le gustaba escuchar música pop y le encantaba la banda UB40, bailarín que adoraba los perros. En su familia, posterior a su desaparición, hubo dos hermanos más que corrieron esta misma suerte en el área metropolitana de Medellín.

Un eterno enamorado, que le encantaba escuchar la música de Ricardo Arjona y Vicente Fernández y mirar el amanecer en compañía de su familia cada año que los llevaba a la playa,

ese era **Luis Javier Laverde Salazar**, a quien le encantaba cocinar espaguetis y pollo asado para sus hijas y esposa. Un hombre tierno y muy juguetón, amante de la saga de películas *Rápido y furioso*, pues además le fascinaban los carros. Era vendedor independiente de propiedad raíz. Un día, a las 7:00 p. m., regresando del trabajo a su casa en la comuna 13, barrio San Javier, llamó a su esposa de un teléfono público para informar que ya estaba cerca y preguntar si necesitaban algo en la casa para comprarlo en el camino. Desde ese día, 9 de diciembre del 2008, su familia no volvió a saber nada de él. Solo después de indagar mucho y recorrer toda la zona han entendido que Luis Javier ha sido una víctima más de los desaparecidos de la ciudad y que muy probable se encuentre en la Escombrera de Medellín.

Un viernes, **Carlos Emilio Torres Holguín** llegaba de trabajar de Linda Lana. Salió del turno de las 10:00 p. m. a pagar unas deudas con la quincena y regresó a la casa para descansar y luego visitar a su novia en la comuna 13. Le encantaba escuchar la canción de ranchera *Mujeres divinas* y su comida preferida era el sancocho de hueso de cerdo y bien carnosos. Le decían el Muelón; era trigueño, alto y, como estudió en el colegio militar, era muy exigente. Era uno de seis hermanos, de los cuales solo quedan dos. Los únicos paseos que hacían en familia eran las salidas de Viernes Santo, su mamá llevaba de almuerzo fiambre y él se encargaba de manejar el Renault 4 de la familia, salían con Guardián, su perro. Su novia vivía en el barrio San Javier, a donde fue un día a visitarla. Allí quedaban los rezagos de lo que había sido la Operación Orión, con una presencia fuerte del Ejército y la Policía en la zona. De la casa de ella lo sacaron varios hombres de civil para conversar, se lo llevaron en su moto, la que apareció unos días después en San Cristóbal. Desde el 29 de noviembre del 2002 no se sabe nada de él y ahora es una víctima más de la desaparición forzada en Medellín.

César Augusto Correa Gil nació el 25 de agosto de 1986. Hinchado de Atlético Nacional, escuchaba reguetón y le gustaba vestirse bien, usaba arete —se ponía una candonga— y vivió gran parte de su vida en el barrio Caicedo. Lo que más deseaba, cada vez que volvía de visita donde su madre, era que le cocinara carne sudada o sancocho. Dos veces al año regresaba a la casa, pues se había ido a trabajar en una finca en Tarazá. Su sueño era poder conseguir buen dinero para cambiar la casa de madera en la que vivía su familia por una de cemento, más cómoda. El bloque Mineros de las Autodefensas, que dominaba la zona del Bajo Cauca antioqueño, fue el responsable de su desaparición. Su familia no volvió a saber nada de él desde el 19 de julio del 2005.

Tres hermanos, tres vidas truncadas por los paramilitares en la vereda Pascuitá, de Ituango, Antioquia. **Rafael Antonio, Jairo de Jesús y Fabio de León Macías Rivera** fueron víctimas de la desaparición forzada a manos de paramilitares. Hijos de una familia numerosa del campo, donde no hicieron muchos años de primaria porque tuvieron que salir junto con su padre a recoger la cosecha de maíz y sembrar cacao. Era un hogar muy humilde, les tocó moverse por muchas partes del país hasta que regresaron de nuevo a Antioquia. Amantes de las plantas y la naturaleza, a Jairo le encantaba la mata del Jasmín y a Leo la flor de la rosa blanca. Rafael era un joven muy organizado y vanidoso, le encantaba ponerse perfume siempre, así se

fuera a quedar en la finca trabajando. Desaparecieron el 21 de diciembre de 2002, un año para el país de una violencia incontrolable, sobre todo en los municipios fuera del centro del país.

Cuando me aproximo a sus historias, veo tras sus fotos, reposando sobre los pechos de quienes los buscan, a cientos de mujeres que toman en sus propios labios sus nombres, en sus propios cuerpos sus rostros para darles dignidad y honrarlos, reclamar justicia y verdad ante la sociedad, los violentos y el Estado. Esto me llevó a considerar necesario continuar evidenciando a cada momento con la fotografía el tema de la desaparición forzada, a las víctimas y sus familiares.

Mi fotografía tomó entonces un sentido documental en el que no solo era posible dejar en evidencia lo que acontece con un cuerpo, sino, contar una historia de una familia que debía ser narrada con la idea de dejar en evidencia a unos victimarios y unos crímenes de lesa humanidad. Ellos, **los ausentes**, son fotografiados junto a las historias de sus familiares, junto a la vida de las mujeres que hoy los buscan, junto a la idea del encuentro por la dignidad, la búsqueda de la verdad, para **NO OLVIDAR**.

Capítulo II



Figura 9. Las mujeres se dan cita todos los miércoles en el atrio de la Iglesia de la Candelaria. Allí hacen visibles a sus desaparecidos

Foto: Natalia Botero. 30 de agosto de 2013.

Las buscadoras

En mi trasegar como fotógrafa aprendí el poder de la escucha, a esperar el momento decisivo, a saber bajar la cámara cuando fuera necesario y estar ante el dolor de los demás en silencio; a dar una mano, abrazar y, sobre todo, hacer clic sin ser observada, sin incomodar, sin interpelar, sin ser cuestionada y sin interrumpir el instante de intimidad vivido por los otros; sin cuestionar ni juzgar, pero tampoco siendo cómplice de lo que está mal, de lo que corrompe y destruye la sociedad: la guerra.

En la ruta fotográfica en busca de aquellas imágenes que pudieran narrar la verdad de un país en conflicto que no quería hablar de sus desaparecidos; de un país donde las víctimas siempre estarán en una condición inferior al resto de los ciudadanos, me di cuenta de que cada vez se hacía más complejo el camino y que las víctimas eran más vulnerables.

En esa búsqueda me fui encontrando con los familiares de los desaparecidos, exactamente con ellas, aquellas mujeres que han hecho posible visibilizar a sus ausentes, víctimas de desaparición forzada, «las buscadoras», como las llamo.

Son mujeres incesantes, llenas de un valor con el que desafían todo muro impuesto por el Estado, los violentos y la sociedad para realizar su búsqueda. Son persistentes, insistentes y no se doblegan ante nada; su fortaleza la desarrollaron a través de su caminar, con la rigidez del pavimento y la dureza de quienes se encontraban contra ellas; con el dolor que sienten a diario en su cuerpo, reflejo también de la pena que llevan en su corazón por no saber de sus seres queridos.

Las buscadoras nombran a sus familiares a viva voz, se cuelgan de sus cuellos las fotos de estos. Ellas se comprometen, salen a las calles a protestar, dejan la vergüenza, develan lo íntimo, exponen su dolor y llevan su luto manifiesto; comparten sus accionares de resistencia como herramientas para no perpetuar el olvido, para sembrar en nuevas generaciones la necesidad de saber, de buscar nuevas rutas que no lleven a la guerra.

Ellas reivindican en la búsqueda la dignidad de los desaparecidos, y en la exigencia de la verdad la reconciliación por ser esta la única vía para el reencuentro. En esta búsqueda las

mujeres salen de sus roles del hogar para convertirse en mujeres públicas mediante su consigna por encontrar la verdad y hacer justicia para evidenciar a los desaparecidos en Colombia.

Y en mi búsqueda fotográfica pude percatarme del poder y la constancia de estas mujeres, quienes en su diario acontecer se volvieron investigadoras de su propio caso en compañía de muchas más en las mismas circunstancias. Ellas necesitan hallar a sus desaparecidos y encontrar respuestas. Parte de sus rutas fueron las mismas que me enseñaron a recorrer para dejar en evidencia, desde la fotografía, el suplicio sufrido por la desaparición y la búsqueda.

Recorren el camino que pudo haber trasegado aquel que ya no está; indagan en las instituciones, en los poblados, averiguan con los victimarios enfrentándose cara a cara, llegan al Estado, a los lugares menos imaginados que han sido cómplices de este flagelo. Son ellas quienes toman la iniciativa por la reclamación, reconstruyen las rutas que hacen posible —en un porcentaje— el encuentro de los ausentes, dan señales de las coordenadas para que los investigadores de la Fiscalía, junto con ellas, logren estar en el punto indicado para recuperar los cuerpos.

Buscar y no encontrar también fue uno de los resultados en su trasegar, muchas no supieron nada de sus familiares, muchos de ellos fueron tirados a los ríos, descuartizados y abandonados en lugares inhóspitos.

En ese caminar vi que siempre hablaban del otro, de cómo era y de lo mucho que lo extrañaban. Me pude dar cuenta de cómo les dolían los pies, se quejaban de los calambres en las manos, tenían jaquecas... en medio de esas dolencias muchas reían y al mismo tiempo lloraban. La resistencia se instaló en sus mentes y corazones. Nunca se vencieron en su trasegar.

En este encuentro con ellas les hice varias preguntas: ¿eran conscientes del dolor en el cuerpo?, ¿qué pasaba con el resto de sus vidas?, ¿por qué era tan importante la búsqueda?, ¿qué pasaría si no encontraban respuesta?, ¿por qué llevaban a cuestas, en la voz y en su cuerpo, las fotos del que ya no estaba? A todo eso respondieron completamente convencidas de que su dolor y su trasegar valían la pena, no había tiempo para hacer un alto en el camino, porque cada momento perdido es un instante más que su familiar permanece perdido.

Ellas recorrieron el campo y la ciudad en busca de respuestas, no se cansaron, se fortalecieron día a día sin tregua alguna. El dolor fue cómplice de ellas, invisibilizando sus propias vidas, su nombre y su humanidad.

Y estas mujeres, a las que fui encontrándome en el camino, se fueron volviendo mis cómplices también; ellas querían ser partícipes de mi búsqueda que, de alguna forma, era la suya: encontrar la verdad para hacer justicia y darles dignidad a los desaparecidos; yo con la fotografía y ellas nombrándolos a viva voz; ellas tratando de visibilizar a los ausentes con sus fotos puestas en su cuerpo y yo con el deseo de poder narrar esas imágenes fuera de ellas. Exponer su drama y las implicaciones de la desaparición forzada para la historia de nuestro país, en el que ellas eran las protagonistas debido a la búsqueda y cuyo accionar hizo vital el papel como mujeres activistas y actores políticos tejedoras de memoria.

¿Quiénes son aquellas buscadoras que tomaron la decisión de dejar las banderas de su hogar, dejar de lado las labores de la cotidianidad para transformarla en algo ajeno a surealidad inmediata, pasar de lo íntimo a lo público? Sus perfiles e historias dan cuenta del coraje en un país donde a muchos le es ajeno el conflicto, donde todos nos encontramos en riesgo de ser uno más de ellos, donde la desaparición y las múltiples manifestaciones de la guerra están latentes y no distingue sexo ni estrato



Figura 10. Grupo de mujeres que pertenecen a la Mesa Departamental de la Desaparición Forzada en Antioquia

Foto: Sandra Ramírez. Medellín, 12 de junio de 2014.

Mujeres como **Silvia Quintero**, que con todo su carácter es capaz de abanderar luchas sin importar los riesgos, tanto que enfrentó al Ejército para buscar a su hermano Jaime. Gestora cultural y social, con capacidad de escuchar al otro con una cierta sabiduría de la vida, con una alegría capaz de borrar por minutos la tristeza para convertirla en vida. Una gran líder, no solo social, sino también familiar, en una búsqueda constante por la verdad y la esperanza. Su hogar, conformado por su esposo y unos hijos estudiosos, fue su fortaleza para salir adelante e iniciar el camino del emprendimiento con sus habilidades de estética y belleza. Su hermano desaparecido, Jaime Enrique Quintero — padre de Juan Fernando Quintero, futbolista de la Selección Colombia—, hace parte de la macabra historia de los falsos positivos, mala suerte con la que contó cuando prestaba servicio militar en Urabá. Silvia es actualmente directora del Proyecto DES, iniciativa familiar de quienes caminan en busca de la verdad. De toda la vida de la comuna 13 ella ha conocido de primera mano el conflicto armado en la ciudad.

También me topé con aquella joven, **Nazly Jiménez**, de mirada triste y muy apagada, insistente y amorosa. No quería perderse de nada a su corta edad. Desde que tenía cinco años estuvo en la búsqueda de sus familiares. Para hacerlo contó con la compañía de su abuela, quien la crio como su hija. A los diez años fue nombrada representante de los hijos de víctimas de la desaparición forzada. Morena, cachetona, de mirada pícaro, le encantaba la ropa colorida, se mantenía con un gorrito blanco de lana tejida que resaltaba el color de su piel y obligaba a mirarla dos veces. Sobre su cama, atestada de muñecos de felpa, jugaba a ser cantante famosa, como suelen hacerlo las niñas de su edad. Con su abuela paterna, **Doralina Carvajal** —a quien Nazly llamaba «mamá», pues siendo una bebé fue abandonada por su madre—, caminaron siempre de la mano por esta ciudad reclamando a sus familiares y asistiendo cada miércoles a la cita de la Iglesia de la Candelaria.

Nazly decía todo el tiempo que «lo malo no es vivir soñando, lo malo es dejar de soñar». Cursaba séptimo grado cuando fue diagnosticada con esquizofrenia infantil y otro médico especialista dijo que padecía trastorno bipolar. Fue medicada y el 3 de octubre de 2014, recogió

todas las pastillas que encontró en la casa, también tomó las de su tío y las de su abuelamamá. Cuando llegaron al centro asistencial con su cuerpo desfallecido ya no había nada que hacer.

De la guerra interna que había librado durante casi 13 años contra la ausencia inexplicable de su tío y su bisabuela, y de la propia guerra de su trastorno, soledad y angustia, ella decidió liberarse para no sufrir más; serenar su espíritu y superar el dolor que llevaba a diario en su cuerpo. Una joven de la edad de mi hija, en la que empiezan a tener criterios y tomar decisiones. No imagino a «mi mona» en medio de marchas, caminando junto a su madre con la cámara de fotos. Me da escalofrío saber que mis hijos también pudieran recorrer cierta parte del laberinto del dolor que recorrió **Nazly**.

Los amores heredados no siempre son conocidos; se les ama por aquello de los lazos de sangre o, quizá, por la leyenda idealizada que se teje en torno a los ausentes; el aura de bondad que emana del hecho de trascender la dimensión humana. **Nazly** no era la voz de una solista, la suya fue un coro polifónico: el tormento de los hijos del conflicto.

Pertenecía a Madres de la Candelaria, Línea Fundadora, junto con su abuela, **Doralina**, quien en medio del terrible dolor de la ausencia aprendió a recuperar su propia voz, ya que en un momento ella aceptó que sin la voz de la niña no sería capaz de continuar.

«Si yo dejo de buscarlos no les puedo dar dignidad, y yo los busco para darles dignidad y rostro», decía.

Con su muerte pude entender la carga emocional y las responsabilidades que les hemos delegado a nuestros niños y jóvenes en el complejo camino de una sociedad llena de adversidades, frente a la guerra y también frente a la paz. A ellos, a los más jóvenes, solo hay que dejarles la carga de ser felices para disfrutar su vida con la responsabilidad de ser ciudadanos en solidaridad de todos.

Desde el primer día de la desaparición de su esposo, Julián Emilio Cataño, hace 18 años, **Luz Mery Velásquez** no ha dejado ni un minuto de salir a las plazas públicas a reclamarlo. A pesar de ser una mujer de estrato alto, con muchas posibilidades económicas, no es ajena a este flagelo. **Luz Mery** tenía una vida cómoda emocionalmente, hablaba de los tiempos con Julián como soñados. Su esposo era ingeniero de la hidroeléctrica La Miel, de donde lo desaparecieron. Ella, empoderada con las herramientas que le dio su paso por la universidad, ha visitado tribunales, atravesado trochas y parajes intransitables en busca de respuestas; y también acompañando a cientos de familiares de víctimas. Fue así como llegó a ser la directora de la Mesa Departamental de Víctimas de Desaparición Forzada en Antioquia. De carácter fuerte, pero sensible e inquieta, descubrió su misión para servir en la vida y se encargó de los casos de otras mujeres mientras el suyo lo tuvo archivado por mucho tiempo, quien no había sido reconocida por el Estado como víctima. Le encanta el placer de lo dulce, lo coqueto y lo apreciable desde el amor, es muy dada a los otros, es mujer de luz y en su caminar sacó de la oscuridad a mujeres como Nazly y Doralina.

Nunca antes había conocido una mujer tan guerrera, entregada y persistente como **María Helena Toro**, a quien los años y el dolor la han hecho fuerte. A pesar de su tragedia y los innumerables episodios de violencia, se mantiene en pie con su familia. Ha batallado con sus pies, con sus palabras y su corazón; incansable y digna representante de los que no tienen voz. Desaparecieron a sus dos hermanas y a su cuñado, también a su hijo Franklin Varón Toro y a un amigo de este, de quienes aún no encuentran los cuerpos. La guerra le ha quitado todo, le ha dejado deudas y la ausencia, el sinsabor. En los últimos años se prometió encontrar a su hijo y, por eso, a sus 70 años estudió Técnica Judicial —graduándose en 2016— para seguir buscando e indagando. De la mano de su padre, Francisco Antonio, quien tiene más de 90 años, continúa la búsqueda. A él le debe todo el apoyo, incluso económico. Es un hombre al que la

guerra también hizo llorar, pero se ha fortalecido al lado de María Helena, mujer franca, sacrificada como madre y también persistente como luchadora. Hace parte del colectivo de mujeres Madres de la Candelaria, Línea Fundadora y estudio a sus 70 años la carrera de Investigación Judicial y Criminalística.

En una ocasión me hablaron de la señora **Amparo Cano**, de su potencial para escribir y de la forma tan hermosa como narraba con las palabras su dolor sufrido, escribiendo en papel el sentir de la ausencia, el dolor y el imborrable amor por su esposo, **Hernando de Jesús Balvín** y su hijastro, **Adonis Balvín**. Hacía obras de teatro y bailaba con un grupo de mujeres víctimas del conflicto armado. Al conocerla me percaté de su sencillez. Silenciosa, profunda y muy buena observadora, camina día a día, en compañía de otras mujeres y su hija, Alejandra, quien ha sido su gran bastón junto a su nieto, Alejandro, en el clamor por sus seres amados. Amparo narra con su mirada apacible, los caminos inciertos de la búsqueda, como también cada vez más habla de las pocas esperanzas que tiene al saber que el victimario de sus parientes ya salió de la cárcel al cumplir pena y nunca confesó el delito de la desaparición de ellos y otros campesinos de la región, en La Caucana, corregimiento de Tarazá, Antioquia. Ella pertenece al grupo Mujeres Caminando por la Verdad, y lucha de la mano de ellas en la comuna 13 y en todos los sectores de la ciudad.

Siempre, con palabras certeras y de aliento para sus compañeras, **María Edith Correa**, con voz firme y la claridad que da estar del otro lado de la línea, como si no fuera ella víctima también, sabe narrar que su tragedia ante sus propias compañeras ya que es consciente que no es la única en Colombia y que seguro muchas mujeres sufren igual que ella. Con el pasar de los años, aprendió a aceptar su realidad sin resignación. Su solidaridad le ha permitido mantenerse

en la lucha, su persistencia la ha llevado a caminos difíciles, pero no imposibles de recorrer. Su búsqueda, en compañía de sus nietos, la mantienen con el recuerdo intacto de su hijo, **César Augusto Lemus**, desaparecido en Tarazá, Antioquia. Ella no se siente especial por ser una mujer con el rostro de la tragedia persiguiéndola, ya que ella, permanentemente, hace un gran esfuerzo por levantarse todos los días con un buen semblante, aunque sienta que las fuerzas le cobran un cierto valor. Hace parte del colectivo Nueva Vida Esperanza.

Gloria Elena Macías es una mujer líder de una familia numerosa que tuvo que caminar por el país a causa del conflicto. Sus padres, campesinos y mayordomos de fincas, siempre estuvieron con la familia entre el fuego. Vivieron en Ituango, luego en Andes, y después viajaron al eje cafetero, a Pereira; al cabo de unos pocos años regresaron a Antioquia, donde siempre tenían contacto con el campo. Ella recuerda permanentemente a su familia, el amor por la naturaleza y también lo duro que fue la niñez, cuando no tuvo cómo ir a la escuela por estar andando por el país. Mientras sus hermanos, la mayoría hombres, salían a trabajar en las fincas donde se ubicaban, ella ayudaba a su madre en las labores de la cocina. Con una familia numerosa también ella es ejemplo de vida para sus nietos. Es una mujer incansable, luchadora y persistente; firme en la búsqueda de sus hermanos ausentes: **Rafael, Jairo de Jesús y Flavio**, desaparecidos por los paramilitares. Gloria también sufrió la pérdida de su hija, **Sady Espinal Macías**, asesinada por las FARC, a la edad 15 años. Gloria, siempre lista para abrazar el dolor de los demás, no la ha tenido fácil en la vida; refuerza su camino con el deseo de compartir para afrontar, continuar y encontrar. Pertenece a Nueva Vida Esperanza.

Tuve la gran fortuna de conocer también a **Alejandra y Elizabeth Laverde**, dos hermanas que son como una sola, imantadas por el amor de su madre y el ejemplo que en ella tienen de luchadora. El amor entre ellas es tan grande que a todo momento lo reflejan en las

enseñanzas que profesan de su padre, **Luis Javier Laverde**: responsabilidad, cariño y tolerancia. Siempre las vi sonreír y con grandes ilusiones como mujeres y profesionales. Luis Javier fue desaparecido en la comuna 13 de Medellín. Ellas, junto a su madre, **Luz Elena Galeano**, directora del grupo Movice (Caminando por la Verdad, del Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado.), han salido adelante y continuado el camino de la búsqueda de la verdad. Aprendieron de su madre la persistencia y la bondad. Para ambas, crecer sin el papá fue muy difícil, sin embargo, el acompañamiento de tantas personas las hizo sentir muy fuertes, que cada vez se puede más. A pesar de tener una vida económica apretada, sin muchos gustos y pocas oportunidades, agradecen la posibilidad de haber crecido acompañadas. Las hermanas Laverde, como las llamo de cariño, siempre estuvieron llenas de amor, con el ideal de encontrar a su padre algún día, vivo o muerto. Pertenecen al grupo de mujeres Movice

Y cómo no pensar que los ángeles existen cuando puedo conocer a **María Gloria Holguín**, una mujer completamente noble y humilde en su corazón, con una capacidad de amar sin rencor. Su vida en la finca era la mejor; recuerda siempre doña Gloria que, «más antes con los niños, en la finca donde vivía antes, [...] sí le da a uno mucha tristeza, porque yo allá tenía seis hijos, y de esos seis que tenía allá ya no tengo sino dos». Ella cambió parte de sus roles de hogar por los roles en los espacios públicos. Ella es quien hace en su familia todo por la búsqueda de **Carlos Emilio**, su hijo, y es quien ha puesto en el sonido de su voz el nombre de él, conservando en su casa todo intacto: el closet, sus diplomas, la ropa de trabajo y hasta la toalla del baño. Gloria no pudo liberarse de todo esto y aún sigue esperando su llegada. Una mujer con mucha fortaleza como todas sus compañeras, de sonrisa tímida y una mirada profunda, con andar silencioso y pausado. Gran cocinera y emprendedora, pudo reconocer que su vida giró 180 °, pues tuvo que huir del campo sin la mitad de su familia, instalarse en la ciudad huyendo de la violencia y llegar a ser víctima de la misma junto con sus familiares en las operaciones Orión y Mariscal en la comuna 13 de Medellín. Perteneció al grupo de mujeres Caminando por la Verdad, del Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado.

Con ellas construí lazos que hicieron que como fotógrafa entendiera la importancia de estar ahí, retratando, acompañando y descubriendo que ellas también, de alguna manera, eran unas compiladoras de imágenes y de archivos valiosos que ayudan a narrar la verdad de lo sucedido, tanto desde su intimidad como desde el colectivo. El grupo lo fueron formando con el pasar de los años, en los encuentros públicos en las plazas, en La Escombrera, (lugar a las afueras de la ciudad de Medellín en donde se botan los escombros de las construcciones, lugar que a su vez se ha convertido en la fosa más grande del mundo a cielo abierto, allí cientos de familias han denunciado que sus desaparecidos fueron ocultos en el lugar), en los diplomados de DD. HH. y en el Museo Casa de la Memoria de Medellín; la Iglesia de la Candelaria (donde ellas cada miércoles desde hace 20 años se reúnen para denunciar y reclamar a sus desaparecidos vivos, libres y en paz), todos estos espacios tomados y habitados por ellas, para dar lugar a su búsqueda.

El giro de la mirada



Figura 11. Las mujeres constantemente salen a las calles y se manifiestan en un movimiento en contra del olvido, buscan a sus desaparecidos y exigen justicia.

Foto: Natalia Botero. Medellín, 30 de agosto de 2016.

En la construcción de las historias fotográficas y en la necesidad de saber quién era el otro al que desaparecen; de conocer que la cifra tenía una historia y que estas familias que estaban tras su búsqueda tenían mucho que narrar y curar en el cuerpo, en el alma y en la mente, la fotografía deja en evidencia una realidad no revelada.

Las acciones manifiestas en la calle hacen posible el llamado a la búsqueda de la verdad con valor y fortaleza. Les propuse trabajar de la mano, desde la fotografía, en talleres que nos dieran pistas reales para materializar la idea del otro y así pudieran ellas hacervisible la historia de vida de los ausentes —víctimas directas de este flagelo—, y encontrarse con sus propias historias de vida como mujeres buscadoras, saber quién estaba detrás de la fotografía, quiénes alzaban a viva voz sus nombre al caminar en las calles.

La idea de las buscadoras pretendía ver cómo ellas hicieron ese giro de su propia mirada, de sus vidas, pues, sin darse cuenta, habían estado invisibilizadas y ausentes de su propia cotidianidad. Son otras desaparecidas más; primero, porque han estado anteponiendo la imagen

del desaparecido en sus cuerpos; segundo, porque siempre habían hablado en nombre del desaparecido. Ellas expusieron a la luz pública la realidad de la desaparición forzada.

Se invisibilizan y se desdibujan en eso que son ahora: mujeres luchadoras y empoderadas. Todo fue posible por ese carácter de mujer amorosa, fuerte, sensible y persistente que, a pesar de su dolor, no declinó en la búsqueda.

En cada uno de los encuentros propiciados para realizar el relato de los desaparecidos, que luego será narrado con fotografías, donde no solo se nombran, sino también donde ellas se fueron encontrando, los dos hallazgos se hicieron vitales para el proceso de producción de la memoria, la identidad, la búsqueda y la reconciliación. Ellas se reencontraron consigo mismas, con su humanidad, su cuerpo, su deseo y sus fuerzas, así como con su belleza. Sucedió al confrontar fotografías, al realizar las bitácoras donde narraron sus procesos en el taller, pero también fuera de este, en la casa y en la calle.

En cada encuentro, en cada idea de su vida y del otro descubrieron cómo se anulaban como mujeres de la cotidianidad, porque su propio reconocimiento se dio a partir del desaparecido, desde la visibilidad del que ya no está; y solo desde ahí fueron vistas como mujeres luchadoras que encararon una realidad incómoda para el país. En ese camino por los escenarios públicos se desdibujaron en su identidad como mujeres, lo que las llevó a que la lucha afuera fuese silenciosa en su individualidad. Entonces, ya no volvieron a ser esas madres de familia, esposas, hijas y abuelas que eran antes, roles que a su vez las empoderaron para salir a la calle.

El giro de la mirada fue orgánico, no intencionado. Con el paso del tiempo, con los ejercicios frente a la construcción de la memoria del otro, necesariamente había que volver a ellas. Hacerlo a partir de la historia del otro fue volver a sus propias vidas. En el camino del reconocimiento, a través de la fotografía, de tomarse fotos, de pintar las historias, sobreescribir las imágenes y reconstruir los parajes vividos y sentidos con el otro y con ellas en colectivo, descubrieron poco a poco el empoderamiento que habían construido. No se habían percatado de lo que las hacía poderosas, que fue su humanidad como mujeres. Cuando empiezan a reconocerse en ellas y para ellas desde las acciones conjuntas y manifestaciones públicas se empieza a comprender que no es la historia de los desaparecidos únicamente lo que importa, sino que esta memoria es posible gracias a las mujeres que los buscan.

Ellas mantenían presente en su cuerpo el dolor y sentían que los años eran implacables, no sabían que la pena también era causada porque tuvieron que caminar más de lo frecuente. Entonces se confrontaron con su proceso. Es también en ese giro que entienden la importancia, se reconfortan de alguna manera y se perdonan, porque muchas se culpabilizaban de lo que pasó.

Las buscadoras comprenden que son parte de la historia, la lucha y la resistencia. Estas mujeres son semillas que germinan cuando todo parece infértil en la búsqueda de los desaparecidos.

Capítulo III

Evocar la ausencia con la fotografía para la construcción de la memoria



Figura 12. Amparo Cano y Alejandra Balvín son una familia que ha perdido a su padre e hijos a manos de los paramilitares. Aún no saben nada de ellos luego de 15 años. Ellas, al igual que cientos de mujeres, crean espacios de encuentro para trabajar conjuntamente sobre la búsqueda y el reconocimiento de sus ausentes.

Foto: Natalia Botero. Medellín, junio de 2014.

Para mí, hablar sobre el dolor que produce la guerra, a partir de la fotografía, se convirtió en una expresión de poder para narrar la memoria desde mi trabajo. Las fotografías que realicé se convirtieron en un acto memorable, porque no solo involucraban una cuestión histórica, sino que nos aproximaron a los relatos de los momentos más íntimos, duros y quebrantables de la vida de los desaparecidos, de sus familias, las comunidades y el país entero; y además tomaron un lugar vital para la historia de Colombia.

La fotografía se convirtió en voz de protesta para todas aquellas mujeres buscadoras que la asumieron como una herramienta de lucha frente al estado de las cosas; herramienta de la cual me apropié y retomé como instrumento para relatar la memoria de las víctimas de la desaparición forzada del conflicto armado colombiano, de la mano de ellas, como mecanismo histórico que permitió el reconocimiento dentro de las comunidades y el Estado. A partir del uso de la fotografía me fue posible hablar de lo que no está materializado. Sirvió para evocar las ausencias y las presencias. A pesar de saber que detrás del relato de cada una de las buscadoras y de sus ausentes había muchas anécdotas. Con solo ellas poder acercarse a las fotografías se suscitaron cientos de relatos que ayudaron a construir un diálogo sobre el otro, sobre todo aquel que las poseía y quienes las pudieron ver. La fotografía se tomó el entorno familiar y social, se posesionó en un lugar tan importante como el relato oral; yo diría que, inclusive, en muchas ocasiones superó las palabras en la construcción de la memoria.

Ella me permitió testimoniar como función primordial. Se volvió evidencia; permitió recordar, describir, evocar y testificar, dejando huella para confrontar y hacer un recuento histórico de lo sucedido y de quienes aparecieron en ellas. La fotografía se convirtió en pieza clave de la narrativa en memoria del otro, nos dejó ver —a través de la forma, la luz, el color— la ausencia. Ayudó con las palabras a construir la idea del otro. Se volvió una prueba y un documento en el tiempo, un archivo que nos permitió también acercarnos al otro y a las historia de vida de las mujeres.

Mi estilo fotográfico tomó un giro con un sentido social que permitió construir memoria, porque a partir de los relatos visuales los familiares pudieron tener más elementos en memoria de sus ausentes. Con la fotografía pude retribuir a los familiares el tiempo, el espacio y la confianza dada, a través de un álbum que narra pedacitos de sus vidas junto al ausente, donde pudieran recordarlo, memorarlo y homenajearlo en un acto de justicia y dignidad, por haber sido valientes y contar sus historias.

En el proceso de la construcción de la memoria aprendimos cómo, a partir de la fotografía, se hizo la elaboración del duelo, cómo se transformó el dolor con el fin de no revictimizar. Se hizo memoria de los muertos recientes, de las tragedias sufridas, pero también de cómo los sobrevivientes del conflicto armado soportaron y llevaron a costas el dolor para encontrar la verdad y la justicia

La fotografía contiene diferentes narrativas: la imagen, el diálogo, el relato. Narrativas que logran se poseione como uno de los principales elementos que permite una infinidad de relaciones a través de lo que se expresa y se busca en el ejercicio de hacer y crear.

En un proceso individual y colectivo ella ofrece un modo expedito de comprender lo visto y un medio compacto para memorizarlo en un recuadro: la foto.

El álbum fotográfico como repositorio de memoria



Figura 13. Gloria Holguín revisa su portada del álbum. Este le ayuda a mirar al pasado para sanar su dolor y a mirar hacia el presente para saber cuál es su tarea en el hoy: cuidarse para tener fuerzas y continuar en su lucha. La memoria en un lugar que guarda las palabras, las imágenes y los objetos más preciados en el álbum sociofamiliar.

Foto: Sandra Ramírez. Medellín, agosto de 2014.

En varias conversaciones con otros me pregunté el porqué de esa relación permanente con el álbum fotográfico. En mi casa, mi padre estuvo haciendo los álbumes de familia desde soltero. Las fotografías de ellos, de los familiares, son las que a diario nos acompañaron, ahí en la mesa de la sala y el en chifonier, donde estaba la vajilla del matrimonio; como también muchas fotos en los muros de los bisabuelos y mis padres; en la billetera y dentro de un cuaderno, permanentemente en forma de reliquia, de objeto sagrado, mi familia siempre ha estado presente.

Como fotógrafa, día a día sentí la necesidad de narrarles a mis hijos nuestras vidas a partir de las imágenes; de tomar fotos y de guardarlas, de ponerlas en pequeños libros y junto con ellos armar álbumes en casa. Con las fotografías aprendí a narrar a mis hijos los hechos heroicos de su abuelo, fundador de los silleteros; la tenacidad de sus tías al tener que partir a otro país para comenzar a empezar una nueva vida; los caminos de sus primos en medio de las controversias en Francia o Israel; y desde la lejanía a su padre, —que vive en otro país—; y lo valiente de su madre para narrar con las imágenes la realidad del país en conflicto.

Aprendí que el álbum se había vuelto un espacio para el encuentro con el otro, para el elogio del pasado y lo cotidiano, y también para los reproches de las ausencias. Nos permitió la reflexión sobre la existencia y la no presencia. Entender los vínculos que se entretienen con los álbumes de familia, validar que son diálogos que trascienden las individualidades y pueden enmarcarse dentro de un contexto social y familiar, como narración atemporal de lo que fuimos

y somos. Como lo reafirma Sontag: «Mediante las fotografías cada familia construye una crónica-retrato de sí misma, un estuche de imágenes portátiles que rinde testimonio de la firmeza de sus lazos» (2008:18).

En lo personal, y como herramienta prima en este proceso de recopilación de las memorias de las víctimas de desaparición forzada, el álbum fotográfico me permitió redescubrir formas de salvaguardar los hechos y entender, desde lo más íntimo, cómo las fotografías son elementos que se ofrendan entre generaciones y que permiten encontrarse con las historias de los ausentes, con los lugares habitados, con las ceremonias o fechas que marcaron los momentos importantes de la vida. El álbum permitió descubrir cómo el espacio-tiempo está anulado por el paso implacable de los años, por el olvido próximo en el que nos convertimos.

Propuse la fotografía como herramienta fundamental para la elaboración del álbum sociofamiliar porque nos daba la posibilidad de guardar en sí misma el poder de hacer memoria; también nos permitió viajar en el tiempo: ir del pasado al presente y casi que pensar en el futuro, que luego se convirtió en pasado. Posibilitó recuperar tradiciones, sueños e ideales, triunfos y derrotas, recordar y, por supuesto, recuperar las historias, los lugares y sus protagonistas. Igualmente, la usé como instrumento fundamental para objetivar lo imaginario, es decir, nos ayudó a volver real la palabra del relato representado en una fotografía.

El álbum expone el horror de la guerra y la desaparición como uno de los crímenes más aberrantes y desgarradores, que destroza vidas y familias enteras en las que se padece la incertidumbre por la ausencia, la búsqueda incesante y la espera permanente. Sin embargo, en medio de todo esto que sucedió al pasar de las páginas, el álbum permitió encontrarse con la resistencia al olvido, preservar el recuerdo de cada uno de los desaparecidos y relatar las acciones de los familiares para sobrellevar la pérdida, reclamar justicia y manifestarse públicamente para hacer de las historias particulares una realidad que denuncia un crimen de Estado, un hecho violento en medio de una guerra de grupos armados colombianos ilegales, también en contra de los ciudadanos, , una guerra entre los mismos colombianos

En este sentido, a partir de las microhistorias de vida sociofamiliar de las mujeres buscadoras y sus ausentes, el álbum facilitó el recuento histórico de una nación, para convertirse en espacio de representación y memoria del otro; permitió entretener las historias particulares e íntimas de cada uno de los protagonistas para narrar el relato colectivo; se convirtió en una herramienta de intercambio, como un documento testimonial, artístico y de narración de la resistencia contra el tiempo. Entendiendo ese álbum como libro-obra, a partir de la teoría de Lefebvre que «posee algo irremplazable y único, mientras el producto puede repetirse y, de hecho, resulta de gestos y actos repetitivos» (2013: 127). Y como obra única también manifiesta en cada una de sus páginas la idea del ausente, su búsqueda, el sentir, lo vivido y lo percibido con el otro. El álbum es una obra en la medida en que cada una de sus páginas son construidas a mano, con retazos de memoria: recuerdos instalados en los diplomas, los recortes de prensa, las dedicatorias, las cartas, los objetos y las fotografías; todo ello pegado,

recortado y ubicado en una elección individual que, a manera de ritual, dio vida a libros de memoria como piezas únicas entregadas a la historia del país.

Con en el álbum, cual repositorio de memoria, descubrí cómo confluyen diversas miradas, la del que relata y la del que lo lee. Como retratos que viajan en el tiempo y el espacio, se superponen no solo al recuerdo representado y el deseo reflejado en cada una de las imágenes, sino también a la recuperación de otros recuerdos dados por asociación y percepción. Relatos en una narración circular que navegan constantemente en el tiempo.

Su elaboración se hizo sumamente importante porque entendí su necesidad en la convicción de fortalecer varios de los procesos sociales encaminados a la construcción del tejido social; la conciliación, el perdón y la verdad como resultado de la producción de la memoria colectiva; como una de las principales formas de testimoniar.

Por lo tanto, en las páginas de la construcción de la memoria, a partir del álbum, quienes se volvieron protagonistas en esta ocasión fueron las buscadoras, en lo colectivo y con voz femenina. Participando de este proceso un grupo de mujeres de la Mesa Departamental de Víctimas, en rostro y voz de Doralina Carvajal, Gloria Holguín, Amparo Cano, María Edith Correa, María Elena Toro, Luz Mery Velásquez, Gloria Macías, Elizabeth Laverde, Alejandra Laverde, Silvia Quintero y Nazly Jiménez. Ellas fueron capaces de alzar su propia voz para narrar desde la fotografía y descubrir a partir de ella la importancia que tienen dentro del tejido del relato del ausente para la historia del país.

Se convirtió el álbum en documento y archivo que partió del relato íntimo y particular para transformarse en un relato público y colectivo, ya que las buscadoras permitieron que, en voz alta, sus historias fueran leídas y compartidas por los otros, permitieron que se mostraran y pudieran exponerse. La narrativa de las historias que se tejen en él se hace a través de elementos que no son solo las fotografías, sino que quedan insertos como objetos de consulta y peso de memorias: cartas, poemas, trípticos y cartografía del recuerdo. Piezas realizadas por ellas que dieron movimiento y vida a la narración visual y escrita, a un álbum que, mucho más que recuerdos, contiene resistencias.

Esta búsqueda narrativa y personal por preservar los recuerdos se va entretejiendo con otras luchas y se hereda a nuevas generaciones que, como mis hijos, implementan las fotografías en sus historias para dar cabida y entendimiento a las vidas de otros y elogiar la propia vida.

Te recuerdo, te presiento fue nombrado el álbum, porque representa lo que ha sido la búsqueda y la ausencia permanente en ellas, las buscadoras, en un juego de palabras para expresar como contenedor la experiencia entre lo vivido y lo sentido; este encuentro con las mujeres que se resisten al silencio y el olvido.

La memoria tiene voz femenina

Como lo expresa Sontang: «Toda memoria es individual, no puede reproducirse y muere con cada persona. Lo que se llama memoria colectiva no es un recuerdo sino una declaración: que esto es importante y que esta es la historia de lo ocurrido, con las imágenes que encierran la historia en nuestra mente» (2004:38). Hacer memoria es reflexionar, lamentar y condenar la destrucción de los sueños y la vida misma, lamentar la persecución y la muerte, las vidas ultrajadas y abandonadas. Pero también la memoria ayuda a exaltar, reconocer y valorar los hechos heroicos de quienes han hecho historia en nuestra cotidianidad: los sobrevivientes

El proceso de la construcción de memoria siempre me pareció difícil porque, primero, hay un dolor permanente que no se quita; porque todavía los actores armados están latentes, con otro nombre o en otros grupos, pero están; porque las víctimas sienten temor, de todas maneras, para narrar y contar; y porque yo, como fotógrafa, todavía estoy activa, estoy ahí, dejando evidencias y fotografías como testimonio de lo que ha sucedido en el país.

Siento a veces que se pueden generar algunos conflictos personales y fotográficos, porque cada acto de hacer clic, cada recuadro seleccionado y cada imagen documentada ejerce un acto político que toma posición y ejerce presión sobre algo. Mi mirada también está condicionada hacia algo y en mis fotografías solo se favorecerá a las víctimas, nunca a los victimarios, porque ellos tomaron la decisión de irse a las armas, las víctimas civiles no.

Dentro del proceso de construcción de la memoria, dos riesgos: (a) la memoria viva podría, en algún momento, tener una transformación en el tiempo, que seguro el relato del hoy sería diferente al de mañana; y (b) que la memoria le haría juegos también al recuerdo, a lo vivido, a lo percibido, y los actores violentos presentes, de alguna manera que condicionan el relato.

Decidí trabajar con mujeres por su capacidad para hacer memoria; son ellas las que llevan los archivos, guardan las carpetas, hacen las filas y no se resignan hasta no saber la verdad; aprenden sobre derecho, leyes y normas; reclaman la verdad que está enterrada bajo el poder de los victimarios y narran sus propias historias. Las buscadoras logran mimetizarse, cambian de roles y pueden salir de sus casas a la calle para defender lo que es importante para ellas; construyen un relato femenino acerca de la búsqueda y la memoria.

Pensar en que sea la mujer quien construye el álbum es muy diciente. En las dinámicas de la guerra en Colombia los hombres han sido, en un alto porcentaje, las víctimas directas dentro del conflicto armado. En la guerra el hombre se considera más poderoso y se vuelve el objetivo. Que no esté el hombre en el hogar, de alguna manera, rompe el equilibrio, destruye la armonía familiar. El anulamiento de la figura masculina deja indefensa a la familia, la aterroriza, la desplaza y deja a la mujer como cabeza responsable de los hijos, la deja sola para enfrentar

la sobrevivencia, la protección familiar. Ella es quien se hace responsable de sobrellevar el dolor y conservar la memoria.

Pero la memoria en este país se hace en medio del conflicto. Aquí estamos haciendo memoria de las historias del ayer, pero son historias que se repiten en el hoy con otros actores, con otras víctimas. En esa época —1995 en adelante— no éramos tan conscientes de que estábamos haciendo imágenes para la memoria; solo ahora que volvemos a los archivos — después de 20, 15 o 10 años—, cuando uno empieza a verlas fotografías, a recordar otra vez las historias, a recordar los olores, las palabras, los gestos y a las víctimas, es cuando uno entiende que estaba fotografiando el testimonio del país. Imágenes que dan testimonio para quienes se atreven a decir que aquí no hubo un conflicto, que la paz no es un hecho real en construcción.

En el momento en que empecé a organizar los archivos y compilar las fotos; cuando empecé a armar las historias, a seleccionar el material y a editarlo, fue que me di cuenta de la importancia de lo que había realizado desde el proceso fotodocumental forense y desde el proceso de construcción de la memoria de la mano de las mujeres, las buscadoras. Entonces todo cobró más sentido. Estos procesos fotográficos ayudaron a comprender la realidad de los colombianos inserta en la historia del país, y permitieron dejar a la luz de todos que existe una verdad, una vida, un hecho, una familia y un grupo de personas unidas por los mismos fines.

La construcción de la memoria ha sido tan confusa como el contexto sociopolítico que está viviendo el país en estos momentos, en tránsito de la guerra hacia la paz. Aún no se ha completado el acervo de elementos que hacen la construcción del relato colectivo encaminado hacia la verdad; esa que se construye desde los diversos sujetos actores de la guerra y la paz.

Las dificultades y las ambivalencias que se presentan a la hora de construir los relatos se topan con las reflexiones de cada uno de los que participamos de la búsqueda de la información; desde los archivos, las imágenes, las historias y los actores, hasta los hechos, en una ruta de contravía en la que hay tanta incertidumbre como desazón, tanta esperanza como ingenuidad, y tanta dolor como rencor.

Como producto final de los talleres resultó la elaboración del álbum, una memoria de lo colectivo que recopila fotografías que hicieron una narración de las historias individuales. Un libro de ciudad donde narro, desde la fotografía, la transformación del dolor, la humanidad de quienes ya no están, la memoria con el fin de devolverles su dignidad en un reconocimiento a las víctimas dentro del marco del conflicto armado colombiano como los actos de resistencia y lucha de quienes hacen posible su búsqueda, las mujeres.

Metodologías visuales

En la búsqueda de la ruta ideal que me llevaría a encontrar los relatos de vida a partir del álbum sociofamiliar de los desaparecidos, se realizó una serie de talleres en los que pude mantener en el tiempo dos temas importantísimos que me garantizarían los relatos: (a) que las buscadoras realmente se sintieran a gusto con la propuesta para lograr en ellas el compromiso hasta el final; y (b) que quienes fueren convocados desde la institución con los recursos —como el Museo Casa de la Memoria— se comprometieran hasta el final con el proceso, pues su permanencia daría el respaldo no solo económico, sino en espacio para garantizar la construcción de la memoria, con la idea de hacer desde la narrativa visual la historia de Colombia reflejada en algunas experiencias físicas y narrativas de memoria

La metodología creada y desarrollada me llevó varios meses en su estructura, debido a que fue una construcción paralela a mi relato fotodocumental sobre la desaparición forzada, porque estudié a la par una maestría que me dio elementos claves para entender mi lugar de enunciación y permitir la materialización de mi fotografía en esta creación. Construcción que abrió varios caminos en la documentación forense, en la búsqueda de los archivos y, por supuesto, en la fotografía de autor, en la cual, al combinar todas estas imágenes y pensarlas desde la creación personal y la narrativa de la memoria, abrió el camino de lo colectivo como fórmula para dejar evidencia de lo sucedido a muchos. De igual forma, el testimonio se teje a medida que se construyen los relatos de cada uno para entretejerlos en un espacio como el álbum, donde se estructura la idea para materializar la ausencia de los desaparecidos.

En la metodología de la narrativa visual utilicé tres técnicas que fueron clave para el acercamiento a la memoria como a la comprensión de la ausencia y de qué manera estas ayudaron a la transformación del dolor; en la no revictimización de las mujeres que se atrevieron a exponer, narrar y dejar ver a la luz pública sus luchas, sus temores, y a la vez su persistencia contra todo, inclusive, contra ellas mismas.

¿Qué lugares son vitales en la reconstrucción de los recuerdos? ¿En qué lugar del cuerpo instaló la memoria?

Partiendo de estas preguntas empieza a trazarse un camino en la realización de los talleres, se delimitan aspectos esenciales en la construcción del álbum y se determina el uso de los archivos fotográficos, la metafotografía y fotografía de autor como técnicas transversales en el relato visual, por ser ellas documentos que testimonian y dan validez.

Me preocupé por cómo pensar y hacer la compilación de los archivos; hablar del pasado, hablar de quién era ese personaje, de por qué era importante y de cómo se insertaba en la historia, en el relato de la sociedad y el país. Por medio de la búsqueda, la creación y la toma

fotográfica logré construir la idea de la desaparición forzada a partir de las fotos que ellas hacen, de las fotos que tienen y de lo que yo también puede insertar ahí.

Usar las imágenes en la construcción de los relatos visuales le dio forma y materialidad a la ausencia tanto de los desaparecidos como de las buscadoras en el entorno familiar. Indagando en los archivos había muy buen registro de ellas en el colectivo, en las marchas, las luchas y la vida pública, sin embargo, de lo privado había poco.

Y la fotografía permite no solo reconstruir, sino enfrentar la realidad, reconocer qué se tenía y qué se perdió, como lo dice María Gloria Holguín: «Me pareció muy bonito lo de las fotos, pues con ellas recordamos lo que la mente olvidó, aunque me dio mucha tristeza recordar esos momentos felices que pasamos con nuestros hijos pequeñitos corriendo por los potreros, arriando el ganado y saber que hoy en día no hay sino dos de seis hijos, por esta guerra absurda que nos tocó vivir».

Técnicas que ayudaron a dar claridad y coherencia a la construcción del relato de la memoria, ya que navegan en el tiempo y en la producción, desde el individuo en familia y desde el colectivo en sociedad. Se hizo uso de los **archivos fotográficos**, partiendo de la búsqueda de los archivos documentales fotográficos y de los documentos existentes, así como de las fotos de eventos familiares y sociales, actividades comunitarias, fiestas emblemáticas y sucesos inesperados, acontecimientos religiosos y sociales de la vida particular de cada una de ellas, como de los certificados, los diplomas y las cartas mismas o los escritos de ellos, tarjetas y demás recuerdos que dieran pistas de su historia de vida, los cuales suscitan momentos para rememorar el pasado, hechos que quizá se consideraban olvidados, documentos importantes dentro de su caso como evidencias de las denuncias y de su trasegar en la búsqueda. Todos estos archivos fueron importantes al momento de narrar la historia, el contexto de los hechos, ayudaron a comprender también las dinámicas familiares y de ellas como mujeres, permitieron descubrir el papel que jugaban ellas, las mujeres, y ellos, los ausentes, dentro del rol sociofamiliar.

Los documentos de archivo fueron muy valorados por la información contenida en estos. Allí se instala parte de la verdad que se constata en el relato de quienes aportan estas historias. Los archivos también, al sacarlos de los lugares donde estaban guardados, se volvieron importante porque ejercieron, de alguna manera, una activación del recuerdo con la necesidad de elaborar el relato de lo que el dolor bloqueó.

Y en la búsqueda de estos archivos me encontré con una serie de fotos que ellas mismas decidieron sacar de los baúles y volverlas parte de su cotidianidad, y consideré que a partir de la **metafotografía** lograría insertar y unir dos tiempos evidenciados. Como técnica, la metafotografía permite la producción de una obra fotográfica inserta en una nueva fotografía que se toma para la construcción de una nueva narración. A partir de las fotografías existentes, se hace uso de la imagen como elemento dispuesto a la transformación de la idea inicial de la fotografía como archivo, es decir, el significado de la fotografía en el momento del registro y

su significado cuando es vista tiempos después. La metafotografía permitió conectar los relatos del pasado y del presente; mediante su interpretación y reflexión se pudieron construir nuevos relatos que se integraron a lo vital de las narraciones familiares y sociales. Con este método de contar ponemos a consideración también las conexiones entre lo que se dice y lo que se muestra. Esta técnica permitió también dejar a la vista lo oculto, develando microhistorias que permiten entender el hoy en el tránsito de la vida de quienes buscan.



Figura 14. Metafotografía. A partir de las fotos de sus ausentes ellas hacen visible una problemática del conflicto armado colombiano, la desaparición forzada.

Foto: Natalia Botero. Medellín, 2003.

Por lo tanto, pensé también en la importancia que tomaron mis archivos fotográficos como la necesidad que había de hacer nuevas fotos de un concepto más familiar y, por supuesto, había que insertar en estos relatos la **fotografía de autor** —imágenes con un lenguaje propio de quien las hace—. En muchos de los casos no encontré las fotografías —el recuerdo—, no había historia de familia, no había foto del cumpleaños o del paseo, no había registro de los momentos vividos en familia que dieran cuenta de sus costumbres; entonces decidí entrar con mi cámara a sus hogares.



Figura 15. Con la fotografía se construye una idea y se da un concepto frente algo que sucede con una mirada propia del fotógrafo.

Foto: Natalia Botero. La Granja, Ituango, septiembre de 2011.

A las familias se les proveyó de una cámara para que hicieran su propio relato de la cotidianidad. Esta se sumaba a la cámara que portaba yo. Logré, desde lo simple, conjugar estética, concepto y técnica, para describir su entorno, sus familiares, sus labores y lo que era importante para ellas en su hogar.

Esto permitió dos cosas muy bonitas: (a) para mí, poder relatar pequeños trozos de vida familiar que no estaban evidenciados ni en sus relatos ni en las fotografías; y (b) para ellas, porque al acercarse con una cámara a su familia y evidenciar a partir de las fotos a cada uno de los que las acompañan pudieron todos comprender la importancia de su papel allí con la familia.

Las visitas en sus casas para evidenciar su vida en familia develaron lo relevante de la labor de cada una de las mujeres buscadoras y de su papel en la búsqueda de sus ausentes, lo que permitió un reconocimiento de parte de sus hijos, esposos y de ellas mismas.

La construcción de la memoria

Cuando miré el panorama de lo que iba a enfrentar, de saber que, por un lado, quería encontrar algunas respuestas en las fotografías y los relatos familiares de los ausentes, pero también, por otro lado, tenía que potencializar el trabajo que por muchos años ellas habían construido con las fotografías de los ausentes en sus pechos, en las pancartas durante las marchas y con todos estos archivos que se tenían que producieren la búsqueda de su propio yo como mujeres y de los relatos de los ausentes, empecé a realizar una serie de ejercicios fotográficos en los talleres que fueran narrando, develando y confrontando todos estos momentos, en aras de la reconstrucción del tejido social, una reconciliación con sus vidas mismas.

Las dinámicas en torno al álbum, los talleres, por ejemplo, se definieron desde una planeación previa y con una estructura de acuerdo con la idea central en cada ejercicio y en el resultado. Pero lo sucedido en el transcurso de los encuentros fue que las transformaciones también ocurrieron de manera orgánica, tanto en el quehacer como en la utilización y la apropiación del espacio donde transcurría todo.

Poner en narrativa la imagen con los dibujos, las cartas, los poemas, los objetos, las reliquias, su vida cotidiana, el trasegar en colectivo, para descubrir a todos el flagelo de la desaparición también fue un reto desde lo objetual en el álbum. De qué manera los ejercicios iban a narrar e interpretar la ausencia, la búsqueda y las luchas.

Por lo tanto, en cada encuentro se fueron produciendo las páginas. En estas fueron depositados los momentos y la idea del ausente, de sus familias y, por supuesto, de ellas en este pasar de las páginas, que iban evidenciando el sentido de pertenencia que esto generó en ellas y la apropiación por el relato.

Los ejercicios buscaban indagar y motivar una manifestación visual, materializar la memoria contenida por cada mujer participante. Pretenciosamente se buscó resguardar con las fotografías todo aquello que puede ser anulado por el olvido.

Comprendí la importancia de lo ceremonial en los encuentros, entendí que cada día era uno nuevo. Encender una vela como símbolo para iluminar y guiar, despojarnos de los zapatos y dejar todo afuera, caminar descalzas sobre la hierba y las piedras, conversamos hacer silencios mientras quedaba en evidencia el significado de su camino todo este tiempo de búsqueda. Allí fueron entendiendo ellas la importancia de curar el cuerpo, el alma y la mente.

Tomar una cámara, hablar del **visor** para enseñarles que se podían ver a través de esta, saber que se encontraron con ellas mismas desde su sentir y del cómo las veían, de pensar en una idea de ellas al mirarse frente a un espejo, a sus retratos y confrontarse. Ellas exteriorizan unas fortalezas y una lucha, pero dentro de ellas hay otros sentires.

Como también fue natural pensar que la fotografía en algunos momentos requería de la palabra, como lo manifestaba María Helena Toro, que decía poder expresar más claro con el escrito ya que para ella la cámara y la foto le resultaban lejanas, también aparecieron las **bitácoras**, dándoles la oportunidad de construir un relato en un escenario diferente de los encuentros colectivos. Esto permitió, en la intimidad, soltar la palabra de la mano de la fotografía, encontrar en estas páginas parte de su propia verdad como buscadoras.

El encuentro con las fotografías de su pasado y los textos escritos en las **Cartas** que narran su diario acontecer les ayudó a materializar la idea de la ausencia, de cómo lo esperaban, lo extrañaban, y vivían sin él. El ejercicio de fotografiar el sentir de la ausencia ayudó a darle cuerpo al vestigio de su memoria, a objetivar en el hogar y en ellas mismas dónde es que se extraña al otro.

Fotografiar el sentir de la ausencia fue concretar y responder para la sociedad y para ellas mismas la incertidumbre que se lleva siempre sobre cómo es el sentir y vivir sin la presencia del ser amado, de cómo se puede narrar la vida en familia, lo transcurrido en el día a día y de lo que significa su búsqueda como el dolor en soledad.

Era importante darle sentido al dolor que cada una de ellas sentía cuando se referían a Jaime, Everardo, Carlos o Guillermo. Transformarlo fue significativo, ya que les dio un mayor empoderamiento al momento de entender su papel en las calles.

Con la **intervención** realizada del blanco y negro —que cargaba la idea del luto, la soledad y la angustia de la búsqueda— al color, que develó por qué en realidad se vivía el luto, se pudo evocar en las fotografías el valor del significado del otro, porque eran parte de una

familia, hijos, hermanos, padres y esposos. Eso se pudo evidenciar a través del dibujo, la pintura sobre la fotografía en blanco y negro.

Y entre colores y palabras se reveló que lo que se extraña es el abrazo, la ida a la playa, los regalos, la chocolatina, la carta del día de la madre o de cumpleaños, el enojo y las peleas que daban fuerzas para continuar; las experiencias vividas y compartidas.

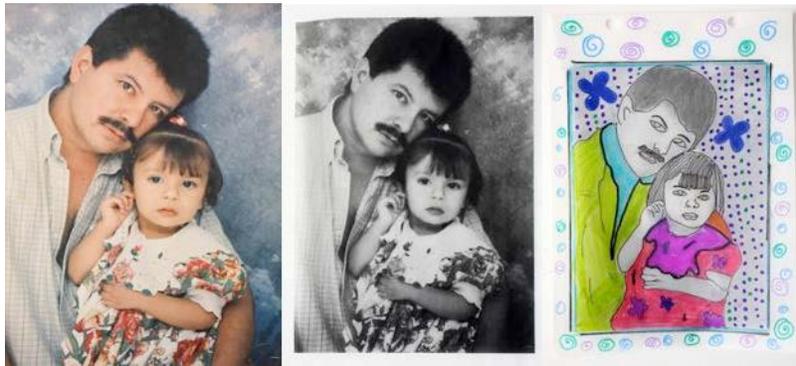


Figura 16. Luis Javier y Alejandra Laverde, intervención realizada para significar la ausencia y lo vivido con el otro.

Foto: archivo particular de la familia (cortesía).

Pasar del luto al duelo fue ritualizar el extrañar. Memorar desde la vida y no desde la ausencia solamente. Dibujar fue reflexionar quién era el otro, detallar y ponerlo en otra espacialidad que representaba la vida con él. Cuando ellas recrean esas fotografías y les ponen color, introducen elementos de vitalidad que activan la imaginación como proceso sanador. Las mujeres que estuvieron en estos talleres no salieron con el mismo sentimiento con el que empezaron.

En este proceso era de suma importancia mirar cómo ellas construyeron el presente en el hogar, ya que el hoy en lo colectivo estaba más claro para todos. Visitar sus casas, **fotografiar la cotidianidad**, llevar la cámara y estar con la familia todo un día permitió dejar ver un pedacito de su realidad y entrar a las fibras más íntimas de ellas. En algún momento tomé lugar en sus hogares, me senté en la mesa a comer, miré los álbumes que tenían, jugué con los nietos y cantamos el cumpleaños. Las imágenes dejaron en evidencia la intimidad con el otro.

Este encuentro fortalece de alguna manera que sus familias entendieran los sacrificios que han tenido que hacer las buscadoras, el esfuerzo y el riesgo que les implicó salir a las calles para no silenciar más y del reconocimiento obtenido por la sociedad

El registro en su cotidianidad fue también mostrarles un poco de sus raíces, validar sus luchas a partir de lo que dejaron ver y de quiénes son para las que las rodean, retomando parte de su intimidad perdida en un trasegar público donde ellas se desdibujan también.

Al descubrir en la visitas y en sus hogares que los archivos fotográficos, en su mayoría, eran escasos o inexistentes, decidí abrir la posibilidad de construir a través de otros objetos las

historias y los relatos que no tenían para poder materializar el recuerdo en una fotografía. Por lo tanto, diseñe la **cartografía del recuerdo**. Se trataba del recuerdo en una ubicación espacial elocuente para la memoria del relato de vida del desaparecido y su familia. La idea era recrear para nunca olvidar, volver a ser niñas, jugar con el color, el recuerdo y la imaginación, sanar el dolor para conciliarse con la vida.



Figura 17. La escombrera como lugar de encuentro del colectivo y que representa para el grupo de mujeres dolor y abandono del Estado.

Foto: Sandra Ramírez. 2014.

Esta posibilidad generó también para ellas poder enlazar las razones de lo vivido, lo sentido y lo percibido con el otro, de tal manera que revivir los momentos de la playa, el paseo de olla, la pesca en el río, la colecta del cultivo de maíz, las begonias del jardín, la casa, el parque y la finca enfatizó lo íntimo para alejarse un poco de la colectividad. Resaltó la mirada de lo particular para que ellas se alejaran de lo público también.

No obstante, en esta búsqueda de sus historias y en la construcción de los relatos aparecieron ellas en el colectivo también, cuando empezaron a narrar cómo se habían encontrado, de qué manera se habían conocido. Muchas coincidieron en los lugares como la Iglesia de la Candelaria, lugar en el que se citaron hace 20 años y al que acudieron todos los miércoles al medio día para exigir la libertad de los retenidos y la verdad sobre los desaparecidos: «Vivos se los llevaron, vivos los queremos»; y La Escombrera, el lugar que significó la violencia, la mentira del Estado, las luchas y las resistencias de la comunidad, así como la insistencia y la reclamación por parte de las madres de las víctimas en el sector de la comuna 13 de Medellín y de muchas partes del país. Para los expertos este lugar fue considerado la fosa común a cielo abierto más grande del mundo.

Sus historias se cruzaron en aquellos lugares, para unas, porque ya habían oído hablar de los encuentros y también porque, al reunirse y estar en colectivo, se fortalecían, el temor se

agazapaba y alzaban sus voces más fácil juntas. Para ellas estar en colectivo también fue saber que lo sucedido no era solo a ellas, también había muchos colombianos en esta misma situación.

En el camino de la construcción de las páginas del álbum, de la idea de lo colectivo y del redescubrimiento de ellas como mujeres de la sociedad y la familia se hizo necesario también aterrizar la idea de por qué ellas se desdibujaron tanto tiempo tras la imagen del ausente, y volver consciente la búsqueda y sus necesidades particulares y colectivas. Ello se logró desde la fotografía construida en un ejercicio de **cadáver exquisito**, una sumatoria de fotos que pudieron narrar en el desdibujamiento, cómo estaban ocultas tras la idea del otro y de qué manera ellas, sin darse cuenta, no eran ellas sino la imagen del ausente, la víctima de la desaparición forzada encarnada en ellas.

Con la toma de fotografías que pusieran en concreto la idea de las partes del cuerpo que ellas a diario usan en su caminar, partes de su todo que simbolizan su búsqueda, fotos que al juntarlas dan la idea de lo que han sido ellas durante todo este tiempo y donde ellas en el hoy se descubren también.



Figura 18. Imagen que se construyó de la creación del relato en tres niveles para contar su búsqueda y cómo se desdibujan en este tránsito.

Foto: Sandra Ramírez. Medellín, junio de 2014.

Sus ojos, ellas los piensan y los recuerdan permanentemente. Cerrar sus ojos a la luz de todos, pensar íntimamente en el recuerdo, el deseo y la espera. Al cerrar, ellas cambiaron su realidad, interiorizaron la presencia, se aislaron del ruido que genera la muchedumbre y el otro; meditaron para encontrar paz interior. En el ejercicio de escribir sus nombres en papel y ponerlos en el pecho junto a su corazón, sus cuerpos setransformaron en unos cofres donde se resguarda lo más preciado: el ausente. Ellas no los cargan victoriosas como héroes, ellas los llevan para hacerlos visibles antepuestos asus rostros.

Sus pies, la búsqueda ha sido con su cuerpo, con sus propios pies, fotografiarlos fue poner en evidencia lo difícil que ha sido este camino, lo tortuoso y complicado. Los pies de alguna manera han dejado trazado algunas rutas. Ellos señalaron los recorridos, se volvieron la brújula para la búsqueda de los desaparecidos. La fotografía ayuda a dejar el testimonio visual de una reacción ante la familia y la sociedad para enfrentar el olvido, el silencio y la indiferencia.

A partir de ellas fue posible mapear el conflicto en nuestro propio territorio, el cuerpo, las dos presencias, las buscadoras y sus desaparecidos se fusionaron en uno solo. A partir de este momento también pudieron visualizar que sus vidas se habían fusionado, que en muchas oportunidades ellas se llamaban a partir del nombre particular de cada uno de ellos. Su rostro se desdibuja cuando el resto de la sociedad baja la mirada para sorprenderse con la imagen de los ausentes. A ellas permanentemente se les preguntó por el otro, cómo fue y de qué manera es la búsqueda. Muy pocas veces se preocuparon por ellas. Algunas sintieron que tenían que sacar la foto para encarar su rostro, para darse cuenta de lo que había pasado durante años de búsqueda en sus cuerpos, y se dieron cuenta de que ellas son la fuerza viva de los ausentes.

Desde el inicio de nuestros encuentros el tema del Ausente, del sentimiento de vacío, de cómo se sienten, de la búsqueda de quien ya no está, de la espera de su regreso y de la idea de que aún están vivos permitió dejar ver en cada palabra y en cada gesto, que aún hay muchas cosas guardadas de ellos, como forma de representarlos, de mantenerlos cerca. Con el ejercicio de las **ausencias** se logró materializar la idea del ausente, pero más que eso, la ausencia misma como sentimiento. Cómo vivían ellas el vacío y la no presencia del ser arrebatado. Cómo ellas podían representar en los objetos, en situaciones o condiciones ese sentimiento de soledad, de vacío desde la cotidianidad.

El hallazgo de los detalles permitió descifrar la presencia del otro en los lugares comunes y redefinir el sentimiento manifiesto en los objetos cotidianos desde las particularidades de cada mujer. El detalle del plato, por ejemplo, que para doña Gloria indica la ausencia, revela el cuidado de ella manifiesto desde la comida y el recuerdo incuestionable que va y viene a través de ese plato vacío, de esa silla vacía.



Figura 19. En la casa de Gloria Holguín siempre al poner la mesa está dispuesto el lugar de su hijo Carlos, a la espera de su llegada. Él fue desaparecido durante la Operación Orión.

Foto: Natalia Botero. 2014.

Cada ejercicio, cada foto, cada pieza, fueron armando la estructura del álbum colectivo, construyendo la narrativa visual de la memoria de las víctimas de la desaparición forzada en Colombia dentro del conflicto armado. Dentro de esta narrativa fue clave poder contextualizar y comprender el momento histórico por el cual pasaba el país y comprender la construcción de la memoria colectiva del grupo de mujeres, que a su vez era parte de la memoria del país.

En el relato histórico del país, **archivos de prensa**, se construyó la memoria colectiva cuando se insertaron los hechos en un contexto social y político. Se trabajó sobre el año en que desapareció cada uno de los familiares, se buscó en los archivos de prensa de los diferentes medios nacionales e internacionales que pudieran dar pistas y claves narrativas desde la noticia para poder contextualizar lo sucedido. De alguna manera se logró un carácter de unicidad de cada uno de los relatos, insertos en la historia nacional para dejar en evidencia de lo aberrante de la guerra en una consecución de hechos imparables para los que la prensa no solo fue testigo, sino propiciador de su intensificación y continuación. Los violentos necesitaban ser vistos, tomar poder y ser reconocidos como lo que fueron.

Se logró contarles a los otros que en un país como Colombia todos somos susceptibles de convertirnos en víctimas de la desaparición forzada, somos ciudadanos en un país violento. Por esto se narró desde las noticias publicadas en las revistas o los periódicos del momento. Hechos como los sucedidos en la Operación Orión, la masacre de San Carlos, el asesinato de Carlos Pizarro, los desplazamientos masivos de Urabá, la toma de Bojayá, los secuestros, las incursiones de los grupos de guerrilla en las tomas de las poblaciones, las masacres y las desapariciones por parte de los paramilitares. Hechos políticos, económicos y sociales que dejaron en evidencia la crítica situación de Colombia.



Figura 20. Historia de las noticias de acuerdo con el año de la desaparición, buscados en la prensa nacional e internacional.

Este ejercicio de contextualizar la memoria individual dentro del relato nacional con los archivos de prensa generó en muchos de los que se acercaron a las páginas del álbum y a la sala de exposición varias preguntas que me desconcertaban, como: ¿dónde estaban cuando sucedieron los hechos?, ¿por qué yo me encontraba fotografiando la guerra?, o ¿por qué nunca se dieron cuenta? Estas páginas de la historia colombiana los hicieron entrar en un viaje en el pasado para comprender el presente.

Ejercicios, encuentros, confrontaciones y relatos que dejaron ver quiénes hablan de los desaparecidos, quiénes eran ellas, las buscadoras, mujeres con roles en lo cotidiano del hogar que se desempeñaron en los escenarios públicos.

Te recuerdo, te presiento. Producción de la memoria

El resultado del libro álbum principal fue, en mi concepto, maravilloso, lleno de color y vida en medio del llanto y la risa. Permitted un diálogo permanente sobre los ausentes, sus historias y las buscadoras para dar sentido a las luchas y la resistencia.

En medio de varias conversaciones con ellas me fue posible acercarme a los colores, las texturas y los tejidos, escoger las cintas, seleccionar los diversos materiales que las representaron. Fue todo un reto, ellas se volvieron exigentes con el pasar del tiempo; ya sabían y tenían claro lo que deseaban; tomaron el criterio necesario para decidir sobre sus propios requerimientos. **Transparencias** que evidenciaron la búsqueda, lo traslúcido que refleja la verdad con la que ellas siempre trabajaron para encontrar respuestas, las franjas rojas, azules, blancas, moradas entretejidas en la portada, conlas que evidenciaron cómo sus vidas se

cruzaron, reflejo de ello para la evocación permanente a la acción conjunta, a la construcción colectiva, al fortalecimiento del tejido social.

También había significado en los colores seleccionados para la representación. El **rojo** de lo forense y la muerte violenta, hecho casi nunca mencionado por ellas. Sin embargo, en mi trabajo este fue importante ya que era el color que usaban en las bolsas de custodia dentro de los protocolos al exhumar los cuerpos. El rojo es un elemento de identificación con la huella de sangre para el ADN. También aparecía el **morado**, que se convirtió en una constante presencia de ellas; muchas decoraron con este en las páginas, casi en un tono fúnebre.

El álbum se armó desde lo artístico, cada color y cada elemento fue tomando sentido. El **azul** representó la infinita búsqueda, la esperanza y la serenidad; el **blanco**, la idea de la verdad, lo transparente y la pureza. Indagando, a la hora de considerar los colores, me encontré con la idea de que este último es llamado el color protector, reflejo de lo que ellas a diario hacen con la vida. Representaba lo idílico, lo ornamental, el toque femenino, también representa, de alguna manera, lo puro y celestial, en el campo lo usan mucho para decorar, es el lado coqueto de su feminidad, como también es el lado sutil y liso de lo que es y no ha sido posible, casi como representando una idea por concretarse.

Como foto de portada se seleccionó una imagen que narrara la idea de familia, que hablara del colectivo, del trasegar, la búsqueda y la resistencia. Seleccionar una imagen de ellas en grupo fue la mejor señal de su ratificación como protagonistas del álbum; una foto a partir de la transparencia que permitió evocar, simbólicamente, lo que está presente y a la vez ausente, una presencia del alma y el espíritu, un efecto que traspassa, que simula una ventana.

La construcción de los relatos en el álbum sociofamiliar permitió que cada una de las historias íntimas, al ser leídas, las visiones y las interpretaciones sugeridas fueran adaptadas de acuerdo con cada quien que las recibe y mira. Como un libro-obra hecho objeto, este aúna documentos, personajes, historias, dinámicas y lugares que reposan allí como conocimiento popular en un recorrido etnográfico para la noción colectiva de este flagelo.

Talleres para el reencuentro



Figura 21. Silvia Quintero narra parte de su sentir y comparte su trabajo en la bitácora.

Foto: Sandra Ramírez. 2014.

Al final de un recorrido de varios meses, de muchas horas de compartir en los encuentros de los jueves, de hacer varias visitas a las casas de ellas y de recopilar cientos de fotografías de archivo y cientos de fotos que tomaron, edité, repasé y releí cada imagen, cada relato, cada deseo, cada intención, para lograr tener aquello que tanto busqué por más de diez años: el relato íntimo y particular de los desaparecidos de la mano de las buscadoras.

Durante este tiempo y los meses siguientes, diría yo, casi dos años, nos instalamos en una sala del Museo Casa de la Memoria. Pero nuestro trabajo pudo haber sido en cualquier espacio acogedor, una casa, un parque, una biblioteca o, en el mejor de los casos, una finca en el campo. El espacio no era lo especial, ya que ellas en cada encuentro y con las propuestas de las actividades fotográficas dinamizaban el lugar de manera orgánica para que sucedieran las cosas. Al final del día, el tiempo era como sino corriera, todas querían llevarse a casa lo producido, las fotos, los escritos, las páginas y los recuerdos. Las dinámicas en torno al álbum y los talleres fueron definiendo la energía del lugar.

El espacio se transforma de acuerdo a cada una de las necesidades y las búsquedas, donde las acciones que allí ocurren son las que dan un carácter al escenario. La memoria se apropia del lugar a través de los objetos, las dinámicas y lo dispuesto en cada uno de los rincones y las paredes. Todos los lugares deben ser propicios para la memoria, lugares donde se ritualiza y ceremonia lo digno de ser nombrado y memorado, las personas le dan el sentido al lugar.

La convivencia con ellas partió de la confianza y el respeto, la escucha y la necesidad de crear un espacio de encuentro diferente al que siempre han estado acostumbradas. Un lugar en el cual ellas se apropiaron de aquellos momentos para deliberar, controvertirse y reflexionar. A través de los relatos de las fotografías cada una de ellas buscaba pausas para su intimidad, respuestas entre ellas mismas a la vez que se hicieron preguntas constantemente. Al final sus interrogantes se convirtieron en un diálogo sereno con su pasado y con ellas mismas.

La reflexión también se logró en colectivo, lo que nos permitió a todas entender las dimensiones de nuestros logros. Por un lado, del alcance de lo obtenido y compilado en el trabajo de memoria, y por otro lado la manera contra viento y marea de cómo ellas ganaron un lugar en los espacios públicos.

Estos encuentros empezaron a forjarse como espacios de aprender del dolor, lo que duele, y a partir de las transformaciones fotográficas que, a su vez, ayudaron a esta misma transformación del dolor. Con los encuentros logramos construir herramientas que ayudaron a tener deseo de compartir el dolor, de expresarlo, de poder narrar con evidencias que sí sucedió algo, que hay una causa, que es real y se instala en lo más hondo, paralizando la vida misma que tuvimos que sanar.

Con los encuentros en los talleres también logré, a través de los ejercicios, un reconocimiento de ellas como mujeres, como sujeto político y familiar; de sentir su cuerpo y sus dolencias como evidencias de lo vivido y lo sentido, para estructurar un empoderamiento, tanto de logros como de ganancias, de todos estos años de búsqueda y reclamación, de justicia y verdad. Su dolor se transformó en creación; sus palabras y acciones retornaron a un respeto de lo individual para cada una, a un reconocimiento por lo colectivo.

Ellas mismas reconocieron que se encontraban en todos los escenarios públicos, pero no se reconocían en los más íntimos como mujeres o como amigas con intereses comunes para compartir desde su naturaleza.

Los talleres fueron importantes porque les enseñé cómo, a partir de la fotografía y la construcción artesanal del hacer el álbum, se podía elaborar el duelo. Descubrieron que se podía hablar de lo que sucedía sin temor a tener represalias y cómo la creación del armar, montar, organizar y decorar les dio una perspectiva diferente de lo que sucedía sin revictimizar su vida, su condición y su intención.

El último encuentro lo tuvimos en el campo. Allí vivimos un plus maravilloso entre todo lo que sucedió durante el tiempo de los talleres. Un espacio diferente al acostumbrado que ratificó el poder de la construcción de la memoria desde las diversas narrativas para darle sentido al colectivo de la memoria con el deseo de compartirlo a los demás.

Ellas tuvieron una reactivación de lo femenino y lo intuitivo, un ritual para evocar el autocuidado, el amor propio, la fortaleza, el regocijo y la serenidad. Entender que la limpieza del cuerpo no era solo del alma, también de lo corporal, sentirlo propio. Allí retornaron a los

sueños personales para darle continuidad a la lucha sin el olvido de sí mismas. Pasando de ser unas cuidadoras para cuidarse más a ellas mismas.

Con cánticos se invocó entrar en armonía y felicidad, con movimientos del cuerpo y los pies sobre el pasto buscamos sacar todo lo que nos incomodaba, descargar la energía y recargarnos. Las caricias, las manos que consienten, el embellecimiento y el reconocimiento del rostro les permitió volver a sentir-ser y estar para los otros después.

A partir de cómo se instalaron en el colectivo y de cómo hicieron que el colectivo se solidarizara con ellas mismas, entendieron lo sucedido, lo dimensionaron como un hecho real y, en el proceso, aunque fue íntimo, descubrieron que también pueden sanar colectivo. Ellas se empoderaron de sí mismas para descubrir de nuevo el papel que realizan ante la familia y la sociedad.

La sala, como en casa



Figura 22. La sala tuvo las puertas abiertas desde el 30 de agosto del 2014 hasta el 30 de mayo del 2015 en CMM. Allí algunos de los visitantes podían tener la posibilidad de compartir su experiencia con las mismas mujeres participantes.

Fotos: Natalia Botero. 2014-

Al terminar el proceso, recopilar todo los logros y para reconocer las dimensiones de lo que produce el flagelo de la desaparición forzada y dejar en evidencia la resistencia y la lucha de las buscadoras, se decide montar una sala. La sala **Des Apariciones** que se construye luego de varias conversaciones, debates y confrontaciones de lo necesario y lo deseado, no solo por parte de ellas, también por parte del Museo Casa de la Memoria y por mí, ya que los acuerdos entre todos eran necesarios. El lugar era importante; allí se gestó y se pensó que tenía que estar el trabajo de la memoria realizado por el grupo de las buscadoras, donde tenía que reposar el álbum construido por ellas para el alcance de todos los visitantes, como relato colectivo que narra parte de la historia del país.

Como en la sala de la casa, se instalaron los relatos construidos en el álbum, las páginas se tomaron el espacio, narrando las historias en pequeñas salas, todas de colores y muebles diferentes con la idea también de recrear la diferencia en cada una para disponer de un relato diferente, individual. Colores diseñados desde la discusión de lo que pueden representar la transformación, la esperanza, la fortaleza y la serenidad; logrados luego de varios meses de trabajo íntimo y del colectivo.

La creación de la sala partió de la idea de recrear también el espacio como cada una lo tenía en su propia casa; un lugar para el encuentro, donde se recibe a los visitantes, se cuentan historias, se ponen los libros en la mesa del centro o en el noyero cerca a la cama. Con diferentes sillas, mesas, lámparas o cuadros se ambientó el contexto familiar, disponiendo de cada uno de los espacios también demarcados por colores como rosa, verde, amarillo y azul claro, los cuales especifican cada sala. Fue buscar cómo se podía significar ese espacio de acuerdo con lo que eran ellas en su intimidad, en su cuarto, en su casa.

Busqué la idea de colores serenos, no quería nada lúgubre o mortuorio, pues ya era suficiente la angustia y el dolor generado por la historia y las narraciones visuales que se dejarían ver como para generar más tensión. La sala era importante para mostrar desde este lugar que todas las historias que allí se narraron sucedieron en medio de lo cotidiano, del hogar, de lo que era familiar, como el trabajo y la diversión, era dejar claro que ninguna de estas desapariciones como miles de este país no fueron porque ellos estuvieran en un campo de batalla.

El recuerdo, la ausencia, el contexto histórico, la búsqueda y la reconstrucción se hicieron presentes a partir de los objetos, las maquetas, las fotos, los textos, los álbumes, allí en la sala. Caminar, recorrer y estar en ella fue la posibilidad de hacer un paso por la historia del país, conocer el contexto de los desaparecidos y acercarse a las historias íntimas de primera mano de muchas de las víctimas.

Quien recorriera la sala **Des Apariciones** podría tener la suerte de encontrarse con alguna de las mujeres que narraron sus historias allí. Ellas acudían frecuentemente al lugar y su relación con este fue cambiando, iban hasta tres veces por semana al lugar, iban allí a rezar, reflexionar, contarles a los visitantes sus historias, estar en silencio o descansar. Para muchas

la sala se convirtió en el mausoleo. Para ellas, llegar allí, conversar sobre sus ausentes, sentarse en la silla a releer las historias, darles un lugar en la memoria y materializar la idea de su ausencia, era como ir al cementerio y visitar la tumba. Espacio para saber de historias que no aparecen en el periódico, esas donde la narración parte de su relato en primera persona y se vuelven protagonistas, donde los desaparecidos dejan de ser una cifra. Porque es importante nombrarlos, que estén ahí. A la sala la mayoría de los visitantes regresaban varias veces, acompañados o solos, a releer para saber contar, tratar de comprender la realidad para no permitir más estas historias y también para contarles a muchos que no llegaron a conocer del tema.

Los desaparecidos no tienen un lugar dónde descansar, dónde poder reposar sus restos y, menos, un lugar para que sus familiares los visiten. Ya para muchas de las buscadoras era evidente que sus seres queridos no estaban vivos —por el tiempo que lo llevan buscando o por la constatación de los grupos armados que confirmaron que ya no viven, que los asesinaron y los tiraron al río—; muchas de ellas no tienen ningún rastro de sus familiares, por lo tanto la sala tomó este significado de reposo para ellos los ausentes y para ellas las buscadoras.

La sala se construyó con una infinidad de objetos que simbólicamente se aproximaron a la idea de la ausencia y la presencia. Hubo varios elementos como los cofres, las cartas, los álbumes y las mesas de noche que guardaron parte de la historia de los desaparecidos, reflejada en momentos de su vida con los familiares. Allí se guardó lo más sentimental y emotivo, como aquellas cajitas de mamá donde se conserva hasta la carta del hijo, el diente que se cayó, o la medallita del concurso en la escuela. Al abrirlos cofres también se fueron encontrando objetos y mensajes dejados por los visitantes a la sala, con esta idea también se hizo un llamado a invocar a todos para entender nuestras responsabilidades. Este hecho de la desaparición ya no era posible revertirlo, pero sí era posible detenerlo.

La sala se construyó queriendo representar en ella parte de la intimidad de las buscadoras en el hogar. La idea fue sentarnos a ver el álbum y poderlo mirar entre todos, compartir los álbumes físicos sobre las mesas —la gente podía cogerlos—. Inclusive, el álbum colectivo tenía una mesa especial, que era donde estaba el video, como la sala principal de la casa donde se pone el televisor.

El audiovisual en el televisor fue una pieza de 10 minutos que narra la experiencia, sus casos y su labor en la construcción del álbum familiar. Era posible encontrarse con los testimonios a viva voz de cada una de ellas, escuchar sus experiencias sobre el taller y poder conocer de sus propios labios los sentimientos encontrados que tenían a diario entre su vida en la calle buscando, la intimidad del hogar y la de ellas.

La sala fue la idea tangible de sus relatos para que aquellos visitantes la vivieran, tocaran las fotos, releyeran las páginas de los álbumes, abrieran los cofres y leyeran las cartas; se hicieran preguntas y, de alguna manera, se convocara a la solidaridad con cada una de las víctimas y sus familias, con la intención de devolverles la dignidad y un lugar en la memoria

de la historia de Colombia en aras de la reconstrucción del tejido social y de la reconciliación entre los ciudadanos.

Para muchos de los que iban a la sala el tema de la desaparición forzada estaba en el imaginario del común como una cosa difusa, que no era muy clara, no concreta, entre el debate de si era cierto o no que se lo llevaron contra su voluntad. Muchos no creían que esto fuera posible. ¿Cómo se van a llevar a alguien de la casa, lo van a esconder, lo van a amatar, lo van a picar y lo van a regar por todas partes?

En la sala se expuso la intimidad de cada uno de los relatos con la intención de compartirlos para la construcción de la memoria colectiva. A muchos de los que visitaron la sala y vieron las fotografías y leyeron los álbumes, no les cabía en la cabeza el tema de la desaparición forzada como mecanismo de guerra, no concebían que eso realmente sucediera en Colombia.

Me llamaron la atención los mensajes que muchos de los visitantes dejaban en el libro de la bitácora en la sala. Comentarios de solidaridad y de reflexión; narraban historias que les sucedieron a ellos también en sus países de origen. Escritos que evidencian lo universal de un mecanismo como máquina de terror en los Estados, como arma exitosa entre los armados, y del flagelo que destruye comunidades, familias y vidas.

También me sorprendí de que fueran más los que desconocían el tema que los que sabían lo que sucedía en la guerra colombiana. Llegaron académicos y estudiantes de varias universidades, grupos de colegios y maestros de escuelas; llegaron empresarios de compañías de la ciudad; embajadores, defensores de derechos humanos; las víctimas y algunos victimarios; llegó el Ejército. Todos tenían que ver con el tema, a todos los tocaba y muchos no entendían lo que causaba esta situación.

Con la experiencia de la sala comprendimos entonces la necesidad de materializar la ausencia para aterrizar esta idea, con el ánimo de hacer cercana a la cotidianidad del país el tema de la desaparición forzada.

Capítulo IV

Compartir el dolor

«Y hay otra vergüenza más grande aún, la vergüenza del mundo.

Hay quien ante la culpa ajena o la
propiase vuelve de espaldas para no verla y no sentirse
afectado...El mar de dolor, pasado y presente nos
circundaba,

y su nivel ha ido subiendo de año en año hasta casi ahogarnos.
Los justos de entre nosotros, ni más ni menos numeroso
que en cualquier otro grupo humano, han experimentado
remordimiento, vergüenza, dolor en resumen, [...] se han
sentidoarrastrados, porque sentían que cuanto había sucedido
a su alrededor en su presencia, y en ellos mismos, era
irrevocable».

Primo Levi.

En la continuidad del ejercicio de compartir la memoria, despertar la solidaridad y el respeto y darle dignidad a las víctimas del conflicto colombiano que han sufrido la desaparición forzada y sus efectos me encontré con un texto de John Berger que habla sobre el deseo de compartir el dolor: «En esta edad oscura en la que vivimos, bajo el nuevo orden mundial, compartir el dolor es una de las condiciones previas esenciales para volver a encontrar la dignidad y la esperanza. Hay gran parte del dolor que no puede compartirse. Pero el deseo de compartir el dolor sí puede compartirse. Y de esa acción inevitablemente inadecuada surge una resistencia» (2004).

De este texto y los requerimientos que constantemente me hacían las buscadoras sobre la exposición, las fotos, los álbumes y los relatos, de mi necesidad de replicar mi experiencia con otros para que no quedaran solo en la sala, comprendí la necesidad de ir a otros escenarios diferentes al Museo; salir con la idea fuera de sus casas, de la sala, fuera de las páginas de los álbumes. Necesidad también surgida a partir de los comentarios y los textos leídos sobre las apreciaciones de **Des Apariciones**. Yo creía que mucha más gente, al igual que yo, sabía del tema, conocía de las víctimas y comprendía el dolor de los familiares. También pude ver como esta idea quedabamuchas veces en los círculos sociales y profesionales que trabajan con el

mismo tema, que el espectro de divulgación no tenía un radio muy amplio. El propósito era que todos hablaran, conocieran y reaccionaran frente al tema.

Reforzar lo colectivo en torno a la memoria y fortalecer al individuo, vinculando a diferentes entidades públicas y privadas de la sociedad civil para trabajar en la reconstrucción del tejido social, fue motivante a la reconciliación, a la elaboración conjunta de la memoria en la propuesta de talleres itinerantes con el propósito de ser ellas, las buscadoras, quienes a partir de su empoderamiento orientaran el discurso, los ejercicios fotográficos y el sentido.

El proceso de transformación de su intimidad, iniciado en el álbum, continuó en la sala, fortaleciendo el relato visual y el relato oral en la construcción de la memoria colectiva, la cual se construye a partir de la unión de relatos diversos para la comprensión de la historia de un país.

Itinerar para la memoria



Figura 23. En la sala tiene lugar uno de los encuentros más emotivos y realmente significativos del trabajo con los talleres y el álbum: víctimas y sociedad civil juntos en un mismo espacio.

Foto: Sara Castillejos. 28 de mayo del 2015.

Sentí que era urgente hablar sobre la desaparición forzada en todos los escenarios posibles: las plazas, las universidades, las escuelas, la familia, las organizaciones de DD. HH., los colectivos de ciudadanos, los empresarios, el sector financiero y, sobre todo, el Estado. Pude ver cómo todos aquellos que visitaron la sala salían con infinidad de preguntas que debían ser

resueltas; se llevaban infinidad de historias que tenían que ser replicadas; salieron de allí con el compromiso de difundir la información, pues el tener ya conocimiento del flagelo de la desaparición los hacía responsables de contar lo que ya no les era desconocido.

Ideé un cierre del proceso vivido con los talleres y la sala, el cual implicaba la presencia de las buscadoras, así como de muchos personajes que hacen parte de la vida nacional, desde las empresas, las organizaciones, el periodismo y las víctimas. Personas como Antún Ramos (sacerdote), Paula Betancur (ama de casa), Josefina Agudelo (empresaria), Stephen Ferry (fotógrafo), Jhon Fernando Mesa (líder social), entre muchos más, y logré que aquel día nos acompañaran más de 20 personas que no habían sido parte del proceso del álbum.

El propósito, aparte de convocar a muchos, era hacer múltiple el relato de los ausentes, ponerlo en todos los escenarios posibles y replicar en las diversas sonoridades de voz las historias. También fue necesario para que cada uno de ellos comprendiera que a cualquiera podía sucederle; que de este entendimiento evitaríamos que siguiera sucediendo; que no olvidemos a las víctimas y, por supuesto, a las buscadoras incansables.

El relato visual fortaleció el tejido social y propició en cada uno de los encuentros de la itinerancia, con las víctimas y las diferentes personas de ciudad, el fortalecimiento del colectivo; encuentros que hicieron más fácil el caminar de todos. Compartir las historias, hablar en voz alta y romper con el miedo permitió afrontar la verdad para hablar con dignidad sobre las víctimas.

Para el logro de los propósitos planteados en la itinerancia, se diseñaron varias metodologías con la fotografía que propiciaron el diálogo, la reflexión y la confrontación. De tal manera, que cada uno de los asistentes a estos encuentros logró hacer parte del gran relato del álbum.

Entre las metodologías figura el diseño de una **cartilla** que fue resultado de una compilación de páginas que dieran idea de lo acontecido en el álbum, de modo que las buscadoras pudieran, a partir de estas, dar apertura a una conversación con los asistentes para romper la tensión entre quienes no se conocían, quienes eran completamente extraños y ajenos a sus realidades.

En ella se condensa la problemática. A partir de unas preguntas se pudo generar la conversación para la reflexión y el intercambio de ideas. El ejercicio permitió la escucha, el silencio y la comprensión del tema, lo que se convirtió en algo muy importante porque de esta manera, aparte de conocer de primera mano el drama de las víctimas, se genera un compromiso social como hecho vinculante.

En el planteamiento de la itinerancia de *Te recuerdo, te presiento* también se hizo uso de la fotografía como eje de narración que metodológicamente vinculó los momentos compartidos por cada uno de los participantes, las fotos de su vida particular, así como su

accionar en el hoy. Las fotografías dejaron ver las historias de muerte, vida y resistencia de una memoria del pasado y de sus transformaciones en el presente.

Poder evidenciar a través de la fotografía, en el hoy, quiénes somos y lo que somos en el entorno familiar y social demostró que no importaba la posición o el rango ocupado, que lo que importaba era cada uno como individuo dentro del colectivo, como pieza clave dentro de un todo.

Las buscadoras acogieron a cada uno de los visitantes participantes como si siempre hubiesen estado con nosotros. Esta disposición de ellas al acogerlos propició en estos la familiaridad y la confianza necesarias para un resultado exitoso en el compartir de los relatos de la construcción de la memoria.

Los relatos se unieron en uno solo, algunos coincidieron en los lugares donde habían sucedido varios de los hechos violentos, otros prestaron su ayuda para aliviar el dolor que produjo la guerra y, para sorpresa mía y de muchos de los que allí asistieron, las historias de vida en el pasado se habían cruzado en algunos momentos, como en el barrio donde fueron vecinos o en el mismo equipo donde jugaron fútbol en las divisiones menores o en los escenarios de lucha y resistencia en contra de la violencia.

Como María Elena y Héctor, que se dieron cuenta de haber sido vecinos en Bellodurante los años en que ella sufrió tantos hechos de dolor con la desaparición de sus hermanas e hijo.

O como lo narró Jhon Fernando Mesa: «Vine aquí muy tranquilo y me encuentro con una realidad que me toca mucho. Cuando era joven jugaba fútbol y tuve un compañero que hoy lo recuerdo muy fuerte, que es Jaime Quintero. Compartimos balón, compartimos alegrías de triunfos porque quedamos campeones de fútbol, compartimos tristezas cuando perdíamos, pero también compartimos alimentos porque nos sentábamos en un comedor a contar las cosas y a comer. Y hoy, al lado de su hermana Silvia, pude, a través de las fotografías, recordar todo eso. Y lo que yo digo es que no sé si la vida nos da la oportunidad de que el dolor se vuelva común o que nuestra esperanza se vuelva común».

Encuentros como estos donde antes no sabíamos nada de los otros, donde todo lo que nos narraban no era desconocido, historias de a pie que se entrecruzan para narrar la historia colombiana, aquella que no se cuenta en los libros pero que es la que hace que construyamos día a día la vida, la esperanza, el perdón y las resistencias, cada uno desde la cotidianidad, desde la empresa, el hogar, la oficina, las instituciones, el Estado, los escenarios públicos, los escenarios académicos, entre muchos más.

«Conocer el drama personal de una mujer, madre de dos hijas enfrentando la desaparición de su esposo sin perder la esperanza me tocó el alma. Esta mujer fue capaz de hacerlo todo por la persona que ama sin importar cuántos años hayan pasado, ser detective, usar disfraces para mezclarse con indigentes, por el simple hecho de haber oído que probablemente en alguna de esas ollas puede encontrarlo. Esta mujer fue capaz de contarme

esta historia con paz en el corazón», narró Paula Betancur, participante en uno de los talleres de la itinerancia.

Las mujeres, como talleristas empoderadas, enseñaron a los otros lo que significaba para ellas la ausencia, en dónde se sentía —en el cuerpo y en el alma—, por qué extrañan al otro, saber del dolor que genera el no poder tenerlo, pero a la vez ser feliz de recordarlo en las anécdotas, las historias y todo lo referente a lo vivido con el ser amado.

La foto ejerció en la itinerancia del álbum el poder que activó la recuperación de la tradición oral, la anécdota, y el relato, también a partir de ella se permitió reconocer al otro, por qué era importante y cuál era su papel en todo el relato.

El camino de la itinerancia continuó en todos los lugares donde las buscadoras asistieron. Hablar de los ausentes no dependía de un lugar específico o de un encuentro acordado, debido a que ellas tomaron las herramientas suficientes para replicar el tema de la desaparición, sin dolor, sin revictimizar, sin culpar y sin llorar.

El encuentro fue de valientes: aceptar escuchar el dolor de los otros, tratar de evidenciarlo para poder abrazar; el empoderamiento de cada una de las mujeres participantes del álbum. El común denominador fue la renuncia, el perdón, la ganancia y la felicidad a través de los elementos narrativos de la palabra y la fotografía.

El proceso de cierre en colectivo, para propiciar la itinerancia del mismo dejó en evidencia también que lo sucedido a los colombianos no es solo un tema y una responsabilidad de quienes hicieron la guerra con las armas. Se comprendió que no solo es responsabilidad de las víctimas hablar de lo que les sucedió, que las luchas y las resistencias deben ser de todos los ciudadanos en contra de la guerra y a favor de la paz.

El reencuentro

Nos volvimos a ver luego de haber pasado dos años desde el último encuentro que tuvimos, cuando por última vez nos reunimos en el Museo. Lo volvimos a hacer para un reencuentro de nosotras, quienes comenzamos este proceso de memoria.

Volver a vernos era necesario para todas. Reivindicar la importancia de verse en espacios diferentes y para actividades completamente distintas a la cotidianidad de nuestras vidas, a partir de haber terminado el proceso del álbum en colectivo, cada una recorrió caminos similares ya que habían logrado una unión y una solidaridad permanentes en su accionar público.

Un encuentro difícil de nuevo, ya las dinámicas habían cambiado y reanudar el diálogo entre nosotras fue difícil. Recordamos lo que nos hizo felices, lo que nos llenó de amor y de

complicidad en los talleres pasados, hablamos de lo que nos sucedió y de qué manera nos transformó la vida.

La coincidencia fue general al pensarnos en aquel espacio construido día a día para dar luz a un relato de vida y ausencia replicado en el álbum *Te recuerdo, te presiento*; pensarnos desde el encuentro, la reconciliación, la pérdida, la realidad, el amor y la ausencia.

Ellas lo dejan claro: «Estamos felices reuniéndonos, eso nos fortalece; nos permite reconocernos». Ver las diferencias y la humanidad cómo dieron un giro a favor de su andar. Reconocieron su valentía, la que se fortalece al pasar de los años con los encuentros académicos, los debates, el discurso y el empoderamiento como mujeres y familia. Ellas siempre recuerdan lo importante y hermoso de los procesos del álbum, pero necesitan a diario un fortalecimiento del espíritu y el corazón.

Después de dos años sin vernos ya no éramos las mismas. No fue fácil convocar, era extraño pensarnos en un nuevo encuentro y, efectivamente, éramos otras. Me encontré con mujeres empoderadas, con sentimientos y actitudes abiertas al cambio y la conciliación, me encontré con sus historias que se han convertido en vida y esperanza, sentidos y hechos profundos para la familia y sus comunidades.

Todas las que asistimos, incluyéndome, nos sentíamos diferentes, pero nos dimos cuenta de que habían cosas que no se habían sanado, y otras que surgieron debido a las dinámicas del país, el contexto político y el conflicto de estos últimos años, que todavía no ha cesado.

Ese día Amparo narró entre lágrimas lo lamentable que había sido para ella saber que la última esperanza de recuperar el cuerpo de su esposo y su hijastro se había perdido. El victimario paramilitar, culpable de la desaparición en La Caucana, Cuco Vanoy, cumplió el tiempo en la cárcel luego de los acuerdos con el Gobierno en 2005 y salió libre. Para ella es como volver a empezar la búsqueda, no puede regresar a su tierra, pero tampoco puede indagar en la justicia sobre el caso. Para ella: «Nunca se ha hecho justicia y la esperanza de volverlos a tener se ha perdido por completo, quedamos sin encontrarlos».

El testimonio de Amparo dejó en evidencia la situación de las víctimas en Colombia, ya que era una constante en los relatos que se escuchaban a diario. La pregunta era entonces: ¿qué sentido tenía sanar el alma y el corazón, fortalecer la lucha y la resistencia, cuando el Estado no respondía a estos procesos con eficiencia? La sensación será de impunidad, lo que debilita más los procesos y la credibilidad.

En palabras de Luz Mery: «Le echamos la culpa a los otros y a lo otro, al río, al campo, a la ciudad, al Estado, a todo... En realidad sí, todo tiene que ver y tiene de alguna manera la culpa, pero el poder está en cada una de nosotras, en el mecanismo que desarrollamos a lo largo del tiempo para enfrentar el tema y dejar de ser más víctimas». En cada una de ellas, como individuo, y en colectivo, cambiaron sus lágrimas por sonrisas, dejaron el llanto desgarrado para vivirlo desde sus fortalezas. Noté que se habían vuelto más propositivas, reflexivas,

analíticas y contestarias a la vez. Ratificaron su argumentación y sus ideales, su búsqueda en dinámicas más familiares, afuera del grupo, y así su testimonio fue creciendo. Una manera de expresar su resiliencia frente a la guerra, a los violentos y al olvido era continuar luchando.

Se comprendió que enterrarse en vida era desconocer lo alcanzado, ya que entender el dolor que sienten y sus causas ayudó a combatirlo. La vida cambió para todas, incluso para mí como acompañante y fotógrafa. Posterior a este proceso también hubo dolores y amenazas, lo que me llevó a sentirme vulnerable e indefensa, también hubo mucha impotencia y tristeza, pero cada vez que pasé las páginas de los álbumes, conversé con la gente afuera sobre la construcción de la memoria realizada en este proceso con ellas, sentí también que los objetivos se alcanzaron.

«No somos unas víctimas lastimeras, sino unas víctimas empoderadas, exigentes», responde de manera clara, solidaria y precisa Luz Mery, a los comentarios de sus compañeras; que los hacen también en las dinámicas de evidenciar que la vida sí les ha cambiado. En algunas persiste la tragedia hecha historias en otros sucesos, como el incendio en la casa de Gloria Macías, o cómo la liberación de algunos victimarios, así como la enfermedad de Gloria Holguín, para otras ya su proceso inicial de búsqueda se tornó en trabajo, se volvió más activo o bajó en intensidad para ocuparse de su familia sin perder las banderas de la búsqueda.

En dos de ellas se escuchó que lejos de llorar tenían una responsabilidad con el hoy, no se podían devolver en el tiempo y en los 14 o 20 años que llevan sufriendo por su ausente, parte importante de lo que lograron fue entender su propio dolor, poderlo evidenciar, transformar, y fortalecer para continuar. Es preciso, entender qué ha pasado, cómo están hoy y para dónde van.

Las pérdidas tenidas no solo son de sus ausentes, también dejar visto que lo sucedido con la pequeña Nazly no había sanado. Por eso se habló mucho de ella, en la coincidencia y la necesidad de realizar un homenaje, hacer una reflexión sobre su trayectoria y lo sucedido: narrar su historia, construir su memoria y dejar ver las imágenes que la narran, hacer catarsis, vivir el presente para construir un futuro en paz, armonía y perdón.

Las buscadoras descubrieron el poder en la fotografía, a partir de ella lograron hacer relatos permanentes de sus encuentros y actividades en público, cambiaron diseños de algunas pancartas, buscaron y cambiaron fotos de sus ausentes, narraron su cotidianidad junto a su familia, y cuando uno las ve en la calle, caminando junto a otros en sus luchas y resistencias, ellas también hacen fotografías. Se apoderaron de la imagen para no dejar en el olvido su esfuerzo, la búsqueda y su vida.

Nazly, la niña que tuvo que ser grande



Figura 24. Nazly Jiménez.

Foto: Sandra Ramírez. Medellín, julio de 2014.

Yo quiero hacer aquí, con mis pequeñas palabras, un sentido reconocimiento a la niña del grupo; la que nos dio miles de enseñanzas y nos dejó cientos de recuerdos que jamás borraré de mi mente.

Siempre recuerdo a Nazly como una joven muy insistente, comprometida, algo política, radical y contestataria —típico de su edad—. Aunque en muchas oportunidades lo que me parecía normal de su edad no era así, eran más bien patrones aprendidos de estar desde los cinco años caminando con las buscadoras, recorriendo con su abuela Doralina las rutas; como los miércoles que llegaban a la Iglesia de la Candelaria, lugar donde se encontraba con sus amigas, las otras mujeres mayores, para hacer presencia y reclamar a sus familiares.

Era una niña, que vivía en el reflejo permanente del dolor de sus familiares, sumidos en la precariedad y, por supuesto, viviendo una vida de adulta que no le permitió salir a la calle con la niñas del barrio a jugar a las muñecas, que tanto le gustaban, o no estudiaba con nadie de su salón porque no le quedaba tiempo ya que siempre estaba con su abuela de un lugar a otro, recorriendo lugares y acompañando a las buscadoras en sus luchas y trasegares.

Nazly nos acompañó también con el proceso de los álbumes, preguntando y creando, cuestionando y reprochando, adoraba a su bisabuela y su tío abuelo, desaparecidos en Bello. Ella se convirtió en la voz de Doralina, era quien consentía y acariciaba a las otras mujeres —también las peinaba— y se hizo cómplice y alcahueta de todos.

Ella sufría intensamente en su alma y corazón, con la tristeza siempre en sus ojos, yo no la sentía feliz y en muchas oportunidades me hablaba con rabia, pero sabía que era el estado de sus realidades lo que la hacía sentir mal. Ella tuvo varios eventos en sus últimos años:

desapareció, fue violentada, asustada, drogada y abandonada; episodios que la marcaron para siempre, le dañaron su infancia y rompieron su fe en merecer un mundo mejor, se sentía maldecida. Su estadía y permanencia en este mundo fue corta y no fue fácil, como ella misma lo mencionaba: «Es que yo soy víctima desde antes de nacer», como si ya viniera con la sentencia, como si en su ADN estuvieran marcados la tragedia, el dolor y la muerte.

A ella no se le ocultó nada, lo sabía todo y conocía a muchos. No se le escapaba ningún detalle y menos un nombre o un rostro. Nazly se convirtió en la agenda permanente de Doralina, su abuela. Las dos eran como una sola, como su misma abuela decía: «Es que yo a mi niña no la dejo sola por nada del mundo, ella es mi voz».

Con ella en los encuentros todas sus historias eran una aventura, un día de taller nos contó que estaba de cumpleaños y decidimos festejarlo. A ella nunca le habían celebrado un cumpleaños. Cantamos, sopló una vela de papel y recibió muchos abrazos. El 3 de octubre Nazly decidió quitarse la vida; ya ella no estaba más, tomó esa decisión en medio de la desazón, la angustia y la tristeza, como lo dejó ver en una carta que le escribió a su abuela antes de morir, donde se sentía merecedora del infierno de su propia desgracia, siempre hacía referencia a esto.

Ella tomó la decisión la noche siguiente a ese miércoles en que se realizó el plantón de las Madres en la Candelaria. La vi ese día porque fui a realizar fotos; estaba serena, nadie alcanzó a sospechar nada. Siento que dejar de vivir fue liberarse de una cantidad de presiones, responsabilidades y errores que permanentemente se cometían con ella inconscientemente, aunque también hubo mucho amor a su alrededor, sus tíos y su padre, su hermano medio y su abuela, además de quienes a diario la acompañábamos en su andar, grupos sociales, juveniles y de adultos. Su presencia para todos era supremamente importante, tanto que se convirtió en la representante de los Niños de los Hijos de las Víctimas de Desaparición Forzada para Antioquia desde su corta edad a los 10 años.

Lamento profundamente su ausencia, su decisión y su partida de esta manera, pero también siento que fue una liberación de tanta presión, de poder ser ella misma y trascender al cielo —así ella lo llamara infierno—, porque murió creyendo que no se lo merecía. Cuando Doralina me llamó en la madrugada no fui capaz de asistir a la cita en el hospital, yo sufrí mucho con esa noticia. Tengo hijos de su edad y no sabría qué hacer con esta situación en mi casa; no imaginaba el poder tan grande que la llevo a tomar la decisión. También, muchas de las acciones realizadas en los encuentros se derrumbaron en mí con su decisión, con la idea de que el trabajo hecho sobre la memoria, el álbum y la exposición les iba a servir a todas para transformar el dolor y resignificarlo. Aunque también siento que de alguna manera esto sí le ayudó a darle significado a lo ínfimo de su vida.

Sanar su partida

En el momento de su adiós no teníamos las fuerzas para manifestarnos en grupo sobre la situación vivida por Nazly, para llegar a hacer una catarsis o algo que aliviara lo sucedido. Evitar el tema era negarse a abrir la discusión a la que estamos comprometidas y obligadas, aún hoy estamos en deuda de hacer una reflexión sobre lo sucedido con su partida, un llamado desde el grupo a la construcción de un mundo más sano para los niños y los jóvenes de este país, una reflexión sobre cómo estamos construyendo nuestro hoy y de qué manera los hacemos partícipes. Una gran deuda que asumimos desde el momento en que ella partió y que no hemos sido capaces de saldar, ya que a nuestros jóvenes se les ha hecho difícil caminar en este país en el cual ellos se han encargado de transformarlo desde el amor y la paz.

El grupo no tenía fuerzas para sacar esa tristeza, nos faltó valor para encarar su ausencia y nos sobraron motivos para memorarla y contemplar lo que ella nos dio en su pequeña vida, la cual había sido importante al lado de las mujeres que acompañó por años caminando. Lamentarnos no, pero confrontarnos sí, los niños tienen derecho a jugar sano, a crear un mundo imaginario que les dé ánimos y fuerzas para creer en los otros y en lo que hacen, se merecen que se les abra un camino hacia la felicidad.

Era como una hija para todas, cuando se murió, fue como si hubiese muerto la hija, la nieta y la hermana para muchos de nosotros. Dolió, me dolió mucho como si me hubiesen arrancado las uñas.

Fue muy triste asistir a su entierro, no llegó ni un joven, solo gente de edad. Los únicos niños presentes eran sus hermanos. Nazly estuvo acompañada, pero hizo falta vergente menuda de la edad de ella, vestidos de escolares. Solo fueron mujeres mayores, mujeres a las que ella tenía como sus amigas y a quienes apoyó día a día desde las marchas, pero también en su corazón, a todas ellas se refería con amor y con compasión.

Con su partida nos queda el sinsabor de lo que hace la guerra en nuestros niños. Nos dejó memorias heredadas. Pienso que ella se fue para estar en paz y solo deseo que pueda jugar con las nubes, chutar pelota bajo la lluvia y seguir recogiendo flores del jardín como le gustaba, deseo pensar que está arriba haciendo dibujos de cómo son los castillos de princesas donde ella es una de ellas, deseo pensar que cada cumpleaños apague las velas y hunda su rostro en el pastel sonriendo de felicidad, que su infierno sea silencioso, sereno y abrazador, porque ella se mereció completamente el cielo.

A Nazly se le deben muchos reconocimientos; yo aquí en estas líneas quiero especialmente mencionarla para hacerle un pequeño y sentido homenaje por ser una niña que luchó día a día contra el olvido, quien ayudó a fortalecer desde el colectivo, junto a las mujeres, el camino de la búsqueda de justicia y verdad. Con apenas 13 años, ella ya había recorrido el

país; caminando por las calles de Medellín se metió en el corazón de quienes la conocimos hasta el último minuto de su vida.

Y como una deuda que tenemos muchos con ella y nuestros jóvenes, plantear hablar en vos alta el tema de la desaparición, narrar el dolor, pero también las resiliencias y los encuentros para que ya no obremos desde la ignorancia e impedir que se cometan más errores con nuestros niños. Poner, de alguna manera, a circular la idea de la desaparición forzada y sus efectos hará que nos solidaricemos, actuemos y reflexionemos.

Que el propósito sea hacer algo, replicar y no aceptar rotundamente este mecanismo de guerra. Poner en los diversos escenarios la problemática permite acompañar y abrazar a los que sufren, entender las rupturas y las tristezas que deja en la sociedad este flagelo. Convocar a la itinerancia del tema, poner en voz de todos los demás los hechos, los actores y las secuelas para que los familiares de las víctimas, especialmente las mujeres, respiren un aire solidario con la esperanza de encontrar sosiego. Nazly encarna la tragedia humana del conflicto armado en los niños de Colombia. Ella fue toda una luchadora hasta su muerte. Nazly, hasta siempre y gracias, seguro que lograste llegar a tu propio cielo.

De la producción, los hallazgos y los recuerdos

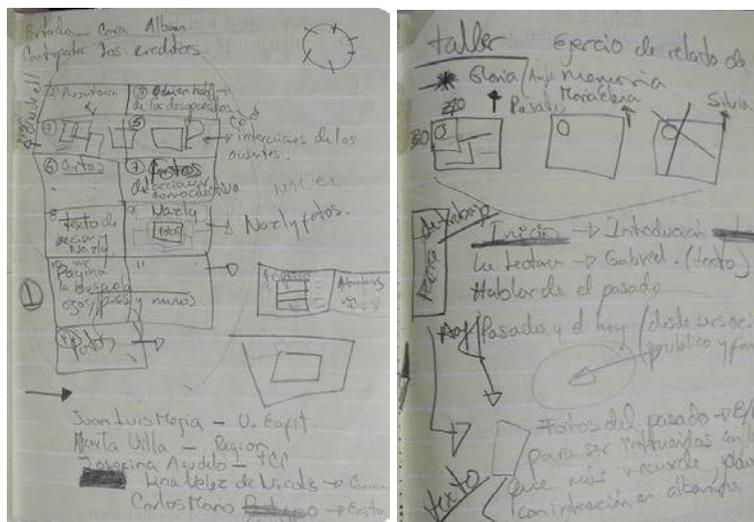


Figura 25. Bosquejos y trazos que ayudaron en la construcción narrativa y visual de los talleres y el álbum. Trazos de Natalia Botero.

Luego de varios años de haber hecho un alto en el camino, que me costó mucho en lo emocional y en lo económico, que suspendió de alguna manera lo avanzado en mi proyecto

profesional —pero no en el efecto que este produjo en mí y en los otros—, en cada sesión, en cada esquina que me encuentro con las mujeres —en una reunión y hasta en el teléfono—, me quedan ellas, con quienes realicé el taller, los compañeros junto a los que recorrí el camino de la memoria, la fotografía y la búsqueda del perdóna sí mismos y a los demás, el reconocimiento del dolor y la transformación de este, los espacios creados y vividos, esos espacios donde construimos la memoria colectiva de los ausentes, de nosotras y de todos los que participaron y que por la sala pasaron. De igual manera, si bien paré y me detuve en el hacer, me transformé en el pensamiento.

El separarse de algo para volver a ello luego de algún tiempo me ha producido miles de sensaciones que he vivido en estos últimos días de estar hurgando, leyendo, recopilando y juntando las diversas y conmovedoras piezas producidas en el año y medio de talleres, exposición e itinerancia. Alto realmente necesario, merecido y justo, ya que nada fluyó en su momento para tomar la decisión de terminar lo que el jueves 29 de mayo de 2014 había dado inicio en aquel lugar, el Museo Casa de la Memoria, junto a 15 personas más que le apostaron a la construcción de la memoria colectiva a partir del relato íntimo en un álbum sociofamiliar que sería luego pieza clave para construir el relato colectivo de nuestro país.

Durante meses, antes de retomar lo que hoy me convocó, requería de ese silencio, el cual llena de luz la contemplación de todo lo que rodeó el proceso. Es un silencio necesario para la obra misma creada durante este tiempo, para que cada una de las piezas que van encajando día a día y que han sido encontradas puedan reconstruir el relato de admiración y reconocimiento, no solo a todos los que de este proceso participamos, sino especialmente a todos los ausentes, quienes en cada página se nombran, se memorizan en las paredes y los hacemos visibles a partir de las imágenes fotográficas en las que aparecen en situaciones vividas y que evidencian a un ciudadano y no a una cifra. Este retiro me permitió también ver del pasado lo vivido y del presente lo percibido. La realidad se hace visible cuando se percibe y se vive.

Dentro de toda la arqueología y la reconstrucción del material que se obtuvo, de los libros encontrados, las grabaciones, las imágenes, las fotos, los recortes de la prensa y los testimonios, me encuentro con una producción muy amplia y a su vez profunda, que da origen a un espacio de encuentro, a un lugar que si bien no permaneció en el tiempo, sí se recuerda en cada conversación, sesión y reclamación por parte de las mujeres participantes. La producción de la obra del álbum y la creación de una sala del mismo, generaron la idea del lugar para memorar a los ausentes como se recuerda a los muertos en los mausoleos.

Retomo la decisión de volver al espacio universitario y la maestría abre un capítulo donde mi trabajo tiene cabida desde lo teórico como desde la producción misma, para poder con certeza cerrar un proceso y abrir nuevos caminos para la academia y la sociedad.

Con qué fue lo que me topé...

El álbum. Majestuoso y empacado, gigante y pesado, como un gran cofre, como un féretro como a veces lo siento yo. Demasiado ilustrativo y visual, lleno de color, historias y reflexiones, permitió evidenciar y contar para no olvidar. Lleno de relatos visuales, escritos, imágenes y experiencias íntimas y colectivas. En formato de 45 x 32 cm, pasta dura y con 68 páginas. Guardado en mi closet como en un Mausoleo. Atado a mí permanentemente.

La carpeta azul. Un estuche para guardar las pinturas se convirtió por más de tres años en el contenedor de muchas piezas e imágenes que no sabía que existían, figuras impresas en adhesivo, cartas en fotocopia, sobres vacíos, fotos que sobraron de los álbumes de las mujeres participantes, algunas páginas repetidas del álbum central, varias cartas al colectivo, papeles y textos de ejercicios de las itinerancias. Una carpeta llena de sorpresas y recuerdos de momentos vividos en el proceso.

Disco duro. Al realizar un rastreo en el computador me encuentro con varias carpetas digitales de «TESIS», «Versión 2015», «Última Tesis», «Tesis Nata», «Tesis NB»... todo un mundo de información, bibliografía, autores, resúmenes, capítulos de la tesis y con lecturas de asesores. Capítulos que si bien no me siento cómoda con ellos, sí veo que hay un profundo interés por el tema, por la historia y sus elementos, la fotografía y los actores; capítulos que tuve que reformar, reconstruir y repensar desde el contenido y la forma hasta la presentación misma. Hoy me siento completamente cómoda con la propuesta y coherente con lo que presento.

Folletos de itinerancia. Con una réplica del álbum particular que se realizó en los talleres se construyó una cartilla que sirvió como ejercicio en las itinerancias realizadas. Cartilla que pretendía unir el encuentro entre las mujeres, el tema de la desaparición forzada y la comunidad en general. Una cartilla con preguntas clave para que ellas mismas fueran las guías del proceso de itinerancia.

Las fotos impresas. Una serie de fotos recopiladas a través de los talleres, las visitas y los archivos de ellas, una serie de imágenes que aluden a la historia del colectivo de la Mesa Departamental como de lo vivido en los tiempos del taller central.

La caja de herramientas. Como una caja en la cual se guardan los tornillos, el martillo y el cable, así una caja en la cual se guardaron algunos objetos, colores, lápices, cintas, purpurina, pintura, pinceles y esquineros de fotos, se guardan tantos objetos como recuerdos, se abre la caja de nuevo para decorar lo que falta construir, la tesis.

1. Para las mujeres que participaron de los talleres su gran recompensa fue hacer trabajos para su interior y dimensionaron de tal manera su hacer en lo público.

Nunca habían trabajado para su intimidad, siempre desde los escenarios públicos con el colectivo. No había un punto de encuentro en donde se dedicara tiempo al crecimiento personal, a reconocerse, a cuidarse, a abrazarse, a llorar, a reír. Además, los talleres no eran solo de lo fotográfico, sino que ahí se suscitaba de todo, pasaba de todo

2. Lo que se recoge en estos talleres es la vitalidad, esta vida. Y lo que sucede es muy importante porque el dolor se antepone y se focaliza en la memoria. Es ese el poder del laboratorio, del trabajo que ellas hicieron, que se abre la maleta, llena de recuerdos, donde al final hay una gratificación de conciliarse consigo misma y se congratula con el ausente. Se perdona y se perdonan, ya que muchas se sienten responsables de lo que pasó.
3. Este proceso de construcción desde la fotografía es transformador. Es poner al otro en un altar, otro escenario. Mirarlo con una perspectiva, un alcance, una aproximación. Buscar distintas longitudes y manipularlo, y hacer el dolor más maleable y más dúctil, otra cosa. La fotografía en el espacio del álbum toma otras dimensiones, el objetivo se supera ampliamente, por eluso de la intuición, de la manera de ir creando espacios y dinámicas, acercamientos o distanciamientos.

Agradecimientos

Tengo que decir que la vida me ha puesto en el camino muchos ángeles, algunos con las alas rotas, otros con la vida pendiendo de un hilo, otros que vienen en contravía, unos cuantos con las oportunidades truncadas y muchos otros con la esperanza a flor de piel; pero de algo sí estoy segura, que la naturaleza misma de ser ángeles que se pusieron en mi camino les dio la fortaleza para no dejarme caer y permitir que les ayudara a sanar, curar, aliviar y valorar sus vidas y esfuerzos.

Agradezco hoy a todos las personas que como unos ángeles en mi camino se han cruzado. A todos los que me recogieron en algún momento con sus alas y no me dejaron caer, a los que tuve en algún momento también que sostenerles sus alas para no dejarlos caer.

Hoy es un día para agradecer eternamente a mis hijos, a través de ellos conocí el amor de madre y entendí lo doloroso que sería perderlos por culpa de la violencia colombiana.

Agradezco haber sacado fuerzas de donde no había, haber soportado el dolor causado por las historias de las personas que han sufrido a causa del conflicto, pero sobre todo agradezco porque haber terminado la tesis que me ha hecho grande y conocedora de la realidad de un país sumido en la tragedia con la esperanza de que todo va a ser diferente.



Figura 26. A los pies de la fotógrafa que también ha recorrido los caminos de todos aquellos que van en busca de la verdad para no dejar en el olvido lo sucedido.

Foto: Natalia Botero. Septiembre de 2012.

Consideraciones

En esta edad oscura en la que vivimos, bajo el nuevo orden mundial, compartir el dolor es una de las condiciones previas esenciales para volver a encontrar la dignidad y la esperanza. Hay gran parte del dolor que no puede compartirse. Pero el deseo de compartir el dolor sí puede compartirse. Y de esa acción inevitablemente inadecuada surge una resistencia.

John Berger, 2004.



Gloria Holguin finaliza su álbum familiar. Foto Sandra Ramírez, 2014

La construcción del álbum sociofamiliar de las víctimas de desaparición forzada la planteé en una apuesta de la materialidad tangible, que fuera física y artesanal, en la que todas aquellas mujeres, las buscadoras, se sintieran identificadas con el proceso y con el libro mismo. Páginas que las representarían a ellas y a sus ausentes, para lo cual se hizo uso de elementos de la cotidianidad cercana a ellas, como el color, los objetos, las cintas, el papel, la pintura y, por supuesto, la fotografía en forma análoga — impresas en papel—; esto facilitó la apropiación del mismo proceso y, sobre todo, su comprensión al hacer cada uno de los ejercicios.

Propuse un producto físico y en forma de libro para darle un lugar tangible a la memoria. Un lugar al que todos los que nos acercáramos a leer el álbum y que con el paso del tiempo sintiéramos propias las historias. Una caja de pandora que pudiera viajar por los diferentes lugares del país, un libro en el que se puedan pasar las páginas manualmente, tocar y rotar de

mano en mano. Lo bonito de poder pasar las páginas y releer la obra del álbum está en que se puede hacer la lectura en épocas diferentes, lugares y estados emocionales que transforman constantemente la idea y las reflexiones que cada una de las páginas logra calar en lo más hondo de quienes lo poseen con el sentido de ser solidarios y comprender la realidad de este flagelo.

La dimensión del tema del libro-álbum como finitud en el tiempo, tiene que ver también con la idea de que es físico, en tanto que somos materia; físico porque se ha perdido a un ser querido y materializar la ausencia permite develar a quien ya no está. Y el tiempo se hace cómplice de la finitud también porque su uso de mano en mano genera el desgaste de la materia, hasta su finitud misma. Se convierte en un objeto- imagen, en un artefacto en cuya estructura es posible detectar las características culturales, sociales y familiares de la época en que fue producido, como de los relatos en él narrados. Es útil para dar valor requerido a cada uno de los momentos y de los personajes invocados en la imagen fotográfica. Su importancia y prioridad se revierte en el contenido al cual se le da forma en el libro que es un producto impreso, armado manualmente, que es análogo, con páginas, fotos, pinturas, textos y cartas, donde cada pieza le da el carácter de obra única, con un relato único.

Su peso se fue haciendo cada vez mayor, con 95 páginas en diferentes materialidades no era liviano, la pasta, las transparencias, los objetos y las fotos pintadas, las páginas de las itinerancias y lo colectivo. Todo se aunó para tener en mis manos simbólicamente una especie de baúl de los recuerdos de los vivos y los muertos. Para las buscadoras en algunos momentos cargar el álbum —al igual que para mí— era como el símbolo del féretro también, de esa caja donde se pone el cuerpo para adorarlo y venerarlo, recordarlo y amarlo, para luego ser enterrado y darle santa sepultura.

Tener y llevar el álbum *Te recuerdo, te presiento*, siempre, desde todo punto de vista, fue difícil, porque yo me siento cargando un cuerpo, ya que si bien había mucho dolor en su construcción y también hay mucha esperanza por la transformación del mismo, sentí una gran responsabilidad por lo planteado con la memoria de las víctimas y de qué manera ellas serían recordadas. Adquirí también algunos derechos sobre las mujeres que se aliaron para la producción del libro: como llamarles la atención sobre su quehacer íntimo y público en su cotidianidad y estar en constante diálogo sobre lo que les pasa.

Inclusive, yo lo guardé, lo amarré con una tela y lo puse alto en mi armario; luego, con la distancia y el encontrar de nuevo la vida en la cotidianidad, entendí que yo no era ni el Estado, ni las instituciones, ni su familiar; que tenían que resolver ciertas cosas de ellas entre ellos; no era yo quien tenía soluciones jurídicas ni legales. Entendí que siempre fui en el proceso de la construcción de la memoria un instrumento para que ellas pudieran, a través de la fotografía como herramienta, hablar, desahogarse y compartir para tener esperanza y serenidad en un proceso largo y lleno de ausencia que demostró que ellas no son las únicas y que tampoco están solas.

El ejercicio con la fotografía para nuestro país es de suma importancia porque ella deja en evidencia el dolor que causa la guerra, como también se deja un testimonio para la historia en el cual las buscadoras, a partir de su memoria, pueden hablar del por qué era importante para ellas y, por supuesto, ficha clave para la sociedad. También quedan las imágenes y las palabras de cara a los testimonios de quienes propiciaron este dolor, los victimarios. La fotografía es capaz de transmitir el sentir y las percepciones del alma en los relatos de la historia y su espíritu representado en el tiempo.

Pensar en la construcción de la memoria colectiva de este país desde el relato de las mujeres y los ciudadanos de a pie se volvió importante y necesario porque se puso el tema de la desaparición forzada en todos los escenarios posibles que ayudaron a la comprensión del mismo como a la valoración del esfuerzo realizado por ellas. Esto hace que la responsabilidad sea compartida y quede en manos de todos la escritura de las páginas de la historia de Colombia.

Hace unos 20 años, cuando estaban sucediendo las cosas, si bien unos tenían las armas, otros teníamos el poder de la información, como la prensa, y no hicimos mucho cuando nos correspondía, en una época en la que sucedieron demasiados eventos y hechos tan rápidos que no pudimos reaccionar a tiempo. Saberlos y reconocer las consecuencias de estos actos de violencia nos obliga en el hoy a que las historias se cuenten, se muestren y, por supuesto, se compartan para evitar repetirlos y no dar lugar al olvido de lo que nos pasó; no dejar fuera de la memoria a nuestros muertos y a los sobrevivientes de la guerra que hemos tenido por más de 70 años para sumarnos en actos de resiliencia a la lucha en contra de la impunidad.

La memoria es un «trabajo» en el que las personas se autoconstruyen y cimientan memorias sociales e individuales. Para las mujeres partícipes de esta construcción, esta tarea supuso procesos permanentes de deconstrucción y elaboración, en los que dieron cuenta de tensiones entre su invisibilización, su intimidad y la trascendencia de sus experiencias como memoria histórica y colectiva. Su resistencia es parte de la recomposición vital del tejido como sociedad, su persistencia es la búsqueda permanente de la verdad y su insistencia es el don profundo como mujeres de no caer ante la adversidad.

La creación de la sala **Des Apariciones** abre la posibilidad a tener un lugar en donde reposa la memoria de los ausentes, las víctimas de desaparición forzada, en la que los familiares tuvieron un lugar donde llorarlos, memorarlos y reclamarlos a viva voz. Para quienes allí llegaron y entraron reconocieron también, a partir de las vivencias de los otros, sensaciones y percepciones que hicieron que cada uno se apropiara del lugar de manera diferente. Muchos regresaban solos o acompañados. Lugar al que estudiantes, académicos, víctimas y los mismos victimarios se aproximaron para la confrontación de su propia realidad evidenciándolo en los mensajes dejados en el libro de visitantes.

Este espacio se convirtió, de alguna manera, en el mausoleo de los ausentes; para dejar en evidencia las atrocidades de la guerra y también las luchas y las resistencias de los

sobrevivientes a esta. *Te recuerdo, te presiento* fue una mirada en colectivo de la creación de memoria de las víctimas de la desaparición forzada en la materia tangible que representa la vida misma de los que ya no están y en cada página e historiarecuerdan por qué es importante hablar de lo que nos sucede y por qué nos pasó.

En lo personal, la realización de este proceso de memoria a partir de la fotografía, sus usos en varios momentos desde la metafotografía y la fotografía de autor, como el aproximarme a las historias de vida y ausencia a partir de la cámara fue doloroso, penoso y reconciliador. Un proceso que controvertía día a día no solo con la familia y la sociedad, sino también conmigo misma, un proceso que dio lugar a nuevas maneras de hacer memoria, como la fotografía, el arte y la escritura, rescatando desde su naturaleza el relato oral como elemento de la tradición de las comunidades, del cual hay mucho que aprender y mucho que enseñar y escuchar para saber qué fotografiar.



Figura 27. Portada del álbum *Te recuerdo, te presiento*, que se terminó de construir y relatar en diciembre de 2015. En este están compiladas páginas de la historia de nuestro país, Colombia, relatos sobre la desaparición forzada y las familias de los desaparecidos con la idea de hacer un libro-obra como repositorio de parte de la memoria del conflicto armado para nunca olvidar qué fue lo que nos pasó.

A través del tiempo y de mis fotografías entendí que Colombia no ha comprendido las dimensiones nefastas de lo que es y significa la desaparición forzada, al pasar los días descubrimos más y más historias unas más que otras aberrantes frente a este tema. Los colombianos nos negamos a escuchar las historias ya que nos atemoriza en un alto porcentaje que esto nos suceda, casi como querer dejar oculto lo que debe ser expuesto a la luz de todos.

El camino por desenterrar a nuestros desaparecidos será muy largo, doloroso y sobre todo difícil, tarea de la cual no sólo las instituciones del Estado y los ciudadanos de a pie son llamados a la continua búsqueda sino que los victimarios son los principales sujetos implicados que deben testificar en beneficio de las miles de víctimas de este flagelo. Sólo después de entender el odio, el dolor y el silencio que produce la guerra los colombianos comenzaran a comprender el horror que vivieron cada uno de los que narran sus historias dentro del conflicto.

Cuando los colombianos veamos lo que dejó e hizo la guerra, seremos partícipes de una de las verdades más crueles, inhumana y vergonzante de la cual nadie debe sentirse orgulloso como es la desaparición forzada, la cual ha dejado más de 95 mil víctimas directas y más de 3 millones de víctimas indirectas entre familiares, amigos y vecinos, esto deja al igual en evidencia que ha sido uno de los crímenes más fuertes en nuestro país en comparación con otros países que han vivido la misma situación. En Latinoamérica que lo han vivido estos países como Chile, Argentina y Uruguay bajo dictaduras nosotros los colombianos lo hemos tenido que vivir en un Estado en plena democracia.

Bibliografía

Artículos académicos

- Arfuch, L. (1996). Álbum de familia. *Punto de Vista*, (56), 6-11. Recuperado de https://www.academia.edu/983989/Álbum_de_familia.
- Di Liscia, M. H. (2007). Género y memorias. *La Aljaba*, XI(11), 141-166. Recuperado de <http://www.scielo.org.ar/pdf/aljaba/v11/v11a07.pdf>.
- Forné, A. (2010). La materialidad de la memoria en Las cartas que no llegaron de Mauricio Rosencof (Uruguay, 1930- 2000). *Historia Crítica*, (40), 44-59. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81115380003>.
- Giraldo Marín, L. A.; Gómez, J. D.; y Maeste Caro, K. (2008). Niveles de depresión y estrategias de afrontamiento en familiares de víctimas de desaparición forzada en la ciudad de Medellín. *International Journal of Psychological Research*, 1(1), 27-33. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=299023503005>.
- Jelin, E. (2007). Víctimas, familiares y ciudadanos/as: las luchas por la legitimidad de la palabra. *Cadernos Pagu*, (29), 37-60. Recuperado de <http://www.scielo.br/pdf/cpa/n29/a03n29.pdf>.
- Pareja, E. (2008). La carta de derechos humanos emergentes: una respuesta de la sociedad civil a los retos del siglo XXI. Barcelona. Recuperado de <https://www.nodo50.org/redrentabasica/descargas/Pareja.pdf>
- Robin, R. (1996). Identidad, memoria y relato: la imposible narración de sí mismo (Monografía). Buenos Aires, Argentina: Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales. Oficina de Publicaciones del CBC.
- Silva, A. (1990). Las imágenes, ¿nos hablan? *Signo y Pensamiento*, 9(16), 11-85. Recuperado de <http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/signoypensamiento/article/view/5700>.
- Taylor, D. (2001). Hacia una definición de performance. (M. Fuentes, Trad.). Nueva York. Recuperado de <http://performancelogia.blogspot.com/2007/08/hacia-una-definicion-de-performance.html>.
- Zarco, A. (2011). Maternalismo, identidad colectiva y participación política: las Madres de Plaza de Mayo. *Punto Género*, (1), 229-247. Recuperado de <https://core.ac.uk/download/pdf/46552258.pdf>.

Congresos/simposios/conferencias

- Herrera Gómez, D. (1990). Memoria visual e identidad cultural: Antioquia 1890-1950. V Congreso de Antropología. Medellín: Cámara de Comercio de Medellín.

Informes/documentos oficiales

Albaladejo Escribano, I. (2009). La desaparición forzada de personas en Colombia: cartilla para víctimas. Oficina en Colombia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (OACNUDH). Bogotá. Recuperado de http://www.hchr.org.co/phocadownload/publicaciones/otras/cartilla_victimas.pdf.

Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación. Memoria Histórica. La desaparición forzada en Colombia (07-09-2011). Recuperado de <http://www.memoriahistorica-cnrr.org.co/s-noticias/articulo-92/> Captura el 15 de junio de 2012.

Fiscalía general de la nación. Informe de fiscalía. Unidad Nacional de Fiscalías para la Paz y la Justicia, Exhumaciones. (2012). Recuperado de <http://www.fiscalia.gov.co:8080/justiciapaz/EXH/EXHUMACIONES.htm> . Capturado junio 15 de 2012.

Nación, P. G. de la. (2007). Conceptos básicos acerca de la Ley 975 (Justicia y Paz) y de los derechos de las víctimas. Bogotá. Recuperado de https://www.restituciondetierras.gov.co/documents/10184/232426/doc_a1.pdf/55e0d4b8-064c-4002-a0e9-e9ac2b3d7bbc?version=1.0.

Libros

Almazán, D.; Fontcuberta, J.; Enguita, Ñ.; Gómez, E.; Kuhn, A.; Langford, M.; *et al.* (2013).

Álbum de Familia. (Re) presentación, (Re) creación, e inmaterialidad de las fotografías familiares. Madrid: Pedro Vicente.

Arendt, H. (2005). *La condición humana.* Buenos Aires: Paidós.

R. (1990). *Cámara lúcida.* Barcelona: Paidós.

Berger, J. (2004). *El tamaño de una bolsa.* Buenos Aires: Taurus.

Bertrand, P. (1977). *El olvido: revolución o muerte de la historia.* Ciudad de México: Siglo XXI.

Bourdieu, P. (2003). *Un arte medio: ensayo sobre los usos sociales de la fotografía.*

Barcelona: Gustavo Gili.

Butler, J. (2010). *Marcos de guerra: Las vidas lloradas.* Barcelona: Paidós. Recuperado de http://web.curza.uncoma.edu.ar/cms/wp-content/uploads/2017/05/butler_marcos_de_guerra.pdf.

Bresson, H. (2004). *Fotografiar del natural.* Barcelona: Gustavo Gili.

- Catela da Silva, L. (2009). Lo invisible revelado. En J. Sites Mor & C. Feld (Eds.), *El pasado que miramos. Memoria e imagen ante la historia reciente* (pp. 337–361). Buenos Aires: Paidós.
- Cartier-Bresson, H. (1976). *El instante decisivo*. París: Verve. Deleuze, G. (1970). *Proust y los signos*. Barcelona: Anagrama.
- Didi-Huberman, G. (1990). *Ante la imagen: pregunta formulada a los fines de una historia del arte*. Murcia: Minuit.
- Di Méo, G. (2000). Que voulons-nous dire quand nous parlons d'espace. En J. Lévy y M. Lussault (Eds.), *Logiques de l'espace, esprit des lieux: Géographies à Cerisy* (pp 76.). Francia: Belin.
- Dubois, P. (1986). *El acto fotográfico: de la representación a la recepción*. Barcelona: Paidós.
- Elshtain, J. B. (1993). *Public Man, Private Woman: Women in Social and Political Thought*. Princeton, N. J.: Princeton University Press.
- Foucault, M. (2001). *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gombrich, E. (2014). *Art and illusion*. London: Phaidon.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI de España.
- Koselleck, R. (1979). *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Crítica.
- Lefebvre, H. (1991). *The Production of Space*. Cambridge: Blackwell.
- Lefebvre, H. (1983). *La presencia y la ausencia. Contribución a la teoría de las representaciones*. México, D.F: Matías Romero.
- Levi, P. (2005). *Hundidos y salvados. Trilogía de Auschwitz*. Barcelona: El Aleph.
- Levinas, E. (1974). *Humanismo del otro hombre*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Levinas, E. (1977). *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca: Sígueme.
- Martuccelli. (2007). *Cambio de rumbo*. Santiago de Chile: Tomas Maulian.
- Nieto, P., y Botero, N. (2011). *Relatos de una cierta mirada: Del acontecimiento a la fotografía*. Medellín: Alcaldía de Medellín. Secretaría de Gobierno. Área Memoria Histórica Programa de Atención a Víctimas del Conflicto Armado.
- Padilla Ballesteros, E. (1995). *La memoria y el olvido. Detenidos desaparecidos en Chile*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Miguel Enríquez --- Archivo Chile. Recuperado de http://www.archivochile.com/Ceme/recup_memoria/cemememo0018.pdf
- Ramírez, G. (2008). El cómo y el porqué de la declaración universal de los derechos humanos emergentes. En D. Martínez (Ed.), *Los derechos humanos en las sociedades contemporáneas* (pp. 89-96). Monterrey: Fondo Editorial de Nuevo León. Recuperado de <http://derechosociales.unizar.es/Documenta/derechos%20humanos%20en%20las%20sociedades%20contemp.pdf>.

- Richard, N. (2006). *Política y estéticas de la memoria*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- Scheeffler, J.-M. (1990). *La imagen precaria del dispositivo fotográfico*. Madrid: Cátedra.
- Silva, A. (1998). *Álbum de familia, la imagen de nosotros mismos*. Bogotá: Norma.
- Sontag, S. (2003). *Ante el dolor de los demás*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Sontag, S. (1973). *Sobre la fotografía*. Barcelona: Linderdúplex.
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Sitios web

- Asfaddes, veinte años de historia y lucha. (2017). *Vidas Silenciadas*. Recuperado de <https://vidasilenciadas.org/asfaddes-veinte-anos-de-historia-y-lucha-anexo-1/>.
- Colombia.Com, El portal que une a los colombianos. (2013). *La historia del ELN*. Colombia.com. Recuperado de <http://www.colombia.com/actualidad/especiales/eln/histora.asp>
- Mesa de desapariciones forzadas (CCEEU). (Marzo de 2012). *Desapariciones forzadas en Colombia 2011-2012*. Colectivo de abogados. Recuperado de <https://www.colectivodeabogados.org/Desapariciones-forzadas-en>
- Robles, A. (Mayo de 2011). *El crimen de Estado de la desaparición forzada de la “democracia” colombiana rebasa las dramáticas cifras de las dictaduras del Cono Sur*.
- Rebelión. Recuperado de <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=129256>.
- Sirdec. (2012). *Localización de información forense estadística*. Instituto Nacional de Medicina Legal. Recuperado de Junio 16, 2012 <http://sirdec.medicinalegal.gov.co:58080/mapaDesaparecidos/>.

Tesis

- López, R. M. (2012). *Carta de Derechos Humanos Emergentes: Limitaciones y posibilidades a partir de los nuevos Derechos*. (Tesis de especialización). Universidad de Antioquia. Medellín.
- Santos, G. (1994). *La construcción de otro. Imaginarios en la fotografía etnográfica*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia.
- Espejo, M. (2012). *«Fue así como se fue». Álbum fotográfico familiar como espacio para representar y reconocer a las víctimas de la violencia en el Perú*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Escuela de Graduados. Maestría en Antropología Visual. Perú.

Anexos

Libro de visitantes a la sala Des Apariciones, donde muchos anotaron sus expresiones, su sentir y su conocimiento del tema al igual que su desconocimiento. Visitantes nacionales y también de muchas partes del mundo como México, Nicaragua, Estados Unidos, Italia, Holanda, Alemania, Chile y Ecuador, entre otros.

INVICIUS

Más allá de la noche que me cubre,
negra como el abismo insondable.
Doy gracias a los dioses que pueda haber
por mi alma inconquistable.
En las azarosas garras de las circunstancias
nunca he pestajeado ni lamentado.
Sometido a los golpes del destino, mi cabeza
está sangrando, pero sigue orgulda.
Más allá de este lugar de cólera y lágrimas
donde yace el horror de la Sombra, la amenaza
de los años me encuentra y va ha encontrarme
sin miedo. No importa cuán estrecha sea la reja,
cuán cargada de castigos la sentencia, soy el
amo de mi destino, soy el capitán de mi alma.

- William Ernest Henley.

Por acá
 estuve
 visitando
 uno de tus
 proyectos, me
 llené de mucha
 nostalgia, por
 lo menos quedaron
 en las fotos, para
 no tener excusas de
 olvidarlos.

Un abrazo Michael

No olvidar
 No olvidar
 No olvidar
 País De mierda!!!

Enero 30 del 2015

Es imposible no quebrantarse en Juntos,
 cada rincón de este cuarto me ha
 hecho estremecer, puedo decir que
 imaginar los gritos de las
 personas desaparecidas
 pidiendo que aún los sigan
 buscando, sin dejar a
 tu trabajo hacia de mi
 una mejor persona. Dios te
 Bendiga y siga llamando
 de fuerza y amor para
 abantar y estar
 familias...
 Jorge Ullau

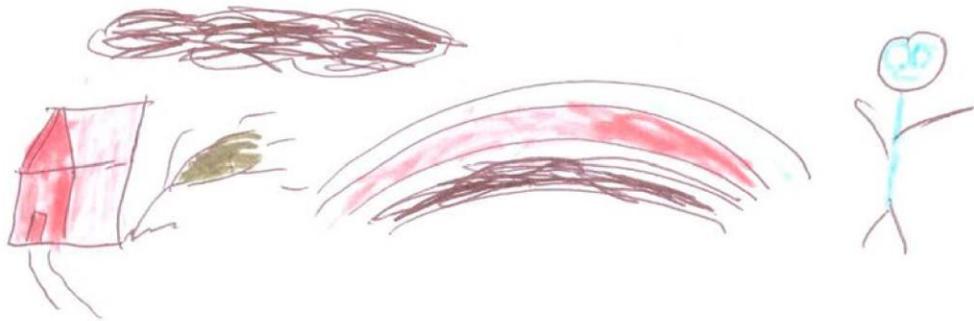
No es la ausencia de nuestros
 que sus fuerzas se unan a la causa
 de la verdad; es el recuerdo de tan
 bellos momentos que nunca deben
 menguar.
 Recuerden que lo que ocurrió, aunque
 nunca debió haber sido así, no sucedió
 por azar; simplemente la vida te
 escogió como ejemplo de amor, esfuerzo,
 lucha y dedicación.
 No dudes que el pasado no se cambia
 pero el futuro se puede mejorar.
 Siempre estará contigo en tus
 recuerdos.

Alea

Mi nombre es Oscar Zapata
Tengo 32 años y mi hijo

Oscar Zapata está desaparecido
Por eso me pusieron ese
nombre #

A todos ustedes
les deseo mucha fortaleza
Dios los acompañe siempre
y en los momentos
de angustia por Dios
es el que está con todos
nosotros.



El dibujo es de mi sobrino Simon.
Para ustedes.

24 Febrero / 2015

La ausencia de nuestras personas, no es más que el recuerdo silencioso y vacío, que nos dejan, aquellas personas que se han marchado de forma violenta o por designio del señor, el olvido no es más que dejar atrás los malos recuerdos, para alguien que significo tanto para nosotros.

Giovanny Delfi

24 de Febrero 2015

En Algn momento Todos Fuimos victimas y lo seguiremos siendo, Cuando un insensato nos arrebató lo querido, no se alcanzan a imaginari el daño que le hacen a una Familia, la delincuencia Común Asesino a mi padre y me cambiaron la vida, Jamás Sere la misma

Kamyla Gómez.

COLOMBIA ES UN PUEBLO MUDO

25 Abril - 2015

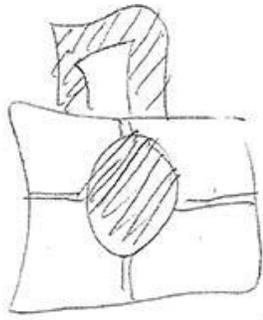
"Es imposible negar que el dolor es grande y duele más cuando no se es ajeno al dolor"

Aunque a veces duele la vida debe continuar

Voluería acá mil veces,
Para mí es el dolor el primer plano de este país.

LA INDIFERENCIA DEBE LLEGAR A SU FIN

"A través de las cortinas del tiempo"
Anima'sz ☺



Natalia

Gracias por enseñarnos
el valor de la memoria
y sobre todo por enseñarnos
a muchos la FOTOGRAFÍA

Harold SMITH H

